

CARAS Y CARETAS

La Caja. — “Tú que no puedes, llévame a cuestas.”





EL PRIMER CUIDADO

El cutis habituado a un jabón neutro y suave

como el Heno de Pravia, posee la verdadera

base para cualquier tratamiento de belleza.

Ese primer cuidado es el punto de partida.

JABON HENO DE PRAVIA

Su éxito se debe tanto a su perfume singularísimo

como a su pureza. Lleva los aceites más finos y más

adecuados a la higiene y embellecimiento de la piel.

$ 0,70
EN LA CAPITAL FEDERAL

Perfumería GAL - Madrid-Buenos Aires

Pelo sano, vigoroso y sin caspa: Petróleo Gal (frasco, $ 3,15 y 1,90).
Pelo bien fijado, Fijador Gal (frasco, $ 2,05).

"Intermedio provinciano"



Una modista

En la pared de adobe, presuntuosamente,
un letrerillo dice: "Modista", mal pintado.
Si por aquí no debe de pasar nunca gente,
calle de perros flacos y tropas de ganado...

El humilde taller luego me represento,
ociosas las tijeras, mohosos los dedales...
A menos que aquí se haga sus túnicas el viento,
y el polvo aquí se teja sus parduscos sayales.

Partida de billar

Ocho brazos que juegan al billar, en camisa,
cada uno con su elástico por encima del codo;
adentro, verdaderos botellazos de risa;
afuera, el pueblecillo muy crecido de lodo.

Auditorio de socios domingueros y absortos.
Cuatro resplandecientes calvas voluminosas,
cuatro panzas cebadas, cuatro cogotes cortos
y cuatro apoplejías que esperan cuatro fosas

Por

Fernández Moreno

♥ LAS MANOS BLANCAS

Por THOMAS BURKE



UNA noche de diciembre, a las seis, el señor Whybrow volvía a su casa, atravesando las calles más bien monótonas del "East End", de Londres. Había dejado el trayecto rumoroso, por donde lo había conducido el tranvía al regreso de su trabajo cuotidiano, y recorría ahora las calles pobres y tranquilas de su barrio.

La noche era neblinosa y fría. La luz de los fanales rompía penosamente la obscuridad. Whybrow caminaba *lentamente*, con la cabeza baja. Tenía aire de preocupado pero, en verdad, no tenía ninguna razón para estarlo. Caminaba lentamente porque había estado en pie todo el día y se preguntaba simplemente qué encontraría en su casa para cenar.

Un poco más lejos, otro hombre caminaba también: un hombre cualquiera. Al menos, parecía un hombre como los demás. Pero este hombre había decidido entre sí, que el señor Whybrow ya no cenaría más. Este no le había hecho ningún daño al desconocido; tampoco el desconocido odiaba al señor Whybrow; conocía solamente su fisonomía a fuerza de haberla visto en el barrio. Con la misma lógica, el desconocido habría sido capaz de elegirlos a ustedes o a mí como víctimas, si ustedes y yo hubiésemos formado parte de su programa de observaciones cuotidianas.

El desconocido estaba ya *contento "a priori"* de su resolución. No era que fuese un hombre fundamentalmente malo, pues pasaba por ser un hombre respetable. Pero la idea de matar a alguien se había insinuado en su espíritu pervertido y el desconocido estaba decidido a matar, antes de volver a entrar en su casa.

Hay hombres que son muy capaces de matar a dos o tres personas y después irse tranquilamente a sus oficinas; otros hay, en cambio, que son incapaces de matar, aun en el caso de legítima defensa. Estos últimos se imaginan que el asesino es

un hombre atormentado por los remordimientos, lleno de temores, incapaz de comer. No es verdad: el hombre de las manos enormes, antes de volver a su casa había decidido matar al señor Whybrow.

El señor Whybrow tiene la culpa. Oye los pasos del desconocido y no se da vuelta siquiera. Ninguna voz interior le aconseja ponerse en guardia. Los pasos del desconocido no alcanzan a sugerirle la palabra: asesino. Y sin embargo, las grandes manos del desconocido se aproximan para matarlo.

Son unas manos blancas, pero horribles. ¡Qué horrendo es matar a alguien con las manos! Las manos no deberían de servir para matar; debería seguir siendo lo que son: el símbolo del afecto, de la bondad, de la confianza.

Si personalmente pudiese hacerlo, yo mismo le diría al señor Whybrow que se aleje, yo mismo le aconsejaría que llamara un automóvil, que no se acerque a la puerta de su casa. Pero no puedo. Un novelista no puede usar semejante cortesía con sus personajes. ¡No, señor Whybrow, le suplico, no abra la puerta!

¡Demasiado tarde! El señor Whybrow ya ha abierto la puerta.

El asesino del señor Whybrow y de su mujer fué descubierto por el sargento del puesto de policía próximo. Pasaba por Gaspar Street y al dirigirse a su puesto vió la puerta abierta. Un faro iluminaba la puerta. Un cuerpo inerte yacía sobre el piso del corredor. El tocó pitadas. Otros policías llegaron. El sargento se fué con un agente a explorar la casa y mandó a los demás agentes a inspeccionar las calles vecinas. El asesino no había dejado ningún rastro. Los vecinos no habían visto nada, no habían oído nada. Uno de éstos había oído al señor Whybrow entrar en su casa como de costumbre, después no oyó nada más, hasta que sonaron las pitadas. Ninguna persona sospechosa había sido observada y el cuello de las dos víctimas extranguladas no dejaban ver ninguna impresión digital. El dinero que había en la casa de las víctimas, una pequeña suma, por otra parte, no había sido tocada y en la casa no había ningún signo de desorden ni de lucha. El señor Whybrow era considerado por todos los vecinos como un hombre amable y pacífico que adoraba su casa. No podía tener enemigos, porque era un ser insignificante. En efecto, la policía no logró ni identificar al asesino ni a establecer el móvil del crimen.

El crimen suscitó en Londres una gran emoción. Habían sido asesinadas dos personas inofensivas. El móvil del crimen no era atribuíble ni al lucro ni a la venganza. El asesino estaba en libertad y no había dejado ni rastros ni cómplices. Estaba, pues, destinado, a permanecer sin ser descubierto.

El hecho ocurrió durante las vacaciones de Navidad, una noche de niebla, mientras Londres no era más que un mundo de fantasmas. Una pequeña muchacha, vestida de fiesta, se dirigía desde Logar Passage a Saint Micael, donde había una reunión de chiquilines. Pero no debía de llegar a su reunión. En realidad, no murió a las seis y media, pues virtualmente estaba ya muerta al salir de su casa. Un hombre que se paseaba ociosamente al fondo del Passage, la vió salir. Al través de la niebla, dos manos blancas avanzaron hacia la niña. Un instante después, la chicuela estaba muerta. A las seis y media, una pitada rompió el silencio de la noche. Los que acudieron, encontraron el cuerpo de la chiquilla Nellie Vrinoff extrangulada en la Minnow Street. El sargento de policía fué quien llegó primero al lugar del crimen. Mandó a sus hombres a explorar los alrededores, dándoles órdenes con una voz áspera:

—Magson, lo he visto en el fondo de la calle. ¿Qué hacía?

Magson dió explicaciones. ¿Era o no necesario vigilar a todas las personas sospechosas?

El sargento lo interrumpió:

—Váyanse al diablo usted y las personas sospechosas. Es al asesino a quien debe buscarse.

Las malas noticias tienen piernas largas. Los curiosos afluyeron rápidamente. A través de la niebla, los rostros expresaban odio y horror al saber que el monstruo desconocido había hecho una nueva aparición y que esta vez había elegido como víctima a una niña. Luego la ambulancia llegó con refuerzos de la policía que dispersaron a la multitud. El sargento oyó murmurar cerca suyo:

—Esta vez el delito ha sido cometido casi en las narices de los agentes.

La investigación estableció que cuatro personas del barrio, libres de toda sospecha, habían pasado cerca del lugar del crimen, a algunos minutos de intervalo de la consumación del crimen mismo. Ninguno había visto ni oído nada. Nadie había visto a la niña ni muerta ni viva. Tampoco esta vez, la policía descubrió nada.

El barrio estaba todo agitado. Si semejante atrocidad había podido cometerse en una calle tan frecuentada, todo, entonces, era posible. Cada vez que los habitantes del bario se encontraban en el mercado o en el café, esgrimían el mismo argumento. Las mujeres tomaron el hábito de cerrar bien las puertas y ventanas a la hora del crepúsculo. Las madres vigilaban atentamente a sus hijitas, sin perderlas nunca de vista. Con la sola fuerza de sus manos, un hombre había revolucionado a toda la colectividad de un barrio londinense.

Un martes a la noche, a las nueve y treinta y dos minutos, un agente estaba de servicio en Jarnigan Road y se encontraba conversando con uno de sus colegas, de nombre Petersen, en el fondo de Clemming Street. Había visto a Petersen llegar a la calle y habría jurado que, en aquel momento, la calle estaba perfectamente desierta. Como todos los policías, tenía la costumbre de mirar en torno suyo. Estaba seguro que la calle había estado desierta. Había pasado delante de su colega a las nueve y treinta y tres minutos, lo había saludado y había respondido negativamente, cuando el colega le había preguntado si hubo notado algo. Su control no se refería sino a la Clemming Street.

A las nueve y treinta y cuatro, estaba por dar marcha atrás, cuando oyó la voz ronca del sargento:

—Gregory, ¿está todavía allí? Venga, pronto... Otro... A Petersen... Lo han extrangulado... ¡Pronto!... ¡Pida auxilio!

Fué aquel el tercer crimen de la serie. Y muy luego ocurrió el cuarto y después el quinto. Todos estos crímenes permanecieron inexplicables, tanto para la policía como para el público.

No obstante, un joven periodista conocía al asesino.

Este periodista no era, desde luego, más inteligente que sus colegas: simplemente, había seguido las investigaciones con mayor celo y con más paciencia. Los repórteres se encontraban generalmente en el puesto de policía y se comunica-

ban recíprocamente las informaciones que recogían. Los policías eran, como de costumbre, muy corteses con los periodistas, discutían con ellos los detalles de cada crimen, sugerían las explicaciones posibles y recordaban los crímenes del pasado con los cuales los delitos del extrangulador presentaban alguna semejanza.

También el inspector de policía se manifestaba muy locuaz sobre este tema, pero cuando los periodistas encauzaban la conversación hacia la actualidad, el inspector callaba. Los agentes del puesto de policía preferían también guardarse para sí lo que sabían. Debían conquistar la estima y la confianza del público y, por lo tanto, debían de hallar personalmente al asesino. Naturalmente, Scotland Yard no se dormía, pero en el puesto de policía todos esperaban aún poder tener el honor de descubrir personalmente la verdad. De acuerdo: la colaboración de la prensa podría serles muy útil, pero, de otra parte, era necesario no arriesgar la partida, revelando a la prensa las ideas y los planes de la policía.

El joven periodista había abandonado aquellas conferencias sobre la filosofía del delito y se había puesto a explorar las diversas calles del barrio de los crímenes. No notó otra cosa que indignación y no oyó más que conjeturas insensatas acerca de la identidad del asesino, del móvil de sus crímenes y del misterio de su desaparición.

Desde el momento que un policía había sido víctima del monstruo, las acusaciones contra la fuerza pública habían cesado y lo inexplicable se había revestido de leyenda. Cada hombre del barrio espiaba a los demás, pensando:

— Bien podría ser que fuera él...

En efecto, muy bien podría ser "él".

Las sospechas recayeron después sobre los extranjeros.

Les parecía inconcebible a los londinenses que un súbdito inglés fuera capaz a un mismo tiempo, de tanta crueldad y de tanta brutalidad.

El culpable fué buscado entonces entre los cíngaros del barrio. Y también entre los árabes, los egipcios y los asiáticos. Los orientales, en efecto, conocen todas las astucias y no tienen frenos religiosos. Los marineros, que habían viajado por los puertos de Oriente, habían referido extrañas leyendas de faquires que saben hacerse invisibles, y de otros que saben emplear drogas para sus propósitos misteriosos. Acaso el asesino fuera uno de tales faquires. Estos son tan astutos, que logran filtrarse por todas partes, Un inglés no puede ser tan hábil. Tal vez el asesino fuese un mago. En efecto, había en todos aquellos crímenes inexplicables, algo de mágico, de sobrehumano, de misterioso. El asesino disponía, sin duda, de un poder extraterreno que lo hacía inalcanzable. La superstición, que falsifica tan fácilmente la frágil razón de los hombres, se había así posesionado de la opinión pública. El asesino podría hacer lo que quisiera: nunca se lograría identificarlo. Y la gente del barrio continuaba viviendo angustiosamente, aceptando con resignación aquella fatalidad.

Cinco horas después de la muerte del policía, en el preciso momento en que todos los esfuerzos de la policía pública y privada se dirigían hacia la identificación del criminal hacia su captura, el asesino cometía su cuarto y su quinto delito.

Aquella noche, a las nueve, el joven periodista exploraba como de costumbre el barrio y andaba merodeando a lo largo de Richards Lane. La Richards Lane es una callejuela compuesta en primer término de negocios solos y luego de casas habitadas. El joven se encontraba en esta segunda parte de la calle, formada de pequeñas casas de obreros por un lado y por el otro, de un muro detrás del cual corría una vía ferroviaria. El muro proyectaba una sombra siniestra.

El periodista se estaba diciendo para sí mismo que ya tenía bastante con todas aquellas historias, cuando de pronto las tinieblas fueron rotas por un grito:

— ¡Auxilio!... ¡Auxilio!... Está allá...

Y antes de que tuviera tiempo de reflexionar, el periodista vió que la calle toda se había animado.

Como si la población hubiese estado esperando aquel llamado, las puertas de las casas se abrieron bruscamente y por todas partes salieron sombras ansiosas. Poco después, el silbato del sargento de policía indicó la dirección a seguir y toda la multitud de sombras se puso en marcha sobre la calle. El periodista seguía a la muchedumbre. La gente afluía de todas las calles vecinas. Había allí gente que había sido interrumpida en su cena, hombres en mangas de camisa y con chinelas armados de objetos comunes. Sobre la onda movediza de las cabezas surgía el casco de algún agente. La multitud se dirigió hacia una pequeña casa. El portal de la casa estaba vigilado por el sargento y por dos policías. Detrás del portal se oían voces que exclamaban:

— ¡Entren! ¡Es necesario agarrarlo!... ¡Cerquen la casa!

Al mismo tiempo, aquellos que ya habían entrado gritaban:

— ¡Atrás!... ¡Atrás!...

Pero la multitud se había desencadenado. El asesino estaba allí. Esta vez no se escaparía. Todas las miradas se dirigieron hacia la casa las puertas, las ventanas, la azotea. Todas las posibles salidas estaban vigiladas. Los pensamientos de todas aquellas personas se dirigían hacia la misma persona desconocida. Pero ninguno ponía atención sobre su vecino, nadie pensaba en individualizar al desconocido entre aquella multitud de sombras. Todos parecían haber olvidado que la misma cantidad de perseguidores no podía sino favorecer la fuga del asesino. Y el asesino no fué hallado. Se supo solamente que había cometido un nuevo crimen. En un momento dado, llegó el automóvil de la asistencia médica. La gente empezó a clamar contra la policía.

El periodista se acercó a la puerta y logró hacerse referir el crimen por el policía que estaba de guardia. La casa pertenecía a un viejo marino retirado. El marino vivía con su mujer y con su hija. La familia estaba cenando tranquilamente, cuando una especie de gas asfixiante invadió la casa. La hija había sido hallada tendida, muerta, delante de la chimenea de la estufa, con un pedazo de pan entre las manos. El padre había caído junto a la silla, dejando en su plato una cuchara llena de arroz. La madre yacía debajo de la mesa, con una taza sucia de chocolate, rota. Después de tan sólo tres segundos de investigaciones, la hipótesis del gas asfixiante había sido descartada. El cuello de las tres víctimas tenía rastros de extrangulación. Entonces, había sido él. La policía compartía las mismas opiniones fatalistas del público. Era inútil esperar.

Y sin embargo, debía de haber un medio para poner fin a estos crímenes. Y este medio salió de un error de juicio del periodista.

Después de haber tomado conocimiento de los hechos, el periodista se aproximó a un teléfono y durante un cuarto de hora, comunicó la noticia a su diario. Luego, se sintió cansado, tanto física como moralmente. Pero todavía debía de trabajar ante de regresar a su casa.

El diario todavía no estaba en máquina. Por esto, el periodista se dirigió a un café con el objeto de beber y comer algo.

Después de haber alejado de su espíritu el pensamiento del crimen, el periodista se puso a examinar el café en el cual se hallaba y admiró la cadena del reloj que hacía comba sobre el vientre del propietario. Pensó también que el dueño de un café lleva una vida mucho más agradable que la de un pobre periodista.

Y entonces, una idea surgió en su espíritu. Ya no pensaba más en el asesino. Pensaba en su sándwiche. El sándwiche que le habían servido, era excelente. El pan estaba cortado en rebanadas sutiles. La manteca era abundante. El jamón no estaba rancio. Era un jamón excelente. El periodista pensó entonces en el conde de Sandwich, el célebre inventor del "sandwiche", y en su amigo, el rey Jorge IV. Pensó después en la leyenda de Jorge IV que deseaba saber cómo diablos hacía la manzana para entrar en su corteza.

El periodista se levantó para pedir otro sándwiche y en aquel momento tuvo la intuición de la verdad. Desde el momento que en el sándwiche había jamón, era necesario que alguien lo hubiera puesto. Y desde el momento que siete personas habían sido asesinadas, era necesario que alguien las hubiera matado. El automóvil de bolsillo todavía no había sido inventado. Tampoco lo había sido el aeroplano de bolsillo. Entonces el asesino debía de haber huído según las leyes comunes de la fuga, o bien debía de hallarse todavía en el lugar del crimen. Entonces...

El periodista imaginaba ya la primera página del diario. El director acogería con entusiasmo su tesis verificada y le daría sus plácemes. Un gran título a seis columnas...

La voz del dueño del café llamó al periodista a la realidad.

— Señores, es hora de cerrar.

El periodista se levantó y salió hundiéndose en la niebla. La obscuridad se iluminaba vagamente con la luz de los focos y con la de los automóviles que pasaban. El periodista se sentía ahora seguro de poseer la verdad. Pero ¿le publicaría el diario su hipótesis? Aquella era, sí, la verdad, pero una verdad que presentaba un inconveniente: el de que era difícil poder decirla. Aquella verdad venía a agitar todas las opiniones de los lectores, todas las hipótesis anteriores del diario. El público había creído fácilmente que los faquires tienen la facultad de hacerse invisibles, pero no llegaría a creer en aquella verdad.

No fué, por otra parte, necesario solicitarle al público que creyera, porque aquella verdad no fué nunca escrita.

Nuestro periodista, confortado con su cena y excitado por sus deducciones, pensó que podía muy bien dedicarle media hora a la desmostración de su descubrimiento. Y se puso a buscar el hombre en quien pensaba, un hombre de cabellos blancos y de manos muy blancas, una fisonomía familiar del barrio, tan familiar que a su paso nadie daría vuelta la cabeza para mirarle. Pero el periodista no quería decir nada de este hombre, por lo menos sin pruebas y sin aviso previo. La policía, ciertamente no lo ayudaría. Por esto el periodista prefirió ponerse a disposición de quien había aterrorizado el barrio.

Naturalmente, el periodista no creía que iba contra un peligro; creía simplemente que desarrollaba sus investigaciones.

Y se dirigió, en efecto, hacia la Deever Street donde esperaba encontrar al desconocido, pero no tuvo siquiera la necesidad de llegar a su destino. Hacia el fondo de la Lotus Street, el periodista vió a un hombre que parecía el asesino. La calle estaba mal iluminada, pero el periodista se acercó al desconocido y trabó conversación con él, tomando como pretexto la frase que todos murmuraban en el barrio:

— ¿Y? ¿No se sabe nada del asesino?

El hombre se detuvo, miró atentamente a su interlocutor y respondió:

— Me asombraría que el asesino se dejara aprehender.

— Nada se sabe, pero yo he pensado en el caso y tengo mi opinión.

— ¿De veras?

— Sí, una opinión, una idea que me ha venido hace apenas un cuarto de hora. Creo que todos han estado un poco ciegos. La verdad, en cambio, es evidente, siempre evidente.

El hombre volvió a mirar con curiosidad, un poco irónica esta vez, a su interlocutor:

— Si está usted seguro, ¿por qué no comunica su descubrimiento?

— Es eso, justamente, lo que quiero hacer...

Los dos hombres habían llegado a la esquina de Deever Market. De pronto, el periodista se dió vuelta bruscamente hacia su vecino y le puso una mano sobre el hombro:

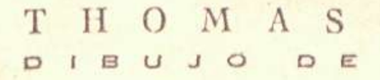
— Sí, ahora la cosa se me presenta en toda su simplicidad. Pero, todavía hay un hecho que no comprendo: el móvil del crimen. Vamos, señor, dígame con toda franqueza: ¿por qué ha matado usted a toda esa gente inofensiva?

El periodista se detuvo. Aquel señor, un macizo sargento de policía, se vió obligado a imitarlo. El cielo iluminaba tan débilmente la calle, que el periodista no acertaba a distinguir los rasgos de su acompañante. El rostro de este último se dirigía hacia el periodista y así pudo ver reflejada una sonrisa tan cortés, que terminó por sentirse embarazado.

— Pues bien, señor periodista — dijo, por fin, el sargento, — para decirle la verdad yo no sé realmente nada. Me he hecho la misma pregunta yo mismo. ¿Por qué he matado? Creo tener una idea... Desde luego, la ciencia está de acuerdo sobre el hecho de que ningún hombre tiene el poder de dominar el trabajo de su propio cerebro. Las ideas vienen a nosotros como ellas quieren, sin pedirnos permiso. Pero el hombre siempre se cree capaz de controlar su voluntad con sus gestos. ¿Y por qué? Nuestros cerebros vienen quién sabe de dónde, acaso sean cerebros de personas que han muerto muchos siglos antes de nuestro nacimiento. Ni siquiera nuestro rostro, ni nuestro cráneo, ni nuestras piernas son completamente nuestros. No somos nosotros quienes los hemos hecho. Nos han sido dados así... ¿Y por qué las ideas no pueden formarse en nuestro cuerpo, como se forman en nuestro espíritu? ¿Por qué una idea no podría insinuarse en cualquier parte de nuestro cuerpo? ¿Cuerpo, repito, que no nos pertenece? A mí, por ejemplo, ¿sabe usted a dónde me vienen las ideas? Me vienen a las...

El sargento tendió sus grandes manos enguantadas de blanco y las volvió a cerrar tan rápidamente sobre la garganta de su vecino, que el periodista no las vió más.

— ... me vienen a las manos...



THOMAS BURKE



DIBUJO DE VALDIVIA

"Pata-santa"

(RELATO CAMPERO)

Por JUAN B. LAGOMARSINO



CRUZÁBAMOS los pagos de Lezama, partido de Chascomús, por el ancho camino general, pastoso y poco transitado. La tropilla obediente a la madrina puntera, trotaba largo por la huella. Atenta a nuestro chiflido agudo, zapateó sus vasos en la playa dura, quedando como clavada al suelo.

Como una aparición, creció de golpe en el camino otra huella; una bifurcación más angosta que nos llevó entre altos fachinales a una tranquera como de mil años de uso: remendada hasta no admitir sitio para una atadura más de alambre, una gruesa cadena ferroviaria quería dar la impresión de seguridad, siendo solamente una carga muerta que, con pereza, se agregaba al peso ya excesivo de maderas y fierros.

Un viejo tala carcomido servía de esquinero natural a la tranquera y, como una compensación, ofrecía su sombra y el canto musical de sus calandrias al viajero que le tocara en suerte "echar la peya" empujando aquel armazón de cosas viejas.

Nos apeamos. Pedro, mi amigo y acompañante, me informó de que aquellos campos pertenecían a la Estancia "La Teodora", propiedad del "gringo" Capitani (pescador, bolichero, invernador) con más de treinta años en esos pagos.

— Ese peón que arregla el alambre — me dijo — debe ser mensual suyo. ¿Le pedimos que nos deje pasar y nos preste la balsa para cruzar el Salado?

— Bueno — contesté.

A un tiro de lazo más o menos, un paisano sesentón, piernas corvas, cambiaba de mano, con demasiada frecuencia, la llave inglesa, dejaba caer la california al suelo y, al recogerla, nos miraba por debajo de su sombrero aludo, hechura embudo.

Desde nuestro punto de observación, le grité:

— ¡Buenos días, haragán!... ¡Buenos días, haragán!... Buenos...

No alcancé a saludarlo por tercera vez, pues nos contestó:

—¡Vean forasteros! No sean locos, yo no me llamo Barragán, sino Antonio Aldecoa, pa servirlos. Atráquensen.

—Metete a loco con el viejo, a ver si te aporrea — me decía por lo bajo mi amigo, mientras caminábamos con los caballos de tiro hacia donde estaba el hombre de edad.

—¡Buenos días, don Antonio! Buenos días... ¿Trabajando el hombre?

—Güenos días serán pa ustedes; lo ques pa mí no son muy güenos. No tengo ni tabaco, no tengo. ¿Y ustedes pitan? Dejuro que suaves; echen uno pueh!

Le alcanzamos un cigarrillo y luego el encendedor. No tenía fósforos tampoco; pareció llamarle grandemente la atención nuestro moderno "yesquero" a nafta. Nosotros, de paso, estudiábamos al personaje. Don Antonio no era un gaucho común. De mediana estatura, fornido, agraciado, tenía unos ojitos como pulgas, semicerrados, entradores. Su perita tordilla en punta se movía inquieta, de acuerdo al tono que imprimiera a su charla aguda, filosa como daga. La pera de don Antonio daba énfasis a su palabra; era como los brazos en los italianos que accionan nerviosos o se quedan tiesos al final de cada párrafo.

Para estar más cómodo había adoptado una posición risueña, después de tirar hasta el esquinero próximo sus herramientas; apoyó una mano en la rodilla, la otra en la cintura y, así, medio encorvado, se preparó como para "prosiar" un rato.

Nos tiró estas tres puñaladas:

—¿Y p'ande van? ¿Y d'iande vienen? ¿Y qué diantre andan buscando?

—Parece comisario, don Antonio... Vamos a la costa del mar. Venimos de Gorchs. Buscamos que usted nos permita pasar este campo y nos preste después la balsa para cruzar el Salado.

—¡De loco les via emprestar lo que no es mío! Que no ven que la balsa es del gringo, del gringo Capitani, mi compadre. Poquita de a pie qu'echamos la otra güelta, cuando se la llevé sin permiso pa salvar una oveja de don Emilio, que llevaba la corriente. ¡Es bozal el gringo: safao cuando s'enoja!

Al decirnos esto, nos quedó observando, los ojitos casi totalmente cerrados, como estudiando el efecto que pudiera habernos causado su negativa.

De pronto, abandonando su cómoda posición, se echó el sombrero a los ojos y siguió con atención, dando unos pasos, el vuelo bajito de un tero que se asentó cerquita, en medio de la calle.

—¡Mi siñuelo! ¡Mi siñuelo!... ¡Tero pícaro!... ¡"Pata-santa"!

Y, dirigiéndose a nosotros:

—¡Ahura van a ver, muchachos! Les vi' a contar l'historia d'es'ave, cierta como la luz bendita que alumbra mi'hojos. Yo, desto no hace mucho, aconsejado por un gringo pajarero, me dediqué a cazar toda clase de aves y en especial, teros. Los pagaba regular... Un nacional la yuntita. A los principios el negocio marchaba. Jaula va y jaula viene; mandaba a Güenos Aires y Rosario. Junto con los cajones de güelta venían los patacones. Gané bastante platita, pa que viá decir, jumé suaves, m'empliché de lo lindo. Pero más luego comenzaron a escasiar los giros; venían sólo los envases... Me jumaron en pito los gringos panzones, ojos sarcos. Le hice escrebir varias cartas, pero al ñudo, hasta que me dije: Cambiá de oficio, Aldecoa... Pero sigamos el cuento d'ese tero cachafaz, "Pata-santa". Los teros los cazaba con lazos de cerda. ¿Qué, no conocen la trampa?

—No, don Antonio, no la conocemos — contestamos.

—Es muy sencilla, muchachos. No es invento mío, se l'aprendí a un vasco alambrador. Se extiende, en forma de herradura o redondel, una soguita que se asegura a la tierra con horquetas de alambre; a cada geme de la piola se coloca una armadita de cerda larga, de la cola del yeguarizo. Dispués en el medio de ese corralito, tamién asigurao con una horqueta enterrada, se coloca un tero vivo, viejo, arisco, aguerrido, atado de una de las patas pa que forcejee y llame a loh'otros.

"Se busca un bajo, o sitio donde haya bandadas, y, al rato no más, cain de todos laos a peliar al infeliz prisionero. Los vieran cómo se vienen encrespaos, arrastrando loh'alones po'el suelo; en cuantito dentran al ruedo se pialan y cuanto más forcejean más se ciñen los lazos.

"En cada voltiada sabía cazar hasta quince; el negocio no iba mal, ya les dije.

"Una güelta tenía un tero grandote, ojos azules y cerda como pavo, era güen siñuelero. Me había hecho ganar bastantes pesitos, hasta que un día verán lo que pasó: Comencé a no agarrar ni uno; pasaban días enteritos en que volvía con la canasta vacida pa las casas. Extrañao, paré lah'orejas, abrí bien loh'ojos, cambié de campo y siempre con el mismo siñuelero, me propuse descubrir qué brujería m'estaría pasando.

"Una tarde a eso e'la hora'el mate, armé como de costumbre el corralito, mainé el siñuelo y m' eché en un bajo a favor del viento, no muy distante'e la trampa. A poco rato se sintió el revoloteo del teraje, el prisionero se mataba gritando, parecía mesmamente que lo acogotaban.

"En eso cesó la bulla, s'hizo un silencio projundo, y dispué llegaron hasta mí estas palabras como de cotorra: "No dentren... No dentren... No dentren... Que el viejo está'n'el bajo... ¡No dentren al redondo... Juyan... Juyan!..." y decir esto y alzarse en cuadrilla el teraje hasta perderse de vista, jué cosa'e un instante.

"Me dió tanta impacencia la conduta'el tero charlatán y traidor que me jui derechito a l'horqueta, l'arranqué'n seco, revoleé el bicharraco y lo aventé lejos, quebrándole una pata.

"Vean muchachos, no miento, el tero'e mi cuento eh'ése, ése, ése, tero conversador, siñuelero, "Pata-santa"!

Habíamos seguido con interés el relato y ahora mirábamos con simpatía al animalito, que, a pocos pasos, en la calle, alzaba vuelo bajo, recogiendo una pata y mostrándonos el muñón de la otra.

En su vuelo cruzó el camino y le hizo dos pasos a un gavilán que descansaba en un esquinero; luego con voz acotorrada le dijo: "Señor Gavilán, enfrente suyo una perdicita infeliz y cegatona, se ha muerto en los alambres, ¿vamoh'a comela?'

El gavilán en tanto, serio, circunspecto, tomó impulso, aleteó fuerte, cruzó la calle y, sin detenerse, hizo presa con el pico la perdicita que pendía de un alambre, y frente a nosotros elevó su vuelo, seguido muy de cerca por el tero charlatán, siñuelero, "Pata-santa".

J. M. Lagomarsino

DIBUJO DE JORGE D. CAMPOS





PLEAMAR

Por ALBERT DE TENEUILLE

Los habitantes de la aldea esperaban con impaciencia la baja marea, que debía de ser ese año excepcional. Podrían entonces los pescadores, siquiera durante una hora por lo menos, llegar hasta las rocas generalmente inaccesibles y que el mar rara vez abandonaba.

Todos ellos soñaban con pescas fabulosas: de enormes langostas, de grandes truchas, de pesados salmones arrancados a marejadas milenarias; pensaban en banastadas de mariscos gigantes, en canastas llenas de gruesos moluscos translúcidos.

El mar había bajado la víspera de un modo extraordinario, dejando en descubierto rincones desconocidos de la playa, en los cuales crecían especies raras de plantas acuáticas, iargas y enmarañadas algas marinas y en donde, sobre la marga esponjosa, germinan extraños animales gelatinosos.

Desde el alba había salido, dirigiéndome hacia la playa, preparado para recoger una pesca abundante, llevando conmigo una larga caña, líneas, anzuelos y un canasto. Sobre la superficie de las aguas flotaba una bruma borrosa, en la niebla blanca desaparecían por igual la costa y el mar, tornando fantasmales los amontonamientos de ásperas rocas bañadas por las límpidas aguas. Ni la más leve brisa irizaba el cristal marino. La soledad, el silencio envolvían a estas horas la playa de una calma huraña; el sol naciente contorneaba de carmín pálido los celajes impalpables de la bruma.

Sólo, de vez en cuando, se oía lanzado a lo lejos para orientar a los barcos, el llamado plañidero de una sirena.

Todo en esta hora matinal era irreal, la naturaleza parecía evadirse de un sueño fantástico.

De proato, en el horizonte invisible, donde se

confunde el mar con la niebla, parecían surgir de las ondas unas formas grises que elevándose sobre las rocas, las dominaban en su imponente conjunto.

Dibujábanse primero unos muros, con sus torres almenadas, destacándose luego unos techos puntiagudos, que marcaban sus líneas sombrías sobre ese fondo difuso; divisándose luego un torreón coronando el conjunto, que completaba la silueta de un viejo castillo feudal. Todo esto parecía esfumado, velado e inconsistente, emergiendo sobre el mar con un espejismo en las arenas del desierto.

Recordé entonces, que unos ancianos de la aldea, habíanme contado la leyenda de un cataclismo acaecido en el siglo XII o XIII, que sepultó en una noche, una comarca entera con toda su gente; el señor, sus vasallos y sus ciervos.

Y esto resucitaba de repente ante mis ojos maravillados. Soñaba yo con una ciudad "d' Ys" que me permitía el azar contemplar. Una sensación extraña oprimíame el pecho; mis nervios vibraban intensamente y los ojos fijos en esa visión inverosímil, miraban cómo renacía en su forma primitiva, este castillo de antaño, hundido en los siglos.

Mientras absorto encontrábame en muda contemplación, sorprendióme la aparición de una figura de mujer; su ropaje de un blanco inmaculado, hacía resaltar su imagen en ese ambiente difuso. Deslizábase a lo largo de un camino de ronda, que luego la ocultó un instante, para aparecer enclavada más tarde en una poterna, a cincuenta pasos de mí. La penumbra del hueco del portillo recortaba su silueta gallarda. Mostraba su busto ceñido en un albo corpiño de raso, cuyos reflejos contribuían a modelar sus formas. Sus piernas enhiestas alargaban su figura. Los tules en que terminaban sus mangas iban a confundirse con el velo del tocado que cubría su cabeza, los cuales al jugar con la brisa, prestaban al conjunto un aspecto vaporoso de aparición. No me atrevía a moverme. Miróme con ternura, su fisonomía era triste y dulce. La pureza de sus bellos rasgos me impresionó. Sin duda alguna, era una doncella aún. Tenía puestos en mí sus inmensos ojos azules color de cielo. Se quedó inmóvil un segundo, luego adelantándose ligeramente tendióme los brazos. Inconsciente imité su movimiento; entonces muy netamente vi, que la desconocida me sonreía. Enloquecido, con la mente trastornada, sin poder reprimir los latidos acelerados de mi corazón, iba a precipitarme junto a ella, pero fuí contenido con un gesto suave de su mano. El mar crecía y tuve que retroceder; las aguas subían e inexorables lamían ya las torres; la visión se evaporaba esfumándose, las ondas iban apoderándose de ella poco a poco hasta hundirse de nuevo en las profundidades del mar. Disipóse la bruma y bajo el resplandor del sol matinal, aparecieron claras y lisas las ondas incandescentes de las aguas, sin guardar rastro alguno del sortilegio.

Parado en la arena donde venían a morir las olas, aún miraba hechizado y sin esperanza el sitio en donde dormía en las aguas verdes, aquella visión, cuya sonrisa había quedado grabada para siempre en mi ser...

Recordé de pronto que al siguiente día la marea bajaría aún más, podría ser que se reprodujese el milagro, que fuera posible acercarme a aquellas murallas cubiertas de musgo y cobrase realidad aquel ensueño cuyo encanto vivía aún y pudiera ser también...

Pasé una noche de insomnio, afiebrado y al despuntar el día, me dirigí ansioso de nuevo a la playa, paso a paso me interné en las olas. Al lado mío, atareados, unos pescadores preparaban sus redes. El tiempo ese día estaba despejado; la niebla había desaparecido por completo.

El mar se alejó como nunca lo había hecho hasta entonces y todos los que ahí nos encontramos pudimos ver, destruídas, pero formidables aún, las ruinas ciclópeas del castillo sumergido. ¡No había sido un sueño forjado por mi imaginación! Tenía presente ante mis ojos los vestigios del pasado.

Al extremo límite perceptible a la vista, divisé las huellas de numerosos pasos, que, todos ellos se dirigían hacia el mar, pruebas de un éxodo precipitado, revelador de la huída de una población aterrorizada, sorprendida en pleno reposo.

Sentí el dolor del latir de mis sienes, como un loco buscaba; buscaba sin tregua, aquella, cuya visión de un segundo aun perduraba en mi memoria.

Y repentinamente se me apareció de nuevo. Tendida, con su largo traje de antaño, al amparo de una enorme roca; parecía dormida, conservaba en sus labios exangües el encantamiento de su sonrisa de muerta. En su mano izquierda lucía un anillo medioeval.

Me le acerqué. No hizo ella movimiento alguno. Recién comprendí, que cuando todos huían despavoridos de la tierra, se había quedado ella sola atrás, para esperar... ¿esperar que? Ni me animaba a pronunciar la palabra que quemaba mis labios: ¡Esperarme a mí! Y había caído arrastrado por las aguas, en el umbral de su sueño sobrehumano del cual no despertaría nunca.

Largo rato contemplé cohibido el cuerpo diáfano de mi hermana muerta, sin valor para apartarme de ella. Nuestras almas se han unido más allá del tiempo y de la muerte.

Como la víspera, rápidamente ha crecido el mar. Las ruinas han desaparecido. Las aguas han cubierto el blanco cuerpo de mi amada. Me abstuve de tocarlo; no quise profanarlo con el tacto de mis manos anhelosas, de temor que cualquier gesto conjurara su aparición: que conservase por mortaja las aguas verdes, puras y límpidas de las cuales había surgido y que recelosas se la llevaban nuevamente.

He vuelto entre los hombres, sin decir nada; ninguno ha comprendido mi lividez y extravío. Pero yo sé hoy que el amor es indestructible y que nada puede impedir que algún día se reúnan dos seres predestinados. Soy feliz, guardo en mí, la imagen más bella que pueda poseer mortal alguno. ¿Qué puedo pedir de más a la vida?

▼

Se comenta mucho en la Villa la desaparición de una joven inglesa que pasaba sus vacaciones en un hotel de la aldea.

Esa noche en el Casino se disgustó con su novio. ¿La ha abandonado él? Nadie lo sabe.

Al alba ha salido sola del baile de disfraz; desde entonces no la ha vuelto a ver persona alguna.

ALBERT DE TENEUILLE

▼▼ TRADUCCION DE R. E. D. 

DIBUJO DE VALDIVIA



LA LEYENDA DEL YASY YATERÉ

Por RICARDO GUTIERREZ

SEGÚN las regiones, las leyendas se transforman aunque guarden siempre sus puntos de contacto, como sucede con la voluptuosa diosecilla de los yerbales, la Caá Yarí. En la selva misionera, el Yasy Yateré es un siniestro pájaro robachicos, especie de paloma o diminuta gallina que grita en la noche "¡Ya-sy-ya-te-ré!", anunciando a las madres la desaparición de sus hijos. Y según cuentan, toda defensa es inútil contra la trágica profecía.

En ciertos puntos de la provincia de Corrientes, donde aún permanecen intactas ancestrales creencias, incontaminadas aún por la invasión extranjera, aunque se mantenga cierta timidez en revelarlas al hombre extraño a la zona, el Yasy Yateré no es un pájaro, sino, simplemente, un pequeño enano rubio que anda por el bosque con sombrero de paja y llevando un bastón de oro.

Es un personaje humorista pero peligroso, pues se dedica a robar criaturas que apenas hayan comenzado a caminar, para llevarlas a puntos lejanos, entretenerse en jugar con ellas, lamerlas un rato y luego envolverlas en isipós, enredaderas que las resguardan del daño y de la mordedura de los bichos venenosos. Por fin, el Yasy Yateré oculta a los chicos entre la maraña, para criarlas cuidadosamente y enseñarles su oficio, salvo que alguna desesperada madre, escuchando el lloro del niño, llegue a tiempo para arrancarlo de entre las manos de su raptor, que, como ha comido hierba santa, se hace invisible y puede huir fácilmente.

Inolvidable es la escena que presenciamos en un miserable rancherío, donde el "creced y multiplicaos" era la palabra de orden. La selva hosca parecía hundirse en el fondo de la picada, en la tarde triste que moría lentamente entre un imponente coro de lamentaciones, de bestias extrañas y aves agoreras. El pico del fúnebre carpintero repiqueteaba en los troncos proclamando desgracia; el ñacurutú parecía redoblar como el tableteo de una ametralladora y hendía el aire el ronco aullido de un perro que veía al diablo entre la espesa telaraña de las sombras, que comenzaban a descender sobre la tierra.

Media docena de chiquillos se arrastraban sobre el polvo sucio del camino. De pronto se escuchó el agudo silbido: ¡Ya-sy-ya-te-ré!, ¡ya-sy-ya-te-ré! Unas cuantas mujeres salieron de los ranchos y, lanzándose al espacio descubierto donde jugaban los seis chicos, los recogieron, presurosas, para defenderlos del enano maligno. De pronto, una de ellas comenzó a proferir gritos angustiosos, al notar que su hija, preciosa muchachita de doce años, había desaparecido... Los hombres corrieron; las mujeres escudriñaron el bosque. Pero la hermosa chinita no tornó al rancho de sus padres, y toda la noche se escuchó en la distancia el silbido gozoso del Yasí-Yateré.

Mas un mocetón de morena faz y ojos brillantes, que emprendía viaje al amanecer, en dirección a los yerbales, nos reveló confidencialmente que el terrible Yasí-Yateré solía también robarse a las muchachas bonitas.

Ricardo Gutiérrez

Un Club Deportivo Femenino en Galicia

Por Eduardo Blanco-Amor



María Antonina Sanjurjo, presidenta del Atlántida Hockey Club, de Vigo.

"La mujer, sin duda, debe reinar en el interior de la casa, pero no debe reinar más que allí; en cualquier otra parte se halla como desplazada.
Mirabeau. 1780.

"El hombre está hecho para la lucha y la mujer para el placer del guerrero".
Nietzsche. 1884.

..... al hecho de que todos estos sentimientos habían madurado lentamente en las mujeres, se debió el que estallasen tan rápidamente: las mujeres llevaban mucho tiempo a la espera".
Paúl Morand. 1931.

El concepto que se tiene de la mujer española en el extranjero dista mucho de ser real, especialmente en lo que se refiere a su posible capacidad para asimilar la vida moderna. No hablamos aquí de las clases cultas o de las personas pudientes que leen o viajan; sino del concepto que tiene la masa popular, que es la que, en definitiva va tejiendo, con los menudos hilos del tópico transmitido de unas generaciones a otras, sin que nadie se detenga a analizar su verdad o su mentira, el estado de opinión dominante acerca de los pueblos, las gentes y las cosas.

En Europa hay quien sigue creyendo de buena fe, que la mujer española es todavía la "Carmen" cigarrera, bravía y jacarandosa que bebe aguardiente y lleva puñal en la liga; y que la única "sociedad" posible la integran aquellas manolas empingorotadas, de chapin de raso y justillo de abalorios, llenas de ringorrangos y perendengues de la corte isabelina que vió, allá por el año 1840, contonearse por el Paseo de la Castellana el bueno de Teófilo Gautier: que es tanto como si nosotros creyésemos que las barbas de mártir, las levitas color avellana, los pantalones de presilla y los versícromos chalecos del gran "Theo", constituyen, aun en nuestros días, la síntesis indumentaria del francés medio.

Pero en América — especialmente en la de habla española — este concepto es todavía más lamentable porque ni siquiera se apoya en estas apreciaciones seudo estéticas, exprimidas de un pintoresquismo caprichoso, mediante los trabajos forzados de la literatura romántica.

América juzga, en general, que las Aldonzas y Maritornes que desembaúla en esas playas la tercera de los transatlánticos para ocuparse de las faenas domésticas — lo que no deja de tener sus valores — es toda y casi la mejor España femenina. Y como la pobre "gallega" es el símbolo y el argumento de este juicio equivocado, yo quiero disparar estas líneas de rectificación hacia el blanco siempre expectante del público argentino, hacia su generosidad cordial, dispuesta, en cada momento, a sustituir la idea vieja, empezando, precisamente, por Galicia, estas crónicas. Y después de este fatigoso preludio comienzo la proyección contra la blanca pantalla de estas páginas.

VIGO

Yo dije en una crónica, que Vigo "es una ciudad en un acto". Casi todas las ciudades de Europa tienen varios: acto del romano, acto del gótico, acto del Renacimiento. Vigo es una ciudad en un solo acto, sin intriga ni embrollo arqueológicos. Blanca, nueva, limpia, ágil, desperezándose frente al mar, como un atléta joven. Tiene un castillo, es cierto. Bueno, ¿y qué? A mí siempre me pareció una cosa postiza aquella fortaleza domesticada, a cuya sombra estudian los bachilleres sin sacarse las medias de golf y hacen crochet las nodrizas, mientras los niños, asaltando fosos y escalando murallas, convierten el bélico armatoste en un gran juguete de piedra. Es por esto que, avergonzados los canosos bastiones de tanta familiaridad, acabaron por entregarse con armas y bagajes, mediante una cesión del ministerio de la Guerra, a los munícipes, quienes, a fuerza de fantasía concejalesca, están ahora convirtiendo la bella colina donde se asienta el castillo, en un parque de recreo. Por donde antes se asomaban los centinelas de ojo turbio, greña caída y ceño feroz, pasearán, dentro de poco, blandas parejas en idilio. Los pétreos lienzos de los muros, no restañarán otra sangre que las rojas flores de los geranios desbordando de las barbacanas convertidas en macetas; y en las troneras, donde antes blasfemaba la artillería horrísona y mortal, no se oirán otros estampidos que los de los furtivos besos, que también matan pero más dulcemente, sin duda alguna.

Por no tener Vigo sobre sí la sugestión cotidiana de un pasado exigente, se entregó al porvenir con diligencia y gozo de joven rico, sin pesada fardamenta de ejecutorias y pergaminos. El mar es su árbol genealógico y de él le viene toda su fuerza, su belleza y su dinero. En las minas de plata temblorosa del pescado, Vigo descubrió y colonizó su mejor América. Muchedumbres de obreros, mujeres, comisionistas, marineros y técnicos trabajan en esta hidalga industria del mar, que produce más de 100 millones por año, para una ciudad de 80.000 habitantes. Su puerto, con transatlánticos de todas las banderas del mundo, es una constante invitación al viaje; y los hijos de los industriales reciben su educación comercial y social en Londres, en Norte América o en las manufacturas de ingenieros de Lieja y Amsterdam.

Por todo ello, cuando la juventud española de hace 30 años, entretenía aún sus ocios, que eran toda su vida, con juegos citados en la novela picaresca del siglo XVII, ya en Vigo se jugaba al fútbol, que por esta puerta entró a España. Los "players" llevaban bigote y galerín, pero no importa; se jugaba al fútbol y se hacía "yachting", y muchísima gente hablaba correctamente inglés.

DESCUBRIMIENTO

Fué visitando el gran estadio de Baiaidos con un viejo compañero de "team" — pues yo también fuí jugador de fútbol, aunque ¡ay! en los tiempos heroicos del potrero — cuando me enteré de que existían en Vigo clubs femeninos de deportes. Allí, en un campo inmediato, unas muchachas se entrenaban en el juego del hockey, con gran algazara y tijereteo veloz de piernas seguras. Avizorando por entre unas vallas, la primera impresión fué del estilo más pasadista y anticuado; impresión vieja como el mundo. Nada de los viragos habituales ni de las solteronas anchas de *esternón y fumadoras de pipa*, que suelen traernos las publicaciones deportivas. Veintidós ágiles y preciosas muchachas, una más linda que la otra, muy serias, enfundadas en sus pantalones y revoleando el palo, bajo las indicaciones breves y concisas de la capitana. Sobre idénticos pastos afelpados, estas mismas muchachas, con blancas pelucas de bucles y ahuecados miriñaques, serían, hace dos siglos, un hermoso pretexto para que Boucher las metiese en un marco de perezosas curvas rococó. Y un siglo después Winterhalter las retrataría en un besamanos pastoril de la emperatriz Eugenia todas muy peripuestas con pamelas de paja tropical, cintajos de terciopelo negro y volantes faldas de organdí de seda. *Dentro de un rato*, dejarán esos colmillos de elefante con que están golpeando a la infeliz pelota y volverán a ser deliciosas muchachas de ojos calmos y palabra dulce, flotando en este mimo que envuelve, como una atmósfera espiritual, a la mujer gallega. Y no es otro el secreto del feminismo para que todos los hombres del mundo lo admitamos sin violencia y, casi diría, con regocijo: Que la mujer haga cuanto quiera; que sea abogada, boxeadora o arzobispa; pero, ¡por todos los santos!, que no deje de ser mujer. Y que todos los apriorismos doctrinarios y teorizantes del feminismo — inventados generalmente por las feas — se detengan ante este dintel inexorable: ser mujer. Nos parece absurdo que en nombre del feminismo se quiera hacer musculinismo. ¡Y antes de que nosotros, señoras mías, consintamos en esto, reprisaremos varios "raptos de las Sabinas".

CHARLA EN EL CLUB

El Atlántida Hockey Club, de Vigo, me recibe solemnemente en su local social — decoración de repisas, chiches y almohadones — con su comisión directiva *sesionando en torno a unas botellas de jerez:*

— ¿Consta en acta eso de las botellas? ¿Es reglamentario? — pregunto.

— Cuando se recibe visitantes ilustres, sí lo es.

— En fin, el pretexto falta, pero las botellas pueden quedar.

— La modestia le sienta a los hombres casi tan mal como los pantalones de golf.

Estoy hablando con la presidenta: María Antonina Sanjurjo, 23 años, perfil sereno de *Minerva joven, gran distinción mundana*, palabra segura envuelta en una voz cálida y amiga.

— ¿Hay muchos clubs femeninos de hockey en España?

— Muchos, casi uno en cada ciudad. Pero, *proporcionalmente, en Vigo más que en ninguna* otra parte de España. Aquí tenemos tres, en Madrid hay cuatro y en Barcelona dos.

— ¿Hace mucho que han fundado el Atlántida?

— Debutamos en el torneo gallego de este año. Para el próximo intervendremos en el campeonato nacional.

— ¿Cuenta con muchos "socios"?

— Somos unos 300. Cuarenta activos y el resto protectores.

— ¿Y cuál es la diferencia?

— Que los socios activos juegan y votan. Y los protectores pagan y no votan.

— ¡Caramba, qué tiranía!

— Es la *única forma de evitar conflictos*. En cuanto se le permite a la gente ejercer autoridad sobre lo que no entiende, sobrevienen los más espesos líos. Ya ve usted la República...

— Se advierte a la presidencia — interrumpe la *secretaria* — *que los estatutos prohiben* hablar de política en el club.

— ¿Y a quién corresponde la responsabilidad de la fundación del club?

— Pues... a mí. Me aficioné al hockey cuando estudiaba en Madrid. Luego las víctimas aparecieron en seguida. Cuanto más nueva sea una iniciativa, más rápidamente prende en las jóvenes gallegas.

— ¿Y qué estudió usted en Madrid, señorita



Carmela Sanjurjo Aranaz, delantero centro del Atlántida, da un susto en el área de gol a las dos defensoras del Viga Hockey Club.

presidenta, labores, arte decorativo, magisterio?...

—¡Ay, qué gracioso! ¿Cree usted que estamos en épocas de perder el tiempo? Estudié comercio.

—¿Que usted estudió comercio? ¿Usted fatigando esos maravillosos ojos, leyendo mamotretos insufribles sobre la exportación de sebos y acerca del dinero giral? ¡Imposible! Y, a lo mejor terminó usted en tenedora de libros o algo así, tremendamente aburrido.

—Y algo más — tercia María Teresa: una vocal adolescente, hermana de la presidenta. — Su título es intendente actuarial de comercio. Y ahora, mientras prepara unas oposiciones para el profesorado mercantil, es catedrático interino de la Escuela Comercial y explica, precisamente, geografía económica de América.

—¡Qué espanto! Y usted, claro está, seguirá el mismo camino, si Dios no intercede...

—Naturalmente — responde María Teresa, casi ofendida de que esto pueda dudarse, — como que ya soy perito mercantil.

—¿Pero cuántos años tiene usted, criatura?

—¿Cómo, criatura? ¡Dieciséis! ¿Qué se ha creído usted? Y también juego al hockey.

Todavía me queda por saber que María Luisa Rubí y Niní Pérez Isla, casi en la edad de las muñecas, son bachilleres universitarios; y que ésta es no sé qué, y la de más allá no sé cuántos, y que la otra lleva la complicada contabilidad de los negocios millonarios del padre. En la hora larga que dura mi conversación con ellas, advierto que merecen bien sus títulos. No hay entre estas admirables muchachas instrucción superpuesta, incómoda, mal pegoteada pedagogía, sino cultura perfectamente asimilada, incorporada, tal como la define Max Sheller: convertida ya en una forma particular y personal de la reacción, del módulo, del gesto.

Margarita Alonso y Gloria Tapias, "goalkeeper" la primera y próxima jugadora internacional, y "forward" la segunda, preciosas ambas, las dos menores de veinte años, me interrogan largamente sobre la mujer argentina. Yo les informo engolando el ditirambo todo cuando me exige mi nostalgia porteña: el Consejo Nacional de Mujeres; las estudiantes de Filosofía y Letras, Farmacia y Medicina; Victoria Ocampo y su fervor por las cosas del espíritu; las pintoras, las poetisas, las actrices, las recitadoras; las mujeres en su casa, en la calle, en las oficinas y en las diversiones... Todo el caleidoscopio femenino de la gran urbe, desfila ante la atención cariñosa — ésta es la palabra — de estas mujercitas. Rosina Canella, un "half-back" del segundo equipo, hecha a flotar en la caudalosa evocación, una pregunta llena de donaire:

—Y de política, ¿cómo andan las argentinas?

—¡Psch!... No intervienen, al menos de un modo ostensible.

—Evidentemente — concluye con firmeza — tienen talento.

—Se le previene — ataja inconmovible la secretaria — que los estatutos...

—Sí, ya sé que no permiten hablar de política; pero se refieren, en el espíritu sino en la letra, a la política nacional, es decir a una política en su aspecto emotivo y apasionado; no a la política en general, que es un matiz imprescindible de la cultura, del que nadie puede ni debe inhibirse.

—De todas formas..

Mientras ambas contendientes polémicas, se embarcan en una procelosa discusión sobre casuística reglamentaria, la presidenta me ofrece la oportunidad de asistir a una fiesta social que celebra el club esa misma noche, lo que acepto encantado.

UN SARAO DE HOGAÑO

Acabo de asistir al sarao, si es que puede denominarse con este fino vocablo abuelo, una fiesta tan contemporánea, tan joven, tan actual que por sí sola merecía una cumplida crónica. ¿Cómo identificar a las chicas de las bombachas deportivas, que he visto en la cancha de hockey, ni siquiera a las muchachas de busto firme modelado por el "sweter" y de ancho zapato americano, con quienes conversé esta mañana, cómo identificarlas al través de sus vaporosos vestidos de "soirée" y de su chic perfecto y seguro de mujeres de sociedad? Pasa un aire de la mejor Europa por entre el rumor de cien diálogos. El ingenio rápido y vivaz de los hombres y la respuesta sagaz e intencionada de las chicas hacen estremecerse el ambiente de carcajadas jóvenes. Nada podemos imaginarnos ahí tan deliciosamente alocado, tumulto tan animoso, alegría tan legítima. En la orquesta suena todo un repertorio ecuménico: blúes y fox-trots americanos; danzones y rumbas cubanas; pasodobles vernáculos; valses de todas partes. Durante un breve intermedio, un corro de jóvenes me dispara sin descanso preguntas acerca de Buenos Aires. ¿Qué es Palermo? ¿Cómo está el campeonato de fútbol? ¿Se casan muy jóvenes los hombres allá? ¿Cómo es que no vienen ahora tantos argentinos? ¿Verdad que Gardel no tiene más de 25 años? Huyo como puedo de aquel avispero y salgo a bailar. Pero todavía mi pareja sigue asediándome:

—¿Cómo es que los que vienen de la Argentina hablan de una manera tan emocionante de Buenos Aires? — me dice, y la pregunta flota un momento entre las volutas del tango que voy devanando como Dios me da a entender, bajo la fiscalización terrible de los muchachos que suponen en mí una perfección tanguera que disto mucho de poseer.

—Por muchas cosas, señorita, y ésta que usted está oyendo una de ellas.

—¿Pero es que tanto puede el tango?

—Cuando un extranjero acaba, más que por comprenderlo, por sentirlo, ha firmado, sin darse cuenta, su carta de ciudadanía espiritual, que es bastante más comprometedora que la legal.

—Según eso, usted se habrá casado en Buenos Aires.

—¡Con el tango sí!

—Pues si es como usted dice, no le será muy fácil divorciarse...

La presidenta me ofrece, junto con una copa de jerez menos dorado y menos espiritual que ella, un saludo autógrafo para las deportistas argentinas. Leo la cuartilla en voz alta mientras todos levantan sus copas. En el saludo de unos hay un presentimiento y un deseo. En el de otros una nostalgia.. Porque los gallegos se dividen, con respecto a América, en dos clases: los que volvieron y los que irán.

Eduardo Blanco - Amor

Vigo, mayo de 1934

Ramón Gómez de la Serna ha abandonado su "Torreón"

Por E. M. S. Danero

En los altos de un viejo caserón del número cuatro de la calle de Velázquez, tenía Ramón el que pomposamente llamaba "su Torreón". Así: "Velázquez, 4; Torreón" ponía en sus extraordinarias esquelas epistolares. Al Torreón llegábanle las cartas de todos sus amigos, y hasta aquella buhardilla treparon sus camaradas más dilectos después de las tertulias sabatinas del café de Pombo.

Era el retiro del escritor, el rincón personalísimo, donde no llegaba ni la impaciente tranquilidad doméstica. Lo conservaba desde hacía años. Catorce años; quizá más. No se había decidido a abandonarlo ni siquiera en esa hora de aciago optimismo en que decidió levantar un chalet "para el resto de su vida" en la playa de Estoril, y que fué un gran fracaso financiero, del que tuvo que retornar maltrecho y empobrecido al refugio de Velázquez, 4.

Catorce años de intimidad, catorce años infundiendo a los muros esa confianza y esa familiaridad que sólo se expresa con los cuadros colgados, con las estampas adheridas, con los juguetes y rarezas clavados y crucificados, como para nunca más ser arrancados.

Ese misógino andariego que, en el fondo, es el creador de las greguerías, creyó ser más fuerte que el tiempo, más poderoso que las crisis económicas, más omnipotente que la dictadura de los caseros. Se estableció en su Torreón, como para nunca más moverse de él. Lo convirtió en su refugio y también en esa puerta de escapatoria hacia lo irreal, que necesitan los escritores para no rebelarse absolutamente contra la existencia hogareña. Cada amigo que allí llegó dejó un recuerdo, y de cada camarada distante había un exvoto. Era, en definitiva, más que el hogar propio de Ramón.

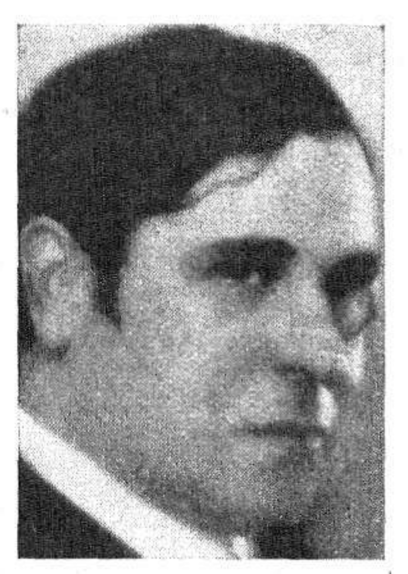
Allí, en catorce años de correrías por todas las baratijerías del mundo, había reunido sus cosas. Juguetes mecánicos adquiridos en los bulevares de París; instrumentos de magia conseguidos en Buenos Aires luego de sobornar al confidente de los más famosos prestidigitadores del mundo; antigüedades descubiertas en el Rastro; incongruencias cazadas en una tienda cualquiera; todo ese universo de objetos inanimados, en los que él sabía descubrir una levísima palpitación vital. El cielorraso de las habitaciones estaba cuajado de estrellas, soles y cometas. Era el único cielo en el que se podía descubrir una estrella llamada "la Cruz del Sur", bautizada antes de que un práctico, demasiado astronómico, a su llegada al río de la Plata, le informara de la existencia de toda una constelación.

En uno de los rincones más luminosos del Torreón levantábase el farol de alumbrado callejero que Ramón raptó una noche; y al fondo del pasillo — primer pasillo de barco que conoció Ramón — aparecía la imagen anatómicamente descarnada de un fantasma.

Refugio como ningún otro, el Torreón de Gómez de la Serna hubiera hecho las delicias de un Barbey d'Aurevilly. Era como la materialización de sus greguerías. Tenía mucho de laboratorio y más aún de cueva propicia para el refugio de ese salvaje moderno que va resultando el artista y el intelectual.

Y ahora, apremiado, acosado por las necesidades, Ramón ha tenido que abandonar su refugio. Se ha visto obligado a dejar definitivamente su Torreón y salvar como de una quema o de un naufragio, unas pocas de sus preciadas insignificancias.

Alguien le ha recordado en estos días de desastre a Ramón aquello del refrán que dice: "que torres más altas se suelen venir abajo". Torres más altas, es verdad, veremos caer. Y caerán. Pero el escritor no ha podido reprimir una dolorosa exclamación, y así, en una como lacónica elegía a su Torre, ha sollozado: "¡Pero ésta era la mía!"



Ramón Gómez de la Serna, el notable escritor español que, obligado por la crisis, se ha visto en el doloroso trance de abandonar su famoso "Torreón" de la calle de Velázquez.



Un rincón del extraordinario y original refugio, en el que, al pie del farol de alumbrado raptado en un callejón madrileño, está la muñeca de cera que, según parece, se ha salvado con unas cuantas reliquias, alojándose en la casa familiar del escritor.

Las tres mujeres de Pancho Villa

Tres amores tuvo, al parecer, el caudillo mejicano; y, viudo de la primera mujer, casó con la tercera cuando vivía la segunda. Hay, pues, dos esposas que aseguran haberse casado legalmente, y de ellas quedan siete hijos herederos del apellido en otra hora tan famoso como temible.

◆



Retrato de Pancho Villa, ya retirado de las actividades revolucionarias, al lado de su tercera esposa, doña Austreberta Rentería, pocos días antes de su trágica muerte.

HACE ya diez años que cayó Pancho Villa. Figura siniestra, para unos, nimbada por una trágica aureola de crimen y depredaciones, es, para otros, todo un héroe nacional. Posiblemente, ni lo uno ni lo otro; pero, sí, una personalidad característica y un hombre al que habrá que mencionar en la hora de hacer historia. Todavía no. Hoy, aun es el rebelde que hizo vibrar horas y horas el telégrafo con la relación de sus hazañas.

Naturalmente, alrededor de su figura se ha tejido recia urdimbre de leyendas, verdades y mentiras. Por un lado, el bandido temible e implacable; por el otro, el guerrillero casi genial. Fué odiado y fué admirado. Su nombre lo mencionan con rencor muchos miles de mejicanos; con veneración lo recuerdan otros tantos de sus connacionales. Todavía hay quien añora la época aquella en que, al frente de sus "dorados" no conocía más que las victorias y era señor de vidas y haciendas. Pero, Méjico marcha ya por otros rumbos democráticos y en las riscosas serranías norteñas no se escucha el tropel de la desenfrenada caballería ni los gritos de "¡Viva Villa, hijos de la retostada!" De los hombres de San Juan del Río, de los centauros de Durango, son pocos los que restan.

Pero, si la historia no ha pronunciado su última palabra, el cine, en su avidez de llevar a la pantalla hombres y hechos apasionantes, ha visto en la figura del caudillo mejicano una de las más indicadas para condimentar una de esas piezas en las que se mezcla la realidad con la ficción, la verdad con la no siempre equilibrada fantasía. Es así como ya tenemos anunciada una película con la relación detallada de las hazañas y andanzas de Pancho Villa. Y a raíz de su anuncio, también, ha corrido por Méjico la noticia de que la esposa de Villa ha entablado un pleito contra la empresa filmadora, por sentirse agraviada dada la forma en que se presenta a su finado marido...

Los periodistas mejicanos, entonces, se han puesto en guardia. Han aguzado el ingenio y procurado bucear en la vida del caudillo, el que, como todo guerrero y conquistador, parece haber sido también afortunado en amores.



Pues son tres las mujeres que Villa tuvo.

La primera de ellas fué Juana Torres, con la que se casó en Torreón y que murió en Guadalajara el 16 de octubre de 1916. La segunda fué Luz Corral, que pertenecía a una familia de mejor posición social que la primera y le acompañó en la parte más brillante de su carrera militar. De este segundo matrimonio un tanto oscuro, realizado en Chichuahua, se llegó a dudar, asegurándose que no hubo tal y que el acta levantada era apócrifa. Sin embargo, en agosto de 1923, Luz Corral, viuda de Villa, dispuesta a hacer valer sus derechos, obtuvo una copia certificada de dicho documento. Hay, empero, un detalle. Cuando se casó Villa con Luz se declaro soltero y de 37 años de edad, lo que no coincide con los 36 que declaró tener en el año 1913 cuando se casó con Juana Torres.

Por tercera vez, en junio de 1921 casó Villa. Cultivaba entonces sus campos de Canutillo. La novia era Austreberta Rentería, de 25 años. Según el acta, Villa reincidió en su afán de figurar como soltero, de 44 años de edad, lo que coincide con la declaración que hizo en Torreón al casarse con Juana Torres.

Cuando se realizó este tercer matrimonio el caudillo ya había perdido a Juana, y de Luz nada en concreto sabía. No obstante, el día que Villa cayó asesinado, Luz Corral fué de las primeras personas que hasta su morada llegaron sosteniendo ser su esposa legítima.

Siete hijos han quedado del caudillo, los dos últimos de Austreberta. Pero, lo que no es posible decir es si hay aún dos viudas de Pancho Villa y si todos estos vástagos — entre los que se cuentan tres niñas — pueden llevar su de todas maneras célebre apellido.

★  

Dicho y hecho

Por
RUBEN CASTILLO

PREGUNTA Y RESPUESTA

Alguien me pregunta por qué esta página se titula, invariablemente, "Dicho y Hecho". Y no sé qué decir, ni qué hacer, ante la inesperada inquisición. La heredé de don Luis Pardo, cuyo humorismo, por espacio de largos años, la colmó de sutilezas, con la cooperación de varios dibujantes de "Caras y Caretas". Creo que fué él quien la bautizó, la prestigió y le dió valor de permanencia. Yo, como un homenaje a su talento, acepté el legado sin discutir la mayor o menor propiedad del título, poniendo al amparo del mismo las maduraciones intrascendentes de mi ingenio, más inclinado a la severidad del juicio que a la ligereza de la ironía. Y lo que yo digo y hago no sé si está dicho y está hecho o si soy el primero en decirlo y en hacerlo, o en hacerlo y en decirlo, porque primero es el hecho y luego el dicho al hecho relativo. Y al hacer en letras lo que acabo de decir, pienso en esos edificios señoriales que antes fueron residencias privadas y que hoy son, por ejemplo, oficinas para el cobro de impuestos a la renta: la construcción continúa inalterable, y sólo el mobilario y las funciones humanas son otras. Y que le baste al preguntón esta causa, frente al edificio y frente a esta página, y, si con tristeza advierte que lo que en ella digo no guarda relación con lo que otros hacen, no olvide que del dicho al hecho va gran trecho, y que yo me comprometo a andar de dicho en dicho, y que lo dicho dicho está. Y menos averigua Dios, y perdona.

NUESTRO VERNACULO

Nuestro vernáculo contiene expresiones dignas de ser consideradas cuidadosamente. Mantener un criterio purista y castellanizante frente a ellas equivale a desconocer el derecho que tiene el pueblo a definirse mediante su lenguaje. La riqueza idiomática no se conserva en un arcón inviolable y sin posibilidades de acrecentamiento, no sea que acontezca con ella lo que con el oro de los alquimistas, que, en lugar de multiplicarse, se transforma en carbones. Pero tampoco consideramos pertinente la tolerancia que pretenden aquellos que del lenguaje popular extraen el poso nauseabundo, ni siquiera en defensa de las letras acordadas a los ritmos bailables y vinculadas, generalmente, a un canallismo que, como un líquido corrosivo, atenta los mejores sentimientos de nuestra moral y de nuestra cultura. No tenemos pudores mojigatos, pretendemos un aumento y una valoración más firme de nuestro léxico popular, falsificado por quienes se erigen en sus defensores cuando son en verdad sus detractores y los que lo enlodan con una jerga amasada con elementos expresivos del hampa delincuente.

NUESTRO DERECHO

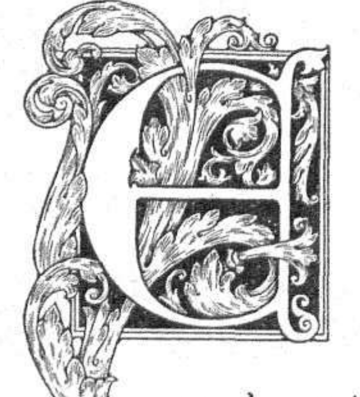
En los períodos de intensas crisis económicas, la flora literaria intensifica su producción. Si poseyésemos, además de un modesto sentido crítico, vastos conocimientos de herbolarios y de geógrafos, podríamos realizar un tratado de geografía literario-floral. Pero, desventuradamente, no poseemos más que un parecer, el nuestro, y un canasto de cierto valor histórico; y como el parecer depende de nuestros gustos y de nuestras conveniencias lo hacemos derivar a un derecho que nos pertenece, el de pedir y no pedir. Y pedimos lo que deseamos, y no pedimos lo que no nos intersa, procurando evitar vanas discusiones con quienes nos envían lo que hemos pedido. En esto somos tradicionalistas y, por serlo, respetamos la floración ajena, empleando el silencio como signo de respeto y usando del canasto para justificar nuestra actitud.

ANTE EL GIGANTE CAIDO

Gigantazo de sonrisa bonachona, habíase hecho al éxito de adormecer las voluntades que se oponían a sus puños mortíferos, y lucía alegremente la corona de un reinado efímero. Pero David sobaba pacientemente el cuero de su honda, aprendía de los felinos el andar cauteloso, el zarpazo taimado y ensayaba la viveza de la vista en la pedrada certera. Y el cíclope cambió su sonrisa por una mueca de dolor: había sido vencido. Diremos, con Darío: "Nada más triste que un titán que llora". Y consolaremos al gigante caído con la esperanza de que algún día verá caer a su vencedor, David intrascendente para la cultura humana, inteligencia desvinculada del sentido de lo permanente, energía física puesta al servicio de una acción que, en nada influirá en los acontecimientos que justifican nuestro derecho al porvenir.

Rubén Castillo

9 DE JULIO



L Congreso de Tucumán es la ratificación del más grande sentimiento colectivo en la Argentina. Ni vacilaciones, ni dudas: el pueblo de las Provincias Unidas del Río de la Plata, por medio de sus representantes, define en él su anhelo de libertad absoluta, y desde ese momento el país inicia su maravilloso proceso constructivo, jalonado por acciones heroicas, por acontecimientos edificantes y sombríos, por luchas de toda índole que culminan en la unidad nacional, cuyo vigor, a los 118 años de jurada la Independencia, se manifiesta en todas las expresiones de su vitalidad extraordinaria.

EL PROXIMO JUEVES APARECERA EL NUMERO EXTRAORDINARIO QUE

"CARAS Y CARETAS"

DEDICA A LA GLORIOSA FECHA ARGENTINA.

Portada: *Soldado de la Independencia,* dibujo de Alvarez a cuatro colores. Segunda portada: *Doña Petronila Menchaca y San Martín, doña Trinidad Balcarce de Coe y doña María Eugenia Escalada de Demaría,* miniaturas en color reproducidas por gentileza especial del Museo Histórico.

Otra página a cuatro colores: *Retrato del Libertador,* por E. Querciola, óleo donado al Colegio Militar de la Nación por el intendente de General San Martín, doctor Juan M. Guglialmelli, y todos sus colaboradores. El monumento a los Dos Congresos y la estatua de Avellaneda, de Fioravanti: dos páginas en bicromía.

Retratos, con autógrafos especiales para CARAS Y CARETAS sobre la fecha patria, del vicepresidente de la República y presidente del Senado, doctor Julio A. Roca; del presidente de la Cámara de Diputados de la Nación, doctor Manuel A. Fresco, y del director del Colegio Militar, general Francisco Guido Lavalle; *Las grandes figuras de la patria: los veteranos de la Armada Nacional,* por Juan José de Soiza Reilly; Una nota dedicada al Colegio Militar de la Nación; *Un 25 de Mayo en Budapest; La bisnieta del prócer Laprida ejerce su profesión en la lejana Patagonia; Conversando con el embajador Cantilo,* por Rafael Símboli; *Los ojos de la escuadra; El partido de General San Martín,* y otras notas de interés.

COLABORACION LITERARIA

Dorrego el ajusticiado, por Arturo Capdevila; *El cura de Santa Esperanza,* por Hugo Wast; *Romance de Severa Villafañe,* por Héctor Pedro Blómberg; *Romance para Manuel Belgrano,* por María Alicia Domínguez: *Autobiografía de un triunfador,* por Ramón Gómez Masía; *Cómo conocí a Marañón,* por Jorge Orgaz; *Un paisaje sureño,* por Eugenia de Oro; *Chez Lucienne, chapeaux,* por Félix Lima; *Labios sellados,* por Guillermina Lucy Aste; *Dolido'e celos,* por Edelmiro Carlos Silvestre; *Tus manos, tu casa, tu espíritu,* por Irene G. L. de Huergo; *Una gran dama argentina: doña Mercedes Rosas de Rivera,* por Mercedes Moreno; *Canción,* por María Celina Neyra de Sola; etc., etc.

Ilustraciones de Eduardo Alvarez, Víctor Valdivia, Alicia Pérez Penalba, Ramón Batlle, Ramón Caballé, etcétera, a cinco y dos colores.

EN EL MUNDO DE LOS HEROES OLVIDADOS

El hombre que salvó el honor de las mujeres de La Rioja

Centenario del coronel Julio Campos 1834 - 1.º de julio - 1934

Un soldado raso que desciende de los dioses. – Luchas de Buenos Aires contra Urquiza. – Caudillo contra caudillo. – El cantón de la muerte. – El heroísmo de un abanderado. – Julio Campos inicia su carrera de triunfos. – La hazaña de la bandera. – La orden del día del comandante Ignacio Rivas. – Los cañones enmudecen. – Un batallón de leones y de tigres que obedecen a la rienda. – Campos se impone. – La varita mágica. – Julio Campos abandona su título de abogado para servir a las instituciones nacionales. – Salva el honor de las mujeres de La Rioja. – Un porteño, ídolo de los riojanos. – En el Paraguay. – Su muerte heroica en la Revolución de 1890. – Resurrección del héroe.

Por JUAN JOSE DE SOIZA REILLY

Soldado raso que desciende de los dioses

BUENOS Aires odia a los caudillos. Pero, odia a los caudillos que no son porteños. En 1852 — siete meses después de la fuga de Rosas — ya la gente, cansada de haber sido libertada de la tiranía por un provinciano, grita sin saber acaso lo que grita:

— *¡Abajo el caudillismo!*

Y mientras prorrumpe en mueras, fabrica su caudillo:

— *¡Viva Alsina!*

Don Valentín Alsina posee las condiciones esenciales para ser caudillo de los porteños: *es porteño y, además, doctor...* Buenos Aires ha tenido siempre estos caprichos elegantes. Quiere siempre que sus caudillos sean oriundos de su municipio y, además, doctorados. Si no son doctores, los doctora en la Universidad de la Vía Pública. Agréguese a las condiciones esenciales de Alsina, el talento de Alsina; las virtudes de Alsina; el coraje de Alsina...

— *¡Viva Alsina!*

Todo el pueblo de Buenos Aires se declara alsinista. ¿Por Alsina mismo? ¡No! Por amor propio. Es decir: *porteñismo.* Si en vez de Alsina es otro:

— *¡Viva el otro!*

La cuestión es librarse de ese gran provinciano de poncho y galera de felpa, que se está endiosando. Al fin, ¿qué ha hecho para tocar las nubes?

— *Nada* — dicen algunos.

— *Todo* — afirma la historia.

Felizmente el pueblo porteño, que podía caer en manos de un malandrín, cae en poder de "un porteño de mi flor", patriota, inteligente, buen mozo, lírico, "paquete", guante blanco, y, sobre todo, un doctor de verdad:

— *¡Viva Alsina!*

No es solamente la muchedumbre arrabalera la que se pone de su parte. La aristocracia — "las camisas de seda y el botín de charol", — toda la "crema" le da sus simpatías. Pero, los más entusiastas, los más fervientes, los más impulsivos admiradores del caudillo porteño, son los estudiantes. Ante el grito revolucionario de Alsina los colegios se quedan vacíos. Los muchachos de la Universidad erizan las trincheras. Cuando el coronel Hilario Lagos, comandante de campaña de Urquiza, sitia a Buenos Aires, no queda en los hogares ni un muchacho porteño. Todos salen para romper el sitio a puñaladas o a tiros de pistola. Entre ellos se distingue por su fogosidad un jovencito de pequeña estatura, pero ardiente, vigoroso, altivo. Ha vendido todos sus libros de derecho a un librero de la calle Bolívar. Con el producto se compra un trabuco naranjero que, puesto en su cintura, parece más grande que el muchacho. El niño se presenta en el batallón 1º de infantería de Guardias Nacionales. El jefe lo interroga sonriendo con ternura irónica de padre:

— *¿Qué quieres?*

— *Quiero ser soldado.*

— *Eres muy chico todavía.*

— *No importa. Pertenezco a una estirpe de soldados. Uno de mis tatarabuelos, don Diego de Campos, vino al Perú con los conquistadores. Mi bisabuelo, el teniente coronel don Juan de Campos, fué un héroe en las luchas entre los españoles y portugueses, pues llevó sus armas hasta el Río Grande por la posesión de la Provincia Cisplatina. Mi abuelo, el teniente coronel Gaspar de Campos, fué condecorado en la defensa de Buenos Aires, durante las invasiones inglesas, y fué oficial de San Martín en las guerras por la independencia americana. Mi padre, el comandante Martín Teodoro Campos, ha sido también soldado de la Independencia y ayudante del general Lavalle. Mis hermanos, Martín y Gaspar, son oficiales de este Regimiento. Con tales antecedentes, señor comandante, ¿cree usted que puedo incorporarme como voluntario? Soy porteño. ¡Quiero defender a Buenos Aires!*

Resulta fácil imaginarse el cuadro. El jefe del batallón 1º de infantería al oír la dialéctica de ese muchachito deja de sonreír. Lo escucha con atención. Sus palabras evocan el amplio panorama de las guerras por la libertad. Cuando el joven formula su pregunta, los ojos del jefe brillan de orgullo militar. Con todos sus galones, con todos sus años de servicios, con toda su altivez de superior, se cuadra ante el muchacho haciéndole la venia. Luego, le dice:

— *Ahora sólo falta que como soldado raso, sepas hacer honor a tus antepasados.*

— *¡Lo juro por mi madre!*

— *¡Basta! Serás un héroe...*

Aquel jovencito — casi un niño — era Julio Campos.

La hazaña de la bandera

JULIO Campos ingresa como soldado raso. Un sargento le transmite la orden:

— *Pase al cantón de la calle Lima esquina Europa. ¡Allí se pelea fuerte!*

— *¡Mejor!*

— *No crea que es juguete. Allá se muere con facilidad.*

— *¡Mejor!*

El jovencito Campos se desliza, con otros compañeros, hacia el cantón terrible. Se le llama *El cantón de la muerte.* A cada momento hay que mandar allí soldados de repuesto. ¡Mueren tantos! Parecen soldaditos de plomo. Se derriten bajo el fuego graneado de las tropas de Lagos... Ocupa esa trinchera una compañía de valientes, al mando de un joven que es un bravo: el capitán don Víctor Adalid. El soldado

Campos se incorpora a esas fuerzas. De repente, a la luz de un fósforo, alguien lo reconoce:

—*¡Julio!*

El joven identifica por la voz a su hermano, el teniente 1º Martín Campos.

—*¡Martín!*

Ambos se abrazan en la sombra. Al amanecer comienza el tiroteo. "El cantón de la muerte" es el objetivo de los sitiadores. Sobre las barrancas de la Convalecencia, el enemigo ha instalado una poderosa batería. Lagos ha dicho:

—*Hay que entrar en la ciudad. Cueste lo que cueste.*

—*¡Imposible!*

—*¿Por qué?*

—*El cantón de Europa y Lima no nos deja pasar...*

—*¡Hay que barrerlo!*

La artillería de la Convalecencia hace fuego de locos. ¡Ah! Pero, el "cantón de la muerte", rindiendo honor a su nombre, desafía a la Muerte con su muerte... Los muchachos porteños pelean dando gritos de júbilo para mostrar al enemigo que ellos son más de los que se supone. A cada soldado del cantón que muere, la algazara de los vivos aumenta.

—*¡Pero en ese cantón* — exclama con asombro el enemigo — *no muere nadie!*

El suelo, sin embargo, está repleto de cadáveres. De repente, los sitiadores ven un espectáculo magnífico. Desafiando las balas de la artillería, un soldado del "cantón de la muerte", se trepa sobre el parapeto de una de las casas. Es un jovencito que esgrime en alto la bandera argentina. Aquel golpe de audacia significa para el criterio de los sitiadores, un derroche inútil de coraje.

—*¡Mátenlo!*

La batería se emperra en voltear al muchacho. Pero, hay algo que hace temblar la puntería de los artilleros. Ninguna de las balas da en el blanco...

—*¡Mátenlo!*

Una bala de cañón pega, como perdida, en el parapeto donde está el muchacho. El joven se derrumba envuelto en la bandera. Cae rodando sobre el talud de la trinchera que se ha levantado en medio de la calle, frente al edificio. Sus compañeros corren para prestarle auxilio. El muchacho, magullado, ensangrentado, roñoso de barro olímpico, se levanta y sube otra vez al techo, con la bandera en alto, moviéndola y gritando:

—*¡Viva la Patria!*

Los sitiadores insisten en pensar que ese alarde de valentía es un derroche de coraje, sin provecho ninguno, puesto que un fusil en las manos de ese joven podría ser más eficaz que la bandera. Pero, se equivocan. Cuando el soldadito levanta la bandera ¿por qué razón vacila la puntería de los artilleros? ¿por qué razón los tiros ya no dan en el blanco? ¡Ah! Porque aquella bandera es para los artilleros su propia bandera. *Tirarle a esa bandera es tirarle a la Patria...*

Cesa el fuego. Y he aquí cómo el "cantón de la muerte" vence a los cañones. La bandera aniquila a las armas por el prodigio de sus dos colores...

Al día siguiente, el comandante de las fuerzas, el denonado jefe don Ignacio Rivas, en el parte diario, proclama el episodio:

—*"Cítese con orgullo el nombre del soldado raso Julio Campos, que trepándose sobre un muro con la bandera de la patria, hizo enmudecer la voz de los cañones de nuestros enemigos".*

Un batallón de leones domesticados

TERMINA la guerra civil. El joven Campos vuelve a sus estudios. Vende su trabuco. Con el importe adquiere, otra vez, libros de texto.

—*Quiero* — le ha dicho el padre — *que seas abogado. En nuestra familia, las mujeres han sufrido ya mucho con las inquietudes de nuestra vida militar...*

El joven obedece. Rinde examen general de abogado. Tendrá dentro de poco un estudio forense. Su vida correrá tranquila entre los códigos... De improviso, las calles de Buenos Aires, vibran de entusiasmo belicoso. Sobreviene la nueva lucha contra la Confederación.

—*¡Porteños, a las armas!* — dice el bando oficial.

Y el primero en salir para empuñar las armas, es Julio Campos. Se lleva por delante los libros. Abandona en un rincón sus sueños de abogado. Se incorpora al ejército con el grado de teniente 1º, a las órdenes del comandante Ignacio Rivas. Ingresa en el batallón 6º de infantería de línea y allí, con su jefe, realiza una obra de organización militar en la que pone ingenio, habilidad, energía, carácter, sentido práctico y técnica científica. Es pre-

Los gloriosos antepasados del coronel Julio Campos

El coronel Julio Campos descendía de una familia de militares, pues desde su antecesor más remoto en América, el capitán don Diego de Campos, natural de Granada, que vino muy joven al Perú, todos sus ascendientes americanos fueron militares; su bisabuelo, don Juan de Campos, teniente coronel de las luchas entre españoles y portugueses, por la posesión de la provincia cisplatina, que llevaron sus armas hasta Río Grande. Su abuelo don Gaspar de Campos, teniente coronel, guerrero de las invasiones inglesas y de la Independencia. Su padre, don Martín Teodoro Campos, teniente coronel, guerrero de la Independencia y de la guerra del Brasil; con el general Lavalle; jefe luego de uno de los escuadrones de hacendados en la revolución de Los Libres del Sur, pelea en Chascomús y sale con las fuerzas de su mando, embarcándose en Ajó; se incorpora en enero de 1840 al general Lavalle en Corrientes y formando parte del célebre escuadrón "Mayo", toma parte activa y principal en las siguientes batallas y combates de la Cruzada Libertadora: Don Cristóbal, Sauce Grande, El Tala, Navarro, San Pedro y Quebracho Herrado; de allí para adelante pasa a servir como ayudante del general Lavalle, acompañándolo en toda la campaña del interior, peleando en La Rioja, en Famaillá y es de los que con su general se encuentran en Jujuy cuando el general Lavalle termina en forma casual su preciosa vida y es de los que custodiando el cuerpo de su querido jefe, pasan a Bolivia, peleando a diario con las fuerzas federales del general Oribe, hasta depositar el cadáver en lugar seguro, para evitar su profanación, que era lo intentado por el jefe rosista; luego peregrina por Bolivia, Chile; viene a Montevideo y al Brasil, hasta que en 1851 se produce el levantamiento de Urquiza contra Rosas, campaña de la que participó hasta Caseros; luego vuelve a servir al Gobierno de Buenos Aires contra la Confederación: estos son sus antecesores. Sus hermanos todos fueron militares: Martín, teniente coronel; Gaspar, coronel, muere heroicamente en el Paraguay; Luis María, teniente general; Manuel, general; Pedro, teniente coronel; Carlos, teniente coronel; Juan María, capitán.

ciso pensar en cómo se forma ese famoso batallón. Es en su origen y por la calidad de sus soldados, una especie de "legión extranjera". Son hombres de agallas, pícaros, vagabundos y hasta delincuentes. Se les impone el servicio de las armas como una pena, como un castigo, o — para decirlo con palabras exactas — como un medio filantrópico de regeneración. El comandante elige para organizar este heterogéneo batallón cartaginés, a los oficiales más cultos, más distinguidos, más probados en la lucha, más diestros en dominar con la razón y con la fuerza. ¡Y así sale ese batallón! Son leones domesticados; son tigres que obedecen a la rienda... (Las hazañas gloriosas de este batallón, purificado por su propio heroísmo, merece los honores de un libro). Con este batallón, el joven Campos asiste a la batalla de Pavón (17 de septiembre de 1861). Sobre el campo de batalla lo ascienden a capitán. Al mes siguiente, pelea en Cañada de Gómez y en seguida, a las órdenes del magnífico general Paunero avanza por Córdoba y La Rioja en defensa de los poderes constituidos. Con una compañía del mismo 6º de infantería, llega a Catamarca a imponer el gobierno. Estamos en 1862. Dragonea, interinamente, de sargento mayor. Las adustas fieras de su batallón lo quieren con locura. Los leones y los tigres se han transformado bajo su influencia, en correctos caballeros de honor. Lo siguen obedientes. Julio Campos los magnetiza con su voz. Su espada tiene las virtudes de una varita mágica. Y es todavía un muchacho: 28 años de edad...

Salva el honor de las mujeres

JUNIO de 1862. El Chacho quiere extender sus dominios. La Rioja es uno de sus platos favoritos. El caudillo reune en su famoso campamento de Patquia, a sus lugartenientes más terribles. Elije entre ellos a los espeluznantes. Hay dos que son, sin duda, espejos de su salvajismo. Uno es Carlos Angel y otro, Juan Gregorio Puebla. Les ordena que ataquen a La Rioja.

—*¡Hay que tomar la ciudad* — les grita. — *De lo contrario no vuelvan por aquí...*

Con tales pasaportes los dos lugartenientes se arrojan a la lucha. La ciudad de La Rioja es valiente. José Miguel Arredondo la defiende con hermosa bravura. Al lado de Arredondo está el teniente don Liborio Bernal — un estupendo gladiador — que comanda una compañía de bravos cazadores. Allí está también Tristán Dávila

con sus veinte guardias nacionales. Son veinte riojanos de Chilecito que valen por diez mil. Toda La Rioja con hombres y mujeres se disponen a luchar contra las montoneras. Pero, las montoneras son llamas infernales que sopla Satanás. Carlos Angel y Juan Gregorio Puebla ponen sitio a la heroica ciudad. Comienzan por cerrar los caminos. Impiden que la población obtenga víveres.

—*¡Paciencia!* — gritan los riojanos. — *No comeremos. Nuestro alimento será el agua...*

Los sitiadores saben que las aguas del arroyo constituyen el único sustento de los héroes. Desvían el curso del arroyo... Hambrientos, moribundos, sedientos, los riojanos defienden todavía su tierra comiéndose el cuero de sus propios botines. ¡Lindos tipos de próceres! Extenuados, sin aliento, ya sin esperanza, oyen de pronto el toque de un clarín...

—*Son ellos...*

Los riojanos tiemblan por sus mujeres. Cuando los soldados del Chacho penetren en la ciudad no encontrarán más que mujeres. Mientras haya hombres no pasará ninguno... Carlos Angel y Puebla han prometido a sus secuaces que si logran penetrar en La Rioja, las mujeres más hermosas y más distinguidas de la alta sociedad, serán repartidas entre los soldados.

—*Son ellos...*

Pero no son los invasores. Quienes llegan son los fusileros del 6º de Infantería.

—*¡Es Campos!*

Y llega Julio Campos con su puñado de titanes. Estaba tranquilamente en Catamarca. Al enterarse por un chasque de que las montoneras triunfan en La Rioja, se dirige en auxilio de Arredondo. Viene con 39 soldados del 6º de infantería. ¡39 leones furiosos que, ciegos de coraje, responden a su rienda! Acompañan a Campos dos oficiales solamente: el teniente Juan Andrés Domínguez y el subteniente José María Ceballos. En la Encrucijada, cerca de La Rioja, se topan con las fuerzas del Chacho... Campos, ante el avance de grandes masas de caballería, hace, de inmediato desmontar a su tropa. Abandona las mulas, el equipaje, todo...

—*¡Formen cuadro!*

Y después de hacer frente a los montoneros, carga a la bayoneta. Pasa a degüello. Se abre camino. Llega a La Rioja...

—*¡Hemos triunfado!*

Los soldados del Chacho huyen otra vez a los montes, vencidos como perros rabiosos que buscan la soledad para morir. El pueblo de La Rioja tributa al gran porteño el homenaje de su gratitud. La población lo condecora con un grito:

—*¡Viva el salvador de la honra de las mujeres de La Rioja!*

El teniente coronel don Marcelino Reyes, en sus verídicos "Bosquejos históricos de La Rioja", dice, refiriéndose a Campos:

"Lo que más orgulloso tenía a tan noble como caballeresco militar, era la satisfacción de haber salvado el honor de las damas y la vida de los habitantes de una ciudad próxima a caer en manos de una soldadesca desenfrenada; ciudad que lo miraba justamente como al defensor glorioso de su honor..."

Gobernador de La Rioja

CAMPOS no ha cumplido treinta años. Pero, insatisfechos de los laureles conquistados, sigue luchando contra el caudillo bárbaro. La civilización de la patria le exige un nuevo esfuerzo. Asiste a los combates de Punta del Agua (San Juan), donde lucha en una desproporción enorme, con el famoso Tigre de los Llanos. Lo derrota. Lo persigue hasta las Lomas Blancas donde lo descuajeringa nuevamente. Y lo sigue. Y lo persigue. Y no le da cuartel... En 1864 — al cumplir treinta años de edad — el pueblo de La Rioja quiere tributar a Julio Campos el más alto homenaje que puede rendirse a un argentino:

—*Lo haremos gobernador.*

No quiere. Se resiste diciendo:

—*Hay muchos riojanos dignos de ocupar ese puesto.*

—*Sí* — le contestan. — *Pero, antes debemos honrar a quien logró salvar la honra de nuestras mujeres.*

En este rasgo no se sabe qué admirar más por su grandeza: si la dignidad del porteño que cede su sitio a los nativos, o la bella nobleza de los riojanos que brindan al forastero el más alto homenaje de su gratitud.

—*Lo haremos gobernador.*

Y el 27 de julio de 1864, Campos — ¡un porteño! — ocupa por primera y única vez para un porteño — la gobernación de la provincia.

He revisado los archivos. El gobierno

de Julio Campos es un modelo de virtudes. Construye caminos; levanta edificios; funda treinta y una escuelas provinciales; eleva el número de alumnos, de 219 a 1204; construye obras públicas... ¿Con qué presupuesto? El presupuesto anual de La Rioja, en 1864, es de treinta mil pesos bolivianos...

Guerra del Paraguay

ESTALLA la guerra del Paraguay. Campos tiene 30 años. Organiza para la guerra de la triple alianza las fuerzas pedidas por Mitre. La juventud riojana no vacila. La patria la llama.

—*¡Presente, general!*

Los jóvenes más distinguidos se alistan para la patriada. Entre los oficiales figuran siluetas descollantes: Camilo Castellanos, primo del doctor Adolfo Dávila; Manuel González, *tío carnal* de Joaquín V. González; Nicolás San Román, hermano del doctor Guillermo San Román; Jesús Olmos, de origen salteño; Aurelio Galíndez... Antes de que el contingente riojano parta para el Paraguay, las montoneras intentan hacerse dueñas de los llanos. Julio Campos, llevando como segundo jefe al valiente capitán don Lucas Córdoba, ataca a los rebeldes. Los bate en Potrerillo. Los toma prisioneros. Sin desarmarlos, sin quitarles sus caballos, los encierra dentro de un potrero. ¡Se necesita coraje para encerrar a los prisioneros sin quitarles las armas y sin descabalgarlos!

Al día siguiente, Campos penetra en el potrero, sin más compañía que la de su ayudante, el oficial Camilo Castellanos, (¡homérico salteño!) y la de su asistente, Pedro Cornejo (¡un riojano de "lay"!) Castellanos con un cuaderno en la mano anota los nombres de los prisioneros, mientras Cornejo los separa...

Sin miedo a estos hombres armados, Julio Campos les dice:

—*Ahora, voy a "quintarlos". El que le toque el número cinco, dará un paso adelante. Irá conmigo al Paraguay, a defender la patria...*

El sorteo se inicia. Cada cinco números, un soldado del Chacho, da un paso adelante. Muchos, al enterarse de que les ha tocado el número cinco, se desmayan. Saben que ir al Paraguay equivale a morir.

En esta forma, el gobernador reúne cerca de 200 hombres. Se constituye el Batallón de Infantería, "Cazadores de La Rioja". Con ellos marcha el propio Campos a la campaña de la triple alianza. De los doscientos hombres sólo regresan quince, encabezados por Aurelio Galíndez...

Historiadores

AH! La vida de este prócer no cabe en los estrechos límites de una modesta crónica. ¿Qué hacen los historiadores de profesión que no sacan a luz las hermosas aventuras de estos héroes anónimos? En las historias escolares Julio Campos no existe... Ya me imagino a esos historiadores criticándome porque olvidé tal fecha o torcí tal suceso. ¿Y qué hacen ellos? Yo soy el más humilde de los periodistas. Escribo estas crónicas sobre el lomo del caballo de mis calesitas... En la vida de Julio Campos hay tema para varios libros. Sin embargo, pregunte usted, lector, quién era Julio Campos.

—*¡Ah, sí! Julio Campos murió en el Parque, en la Revolución.*

Nada más... Murió como un héroe, el 26 de julio de 1890, en la célebre "Batería de la muerte", situada en la esquina de la plaza Lavalle: Viamonte y Talcahuano... Allí, murieron con él — ¡criollos sagrados! — el mayor Roldán, el teniente Layera, el pintor de batallas y médico, doctor Julio Fernández Villanueva...

A Julio Campos no se le recuerda. Sin embargo, mientras haya en el país plumas con corazón, la patria tendrá que recordarlo...

En la vida privada fué un modelo de esposo y de padre. De los diez hijos que tuvo con su admirable esposa, la virtuosa dama doña Carmen Otamendi, sólo viven cuatro: el prestigioso abogado doctor Alberto Campos y las señoras María Luisa Campos de Oliva, Lía Campos de Gamboa y Victoria Campos de Casares.

El coronel Campos había nacido el 1º de julio de 1834. El próximo domingo — 1º de julio — se cumple el centenario de su nacimiento.

—*¡Soldados del 6 de Infantería! Hagan la venia a la sombra augusta de este gran olvidado...*

Soiza Reilly

La omnipotencia del libro

El progreso espiritual del mundo entero se basa en el libro. Lo que llamamos civilización sería *imposible sin él. Es raro que nos* demos cuenta de la omnipotencia del libro, que abre nuevos horizontes a nuestras almas e influye en nuestras vidas. Así como inconscientemente absorbemos oxígeno al respirar, y renovamos nuestra sangre, al leer nutrimos y rejuvenecemos nuestro organismo moral. El origen de la cultura intelectual se pierde en la noche de los siglos, y la lectura se ha convertido en una función de nuestro organismo, en un reflejo. El libro ha estado en nuestras manos desde nuestra más tierna infancia, convirtiéndose así en una cualidad o propiedad de nosotros mismos, cuya existencia consideramos como cosa natural. Lo manejamos con igual indiferencia que un par de guantes o un cigarrillo. La facilidad con que puede disponerse de una cosa, disminuye el respeto que se le debe, y sólo en momentos de reflexión e introspección nos damos cuenta del poder mágico del libro. Esos momentos son raros, pero se graban para siempre en nuestra memoria.

Tenía yo veintiséis años cuando viajaba en un vapor italiano, y cruzaba el Mediterráneo de Génova a Nápoles, de Nápoles a Túnez, y de Túnez a Argel. Conocí en él a un joven italiano, ayudante de camarero, que barría y lavaba los pasillos, fregaba la cubierta y hacía otros menesteres. Era un muchacho alto, de aspecto inteligente, que imitaba a las mil maravillas el modo de hablar del desdentado capitán, la manera de andar de un viejo inglés, o la forma en que el cocinero veía, satisfecho de su obra, las viandas que había preparado. Me contó su historia con entera franqueza, y a los dos días de viaje éramos los mejores amigos.

Un día me pidió que le leyera una carta. De pronto no comprendí lo que deseaba, pero me imaginé que había recibido una carta en idioma extranjero y quería que se la tradujese al italiano. Mas no era así: la carta estaba en italiano. Se la leí. Era de una muchacha, y decía lo que las muchachas dicen a los muchachos en todos los países y en todos los idiomas. Giovanni bebía cada una de mis palabras. Eso fué todo.

No experimenté *ninguna emoción* particular sino hasta que Giovanni hubo desaparecido. Me recosté en una "chaise-longue", y comencé a mirar en la noche. El descubrimiento que acababa de hacer no cesaba de atormentarme. Por primera vez en mi vida, tropezaba con un analfabeto. Y no podía desprenderme del deseo de conocer la forma en que el mundo se reflejaba en un cerebro cerrado a los libros. Traté de ponerme en el lugar de Giovanni.

Un muchacho como él toma un *periódico, y no lo entiende* Toma un libro, un objeto más ligero que la madera o el hierro, un bloque geométrico, y tiene que volver a colocarlo donde lo tomó, porque le es inútil. Se detiene frente al escaparate de una librería, y los libros que allí ve son para él como frascos de perfume cuya fragancia no puede percibir, pues están para siempre cerrados a sus alcances. Los nombres sagrados de Goethe, Dante y Shelley no significan nada para su intelecto. El desgraciado no podrá conocer el éxtasis que produce la lectura de una sola línea, y lleva la misma existencia de un hombre de las cavernas. ¿Cómo es posible que no se rebele contra el hecho de no poder conocer más que lo que sus sentidos se dignan revelarle? Redoblé mis esfuerzos, para tratar de comprender la situación de un analfabeto; traté de reconstruir, mentalmente, su manera de vivir, pero me fué imposible imaginar el intelecto de un ser así, de la misma manera que un sordo no puede, repentinamente, adquirir la concepción de la música.

Como mi cerebro se rehusara a entender la vida de un analfabeto, traté entonces de imaginar lo que mi propia vida hubiera sido sin los libros. Traté de suponer que cuanto había leído, había brotado de mi propia vida; pero de nuevo fracasé, pues todo lo que concebí como parte de mi yo, se desvaneció tan pronto como traté de abstraer todas las nociones, experiencias y sentimientos que había adquirido de los libros. Sobre cualquier tema que meditara, brotaban memorias y sentimientos que debía a los libros, y cada palabra se encontraba asociada con algo que había leído. Cuando pensaba, por ejemplo, que iba a Argel y Túnez, se cristalizaban en mi mente cientos de reminiscencias, a pesar de mí mismo relacionadas con el nombre de Túnez: la adoración de Baal, Salambó, los episodios de Livy con romanos y cartagineses, Escipión y Aníbal que se encuentran en Zama; una pintura de Delacroix, que le presta su colorido; un pasaje de Flaubert; Cervantes herido durante el sitio de Argel, y mil detalles más, que las sílabas Argel y Túnez resucitan; todos los que había leído, y se agrupaban ahora alrededor de una palabra.

Comprendí que la facultad de pensar ampliamente sobre varios tópicos, ese medio único de observar el mundo desde diferentes puntos, es herencia de aquellos que, además de sus experiencias personales, han asimilado las que se encuentran almacenadas en los libros, las cuales pertenecen a los hombres de todos los países y todas las épocas. Pensé cuán estrecho tiene que ser el conocimiento de *los que no pueden leer.*

El hecho mismo de que pudiera reflexionar sobre todo esto, que pudiera sentirme con vigor excepcional y con alegría de vivir, que pudiera temblar al meditar sobre el destino de un semejante, ¿no lo debía a mis preocupaciones literarias? ¿Qué otra cosa hacemos al leer como no sea penetrar en las almas de otros hombres, viendo con sus ojos y pensando con sus inteligencias? Aquel momento de felicidad me hizo recordar, con creciente gratitud, aquellos otros momentos de felicidad que debo a los libros, instantes que se agregan unos a otros, indefinidamente, como las estrellas del cielo que en aquel momento contemplaba. Pensé en aquellas ocasiones que me sacaron de las sombras de la ignorancia, que me ayudaron a apreciar valores y que me proporcionaron, aun siendo un niño, emociones más fuertes que mi débil cuerpo. Entonces, por la vez primera me había dado cuenta, instintivamente, de la inmensidad de nuestro universo, y había experimentado la necesidad de perderme dentro de él. Pensé en las noches pasadas con los libros, que, como las noches de placer, hacen olvidar el sueño. Mientras más reflexionaba, mejor cuenta me daba de que nuestro mundo espiritual está compuesto de miriadas de impresiones aisladas, de las cuales sólo unas cuantas son resultado de lo que hemos visto y experimentado, correspondiendo el resto a los libros, a lo que hemos leído, a la tradición, a lo que hemos aprendido.

Para mí, era una delicia meditar sobre todo aquello. Así como cuando trataba de contar las estrellas, saltaban otras y otras que interrumpían mi cuenta, así será que, en nuestro futuro interno, existe otro firmamento, de estrellas espirituales, saturado de música misteriosa.

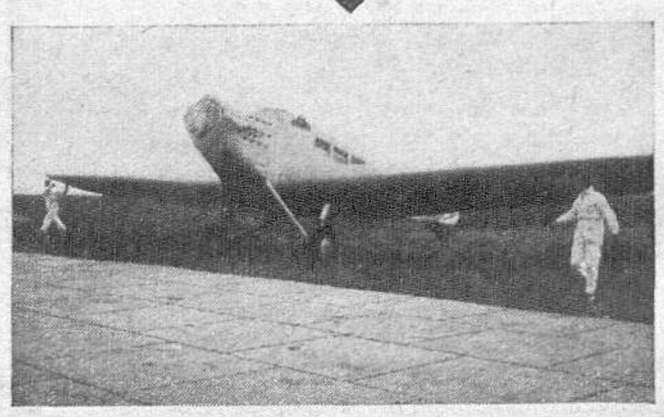
Nunca me he sentido tan cerca de los libros como cuando no he tenido ninguno a la mano y me he limitado a pensar en ellos con toda la gratitud de mi alma. El ejemplo del analfabeto, un eunuco espiritual, quien por este defecto está incapacitado para penetrar en las regiones superiores, me hizo *sentir todo el encanto del libro,* que día a día revela el universo al que lo posee.

Mientras más cerca estemos del libro, más profunda será nuestra concepción de la vida. El libro ayuda al que ama la vida a explorar el universo, no solamente con sus propios ojos, sino con los incontables ojos de los demás.

STEFAN ZWEIG



Los viajeros del "Deán Funes" con las autoridades militares de El Palomar, momentos después de la llegada.



Instante en que el aparato, tras su brillante jornada, toca tierra en el campo de aviación.



El prestigioso piloto don Rufino Luro Cambaceres.



El señor Colin Jeannel y el capitán Castex Lainfor.

El vuelo récord del "Deán Funes"

No es la primera vez que la aviación nacional conquista un merecido triunfo. En esta oportunidad corresponde al prestigioso aviador civil don Rufino Luro Cambaceres el honor de señalar una proeza altamente significativa. En efecto, el vuelo por la costa sur del país efectuado por el avión "Deán Funes" — construído totalmente en la fabrica de Córdoba, que dirige el ingeniero mayor don Bartolomé de la Colina, — al mando del señor Luro Cambaceres, ha cumplido la última etapa Bahía Blanca-El Palomar con la velocidad récord de 280 kilómetros por hora, y la penúltima, de Río Gallegos a Bahía Blanca, en 5 horas 49 minutos, a razón de 264 kilómetros por hora; el recorrido total, desde la partida de Córdoba, suma una distancia de 6.500 kilómetros, todo lo cual representa un verdadero triunfo de la técnica aeronáutica argentina. Viajaban en el aparato don Eduardo Justo, hijo del Presidente de la República, que posee el brevet de piloto; el director de la Aeroposta Argentina, don Pierre Colin Jeannel; el teniente aviador don Arturo Grassi y el señor N. Lago Fontán.

Cortesía a todo trance

Hay que ser corteses. Sin cortesía, sin galantería, sin urbanidad, sin buena educación no se concibe una sociedad culta. De todas las cualidades externas que pueden adornar a una persona, la cortesía es la más indispensable para convivir en el mundo. La cortesía, sobre todo, es estimable porque supone dominio de la animalidad. La intuición clarividente del vulgo lo ha sintetizado de manera perfecta en un refrán, al decir que donde "más se ve la educación" es en el juego y en la mesa; es decir, en los dos sitios en donde más fácilmente se desborda la intemperancia del instinto.

La cortesía, en resumen, no es más que una incomodidad continuada. Sagazmente la definió Balzac: "Es molestarnos de continuo por el prójimo; cederle la derecha, descubrirse ante una señora, inclinarse a recoger un objeto caído"... Todas estas pequeñas incomodidades son las que constituyen la cortesía, la galantería, la buena educación.

Pero ¿hasta qué extremos somos bien educados? Un médico inglés, más psicólogo que médico, hizo a propósito de una discusión con un amigo, una apuesta muy original. Se trataba de saber hasta qué punto las personas eran bien educadas. Reunió en su casa a unos cuantos clientes y los encerró en habitaciones distintas. Se los observó por el ojo de la cerradura. Al poco tiempo todos comenzaron a dar señales de impaciencia. Se levantaban, se sentaban, adoptaban posturas verdaderamente incorrectas, se mordían las uñas, se rascaban las pantorrillas, se hurgaban las narices. Todos, absolutamente todos, dieron pruebas patentes e inequívocas de mala educación.

Y es que en todo hombre, como analizó admirablemente Melchor de Vogüé en "Jean d'Agréve", hay dos personalidades distintas: una, la social, la alegre, correctísima; la que vemos en nuestros paseos, la que frecuenta teatros y tertulias, la que con nosotros convive en todas partes; satisfecha y expansiva, contenta de vivir, decidora y simpática. Es la personalidad de la vida exterior. Nadie, al tratarla, podría sospechar en ella una segunda fisonomía, la de por casa, hostil, gruñona, huraña e intratable. Es la personalidad de la vida interior.

Período de expansión el uno, de gasto excesivo de energías, ha de tener su natural compensación en el otro, de depresión, de cansancio, de tristeza, de eclipses afectivos, de grosería, de agresividad, de mal humor sin causa, de constante preocupación por las dificultades de la vida. El hombre de casa es el rostro fatigado del hombre de calle; o dicho mucho mejor aún de otra manera, el hombre de la calle es la careta engañadora del hombre de casa.

PEDRO MATA



El bombo de la banda municipal castiga a su hijo.
(De *Gutiérrez*, Madrid)

La escalera como aliciente decorativo

La necesidad de construir una escalera para permitir el acceso a habitaciones elevadas, llega algunas veces a preocupar por el temor de estropear el aspecto de la habitación de arranque, o por el problema que plantea el no saber luego qué muebles o qué misión adaptar a tal sala, en la que se colige fundadamente que la rampa ha de ser la estructura básica, de una fuerza plástica propia y arrolladora.

Efectivamente en esta especie de *halls* vemos corrientemente que ya no se soslaya o se trata de disimular, como solía hacerse, el aspecto entero y rotundo de unos cuantos peldaños y la correspondiente barandilla, y hoy podemos claramente percibir los infinitos recursos que para el amueblamiento y decoración han proporcionado estas escaleras interiores.

Las escaleras tienen una innegable belleza por su amenidad estructural dentro del cubo, por lo general anodino, de la habitación en que fueron situadas. La técnica constructiva moderna ha permitido realizar muchas aparentemente sencillas disposiciones, que sin el empleo del hierro o del cemento armado hubieran sido, a lo más, fantasías imaginativas.

Por eso las escaleras modernas, y sobre todo las interiores, parecen actualmente desprendidas de todo tope constructivo, porque realmente puede realizarse en esto todo cuanto se piense, y lógicamente, al no encontrar traba material ninguna, la imaginación se ha desatado y las realizaciones han entrado de lleno en el campo de la franca decoración.

Al mismo tiempo, y por ser la escalera en un interior como un mueble o adorno más, se influyó del ambiente de refinamiento, de coquetería de los conjuntos, y se convirtió en un elemento constructivo, pulido y vistoso, que tenía que adornar tanto como, por ejemplo, un *panneau*, una alfombra o una vidriera. Es decir: como potente y real aliciente de decoración.

Entonces llegó el momento de los hierros con motivos rectilíneos apretados y expresivos, de los pasamanos en metales cromados, de las combinaciones de tiras de metales en distintos tonos de pulido o niquelado, de las alfombras o pasos tan intensamente decorativos y de un conjunto de colores vistosos, que convertían a la escalera en el más animado y expresivo motivo de la sinfonía total.

Y bajo los arcos de las escaleras nacieron aquelos cálidos rincones que iban a ser como el refugio predilecto de la familia, deparando recogido y oportuno lugar para las amables chimeneas, para los cómodos divanes, e incluso para las mesas de trabajo, cobijadas bajo el cercano, íntimo techo del cuerpo de la rampa.

Naturalmente, en las casas de campo es donde la inevitable e incluso conveniente disposición permiten estos recursos de las bellas escaleras, que toman entonces todo su valor de estampa rústica y cordial. Pero también en los interiores de ciudad hay ocasión (al sentir o tener que resolver un acceso a dependencias altas) realizar rincones fuertemente decorativos en los que parezca que sobre cada escalón se ha apoyado un bello recurso, innegable sumando del feliz bello resultado final.

Es frecuente entonces realizar especies de altillos o balconadas, que, deparando apartados e independientes lugares, ofrecen ocasión de crear amenos rincones, inestimables para decorarlos o vivirlos completándose su intenso efecto con la escalera correspondiente.

En pisos - terrazas suelen también encontrarse diferencias de alturas del suelo de unas a otras habitaciones, lo que, lejos de ser un inconveniente, como a primera vista pueda parecer, en realidad acaba por ser con facilidad grande el mejor o los mejores apoyos para la decoración y, como es lógico, obligada ocasión de realizar una bella escalera de tres o cuatro peldaños.

R O M L E Y

Album poético de "Caras y Caretas"

♥ ♥

CUANDO EL AYER FLORIDO

Grácil mañana de ilusión. Tu mano,
por el reflejo de la luz herida,
signó el rumbo hacia término lejano
en el instante fiel de la partida.

Era tan sólo un sueño, mas la vida,
traidora siempre al ideal, galano
lecho de yerbas nos brindó en la huída
y abrió su rosa lúbrica lo humano.

Sentí bajo tu beso, en esa hora,
ese frescor de luz con que la aurora
se interna toda en el penar del río.

Nunca, después, has vuelto—aunque te afanas—
en el intenso añil de otras mañanas
a saturarme el alma de rocío.

JOSE IGNACIO ESTEVES

♥

VUELVE

Por el misterio vago de mis noches enjutas;
Por la sonrisa triste de mis labios en flor;
Por la savia maldita que envenena mi alma;
Dame el polen de oro de tus rosas de amor.

Por las glorias que fueron de tus citas conmigo;
Por la tarde del beso que apuró tu pasión;
Por las sombras violetas de mis grandes ojeras;
Dame el polen de oro de tus rosas de amor.

Por las noches malditas en que lloro tu olvido;
Por el nudo que aprieta mi intranquilo dolor;
Por la oculta nostalgia que me hiere en la frente;
Dame el polen de oro de tus rosas de amor.

No permitas que el cierzo marchite mis rosales,
Ni dejes que el olvido me enfríe el corazón;
Dame el polen de oro de tus rosas benditas,
Para así no morirme con mi pena de amor...

CARMELINA VIZCARRONDO

NOCTURNO EN FRIO

Una luna de aluminio,
silueteada a compás,
clavada en un cielo raso
de estrellitas de metal.

Caminos almidonados
sin iniciar ni acabados:
serpentinas...
Y tu imagen sin mis pasos,
y mis pasos, ¿dónde van?...

(¡Silencios sin empezar!)

No es cierto que hay meteoros,
ni luceros que se van;
en todo punto: concéntrico,
y en el eje: ¡más allá!

(El viento duerme en los árboles
suspiros de eternidad).

Ansias de abrazar la noche,
de quererla penetrar.
Pupilas cercan lo último...
y un fluir... y vacilar:
Un mareo cerebral
de intensidad.

¡Siento de menos lo algo
que hace patente el cantar!

JOSE BOADELLA

♥

LA CARTA

De mí a ella:
un llano de por medio,
mil caminos y cien pueblos.

Pero su corazón — jinete
en caballo de papel — salvó
en un día, veloz, la distancia:
(el subre palpita, como su corazón,
entre mis manos).

La veo venir... acercárseme,
a tientas, por el aire, en la noche,
y decirme, — su voz
contra la puerta, vibrante,
en las falanges del cartero: —
"Aquí estoy... contigo — lejana
y presente como el recuerdo —
bésame en el corazón sobre la tinta."

Llegó hasta mí — visión
azul en fondo blanco y perfumado —
en su letra, por el aire.

Y empezó a ponérseme lejana, cuando
el sueño, que vino igual que ella,
— a tientas, por el aire, en la noche —
me la quitó de las manos, del corazón,
y de los ojos.

ANTONIO J. LIMA

Chaplin enamorado

Durante su excursión por Europa, Carlitos conoce a la bailarina May Reeves y se enamora de ella. Un día la invita a cenar en el hotel. Huyendo de los periodistas y admiradores, el genial mímico pide a May que pase a la habitación contigua, para bailar. Se le declara coreográficamente. Una película desperdiciada.

MAY Reeves no había visto otra obra de Chaplin que "La quimera del oro", pero le admiraba. Lo conoció en Niza, notando, inmediatamente, que el efecto estético producido sobre el alma del príncipe del film era profundo. Carlitos, desdeñando otras visitas, la invitó a su hotel. Estaban rodeados de repórteres y devotos. Carlitos, de pronto, le pidió a la artista que pasasen a la habitación inmediata, para bailar. En aquella sala había, entre otras cosas, "un vaso de crisantemos y un gramófono".

Chaplin eligió el disco: "O donna Clara, je te vue danser". Y de repente, habiendo olvidado el hotel y hasta a la misma joven que estaba a su lado, se deja arrebatar por la cadencia de la música, poniéndose a esbozar pequeños pasos, y ejecuta un ballet. Se balancea, se acuna, e imita con los brazos y las manos la dulce fantasía de una Pavlova. Con un aire sublime y transportado, toma un crisantemo y se lanza como una mariposa tras su presa. "En este momento, el rostro de Carlitos tiene una expresión extraña, casi inmaterial. Y yo —habla May— tengo un poco de miedo hacia esa declaración muda y rítmica.

"¿Quién no ha admirado el encanto y la gracia con los cuales anima Chaplin algunas de sus más hermosas películas, especialmente la danza de los "Panecitos", en "La quimera del oro"? Pero estaban destinadas a la muchedumbre, en tanto que allí yo sola era el público. Era para mí sola, una muchacha, para quien él ejecutaba ese número fantástico, y yo sentía miedo de aquel poseído que parecía revolotear en el aire, cada vez más ligero y más etéreo, librado de la atracción de la tierra. Siempre danzando, volaba, ondulaba y se deshacía en movimientos graciosos. Presa de emoción, yo contemplaba sus manos femeninas, la piel marchita y seca, sus manos, que son más viejas que él mismo.

"Calla el disco... La melodía cesa... Chaplin, advertido por el silencio, recuerda que es Chaplin. Vuelve en sí, pone el crisantemo en el vaso, me envía una sonrisa y pone en el gramófono una rumba".

Después bailaron un tango argentino, y no bailarón más.

May Reeves y Chaplin paseando por Niza.



May, heroína de la aventura amorosa.

Los premios literarios en Francia

De todas las naciones cultas del mundo Francia es la que tiene mayor número de premios literarios. De modo que no vamos a enumerarlos precisamente. Un escrupuloso aficionado a la estadística dice que los premios literarios de Francia llegan al número de 376. ¿Se quiere un signo más claro de elevación espiritual?

Empero, hay pareceres distintos. Duhamel, que fué premiado por la Academia Goncourt no hace mucho, decía recientemente:

"En 1918 el Premio Goncourt era una recompensa y no una competencia... Yo creo que los premios literarios son la mejor y la peor de las cosas."

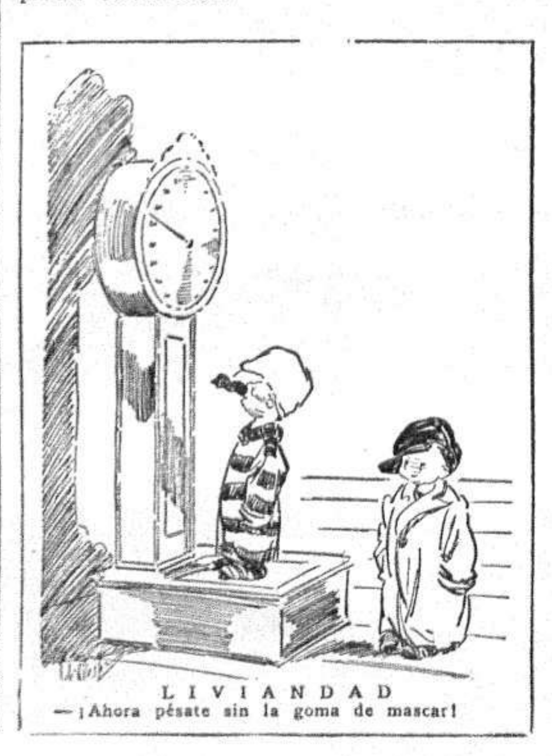
¿Cuáles son, pues, los argumentos de los enemigos de los premios literarios? Alegan ellos que la atribución de grandes sumas de dinero, por los jurados compuestos de personajes literarios ilustres, da por resultado sustituir la autoridad de la crítica.

Los partidarios de los concursos literarios hacen, por su parte, notar que el rumor promovido en torno de esos certámenes, los artículos elogiosos de que son pretexto, avivan la curiosidad pública por las obras del espíritu. El público siente así mejor la tentación de leer.

Después de la Gran Guerra ha habido tal vez exageración. Quizás hay demasiados premios y demasiada fiebre alrededor de los mismos. Pero esta fiebre produce un magnífico *climat* intelectual. Nosotros creemos que habla muy en alto del pueblo francés el apasionamiento que suele producir la aparición de un libro premiado. Premiado, o no.

En otra época, anterior a la guerra, había premios de academias en Francia; pero no movían la opinión pública.

Cada año la Academia Francesa ofrece un gran premio literario para novela, y desde 1915, un gran premio de literatura.



LIVIANDAD
—¡Ahora pésate sin la goma de mascar!

Los lentes

"Doctor, me duelen y arden los ojos al leer, siento como si se me cayeran los párpados, se me saltan y confunden las letras, y termino con somnolencia y a veces con dolores de cabeza, sobre todo cuando leo o coso de noche. Vengo a consultarle, pero, eso sí, no me formule anteojos, porque *yo veo bien*, además los lentes *me harán lucir vieja*, y después "una" se acostumbra a ellos y *no puede dejar de usarlos*". Estas frases, oídas repetidamente al día, constituyen una de las más arduas materias del consultorio oftalmológico. En la década que precede a la crisis que pone fin a una actividad psico-fisiológica de la mujer, en que ésta pone su mayor interés en conservar sus encantos, la necesidad de cristales constituye en ella un problema de preocupación intensa, soportando a veces estoicamente sufrimientos físicos por la errónea creencia de que el uso de lentes contribuirá a precipitar la vejez temida. El asunto es de *tanto interés*, que bien merece algunos comentarios. Y para ello nada mejor que analizar los pintorescos razonamientos de nuestras enfermas. "Doctor, no necesito anteojos *porque veo bien*". Pues precisamente por ver todavía con cierta facilidad es que se sufren los trastornos consultados. Para continuar viendo bien de cerca, una persona alrededor de los cuarenta años, le exige a la musculatura intrínsica de sus ojos un esfuerzo sobreañadido, capaz de compensar la presbicia incipiente, o pérdida de la amplitud de la acomodación sobrevenida con la edad. Gracias a estos esfuerzos se continuará viéndose bien, pero a ellos hay que referir las molestias acusadas. Cuando no sea posible conseguirse mejor agudeza visual por esta *autocorrección*, lo que sucederá más adelante, no se verá de cerca *sin cristales*, pero tampoco se sufrirán dolores de cabeza ni los otros síntomas molestos a nivel de los ojos. Estas personas, mientras puedan ver de cerca sin lentes, estarán sufriendo de los ojos. "Los anteojos *me harán lucir vieja*". Sin género de duda, el uso de cristales constituye un engorroso defecto físico, que si a un hombre de ciencia puede preocuparle poco, no resultará así para la generalidad de los mortales, por lo que no es indiferente ridiculizar a una dama con un par de gafas, por muy a la moda que se encuentren confeccionadas. Mas hay que tener en cuenta que estos lentes se formulan exclusivamente para trabajos de cerca (lectura, escritura, costura, etc.), y pueden suprimirse en los actos sociales, y las personas en quienes resultan indispensables y por los prejuicios citados no los emplean, adquieren rápidamente un rostro especial, caracterizado por contracción de los músculos de la cara, frente y párpados, que transforman la abertura palpebral en una verdadera hendidura, dando la impresión de ojos pequeños, marchitos, irritados, fotofóbicos, con caída de las pestañas, etc., contribuyendo todo esto a la formación de arrugas y otras alteraciones fisonómicas considerables, que dan un aspecto de más edad a las personas que precisamente se esfuerzan en disimular la verdadera. Acerca de la creencia de que una vez que se comienza con el uso de lentes se hacen indispensables *constantemente*, por lo que procuran alejar este *momento lo más posible*, debe decirse que su uso desde el comienzo en que están indicados no acerca nunca la época cuyo empleo es imprescindible en las labores de cerca. Una persona que a los cuarenta años acuse trastornos astenópticos, a los 50 ó 55 no podrá leer sin cristales los caracteres pequeños de imprenta, *haya o no* usado anteojos en esos diez o quince años.

Dr. TOMAS R. YANES



—Ahí van las hermanitas Gómez las pianistas. ¿Verdad que son unas chicas muy monas?
—Ya lo creo. Figúrate si serán monas que tocan el piano a cuatro manos.

(De *Gutiérrez*, Madrid)

Notas Sociales

POR La Dama Duende

El arte de saber escuchar constituye — a mi ver — una cláusula muy importante dentro de las normas de la cultura social: mejor dicho, de la más estricta cortesía... Pero, a pesar del cincel tan perseverante y eficaz del trato mundano, entre gentes de verdadero abolengo espiritual, algunas de las figuras femeninas más brillantes de nuestra aristocracia, aquellas que se destacan siempre por su clara inteligencia, su belleza o su elegancia impecable, desdeñan tranquilamente esa faceta imprescindible, en una cultura refinada, faceta que añadiría un atractivo más a su natural encanto.

Vive actualmente nuestra ciudad magnífica y febril la "season" de las conferencias; de los conciertos... y entre el comentario que fluye al margen de los acontecimientos que se suceden en el brillante tablado mundano, se anota — cuando la conversación va rodando de tema en tema — esa modalidad tan especial nuestra, que impone la obligación de inculcar en nuestros altos círculos el arte de *saber escuchar*.

Ejemplo de actualidad:

Iniciase la conferencia, en medio del recogimiento unánime: los invitados han conquistado con gran dificultad el asiento de privilegio, en el salón aristocrático, donde impera, como es natural, intensa expectativa. Pero el tema anunciado tiene sin duda íntima sugestión evocadora para una interesante y bella figura de mundana que, al conjunto del ingenio descriptivo del conferencista de moda, revive las gratísimas impresiones atesoradas en una temporada para ella de inolvidable emoción. Su visita a la ciudad magnífica, en condiciones de excepción, constituye tan rico venero de recuerdos para su espíritu, que no vacila en transmitirlos al caballero que ocupa una silla a su lado — alma de artista — que, en la disyuntiva de prestar atención al conferencista o a la persistente vibración de la voz melodiosa de su vecina, se decide a escucharla, y colmar su espíritu con la belleza de las escenas llenas de colorido, de las imágenes brillantes que ella evoca con ese encanto singular que la caracteriza.

Refiere además el comentario que los vecinos de la bella dama, los que habían conseguido su asiento a precio de oro, después de insinuar una tímida protesta, para poder escuchar al conferencista, tuvieron el regalo de aquella disertación inesperada: y ellos fueron entonces los que pusieron en práctica el *arte de saber escuchar*...

La conversación mundana sigue rodando de tema en tema: los círculos de la *gentry*, devotos de la vida noctámbula, sugestionados sin duda por la mágica evocación del clima ardiente por excelencia, se congregan en una "boite" de nombre y ambiente tropicales, para olvidar — por algunas horas siquiera — la temperatura polar que hiela hasta las ideas... Esta "boite" mantiene, por el momento, el *record* de la moda, con sus comidas de fuste, con sus cenas ultraelegantes: en ellas pueden anotarse nombres caracterizados de la alta figuración porteña, analizando, al mismo tiempo, las modalidades adoptadas por los astros de primera magnitud, en el escenario mundano, e imitadas fervorosamente por los personajes de relleno, ineludibles en todo espectáculo teatral. Así se observa — y se lamenta también — que la extravagante moda de las cabezas platinadas, cuyo eclipse es ya definitivo en Hollywood, centro de todas las exentricidades, llegue ahora a Buenos Aires, donde, al transformar el tipo de belleza lleno de seducción de alguna de nuestras señoras jóvenes, las convierte en una de tantas muñecas llenas de artificio...

Condición característica de la edad, en los duendes de mi linaje, es la de poder leer en las pupilas en que palpita la emoción arrobadora del sentimiento y percibir el oculto latido de los corazones leales y sinceros.

En torno a una juvenil figura muy admirada en los salones porteños por el sugestivo encanto que irradia, está siempre latente el fervor de los postulantes a su mano, tal como lo consignan las historias legendarias, al relatar la vida de princesas, de reputada belleza y preciadas virtudes. Tan inteligente como, culta, la gentilicia distinción de la heredera de dos nombres de gran prestigio por la tradición histórica y social le han conquistado el afecto muy sincero de los círculos más brillantes de la aristocracia porteña, que se congregan constantemente en su magnífica residencia, que domina unos de los puntos más pintorescos de la región costanera. Su inmensa fortuna le permite disfrutar de todas las ventajas de la vida. Actualmente se halla en Río de Janeiro, acompañando al jefe de su hogar, personalidad muy destacada en nuestros altos círculos. Allí, como en el propio ambiente, la gentil porteña, de nombre tan romántico, conquistará sin duda nuevos afectos, pero bien conoce ella la firmeza del sentimiento que ha inspirado al joven abogado, que lleva un nombre ilustre en la provincia de Santa Fe. Muy inteligente — ha hecho sus primeras pruebas en el estudio de uno de los ases en la profesión y en la oratoria política, — sociable y obsequioso, lleva el nombre inmortalizado por la obra cumbre de Rousseau, obra que tuvo en su época tan grande influencia en la reforma de la educación. El culto y simpático admirador no ha podido substraerse al sutil encanto de la atrayente joven, que, a pesar de su intensa figuración mundana, no ha sufrido la influencia del ambiente, frívolo y febril a la vez, de la vida moderna: medida y discreta en todos los momentos, su personalidad irradia una atracción profunda y sugestiva... ¿Me habrá engañado esta vez el oculto latido de su corazón, y la emoción arrobadora de su mirada? Esperemos...

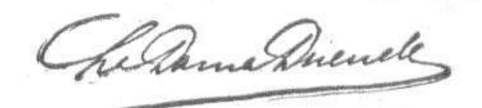
La investigación sentimental tiene siempre el aliciente de la curiosidad, de la simpatía, mezclados con el anhelo vibrante de percibir la trama maravillosa de esa vida del sentimiento, en la que el flúido espiritual va forjando ensueños y afectos, con vehemencia apasionada, o con la abnegación del sacrificio...

Esta vez, la investigación menciona a una serena y suave figura femenina que lleva el nombre tan armonioso de la amada inmortal del Dante; su apellido es el mismo del joven abogado protagonista de la silueta que antecede a ésta... Ha vivido retraída de toda actividad mundana, a raíz de duelos de familia que han ensombrecido su juventud en flor. Lleva aún luto por el jefe de su hogar, que presidiera en vida el Directorio de la institución bancaria más importante de la Nación. Su linda y esbelta silueta es complemento de la belleza de su rostro que ilumina el fulgor de sus pupilas obscuras. En Capilla del Monte, donde ella pasa la temporada de verano, se ha iniciado el interesante romance sentimental, entre la suave y serena figura y el joven médico que lleva un apellido ilustre en la sociedad argentina, siendo oriundo de la provincia de Tucumán: políticos, magistrados, estadistas, financistas de nota, médicos muy distinguidos, han realzado con su actuación los pergaminos y blasones de la familia hidalga entre cuyas vinculaciones figura — por alianza matrimonial — el nombre tradicional de una dinastía hispana.

De excelentes condiciones, el joven candidato cuenta además en su favor con la ventaja de ser todo un buen mozo...

Y para cerrar por hoy la serie de impresiones de actualidad, la feliz ocurrencia del escritor cuyas crónicas le han conquistado singular renombre. Después de haber hecho el elogio entusiasta del conferencista de moda, recibe una esquela en que éste le expresa su íntima gratitud, diciendo: "No tengo palabras para decirle lo que siento..."

— Pues, hombre — dice entonces el reputado cronista, — será ésta la primera vez que un charlista de bien conquistada fama *no halla palabras*...



LA MODA NACIO EN EL PARAISO

POR CAMILA BOHORQUEZ

Dorothy Dix, la viejita elegante, talentosa, amena, que nos visitó hace poco, arriesga en una de sus charlas escritas cierto e ingenioso comentario a la tradición de Eva.

"El primer gesto de la primera mujer — dice, — cuando recibió el destello de inteligencia inicial, fué procurarse un traje nuevo; y todas sus hijas desde entonces han seguido el ejemplo. Porque el traje para la mujer, no es un sencillo cobertor: es el medio primordial de expresión propia; un certificado de carácter; un arma de ofensa y defensa; el barómetro de su temperamento; el tema de eterno interés y el medio de consuelo que nunca falla...

"Tal vez el secreto que la astuta serpiente murmuró al oído de Eva, fué que si el comer la manzana le acarreaba desgracias, en compensación tendría el deleite de los bellos trajes. Con ellos, la mujer más fea tendría el medio de disfrazar su fealdad; tendría un artificio con qué atraer a los hijos de Adán, y tendría, en fin de cuentas, un tópico perpetuo de conversación.

"La mujer quedó convertida por la fuerza de esos argumentos, y la moda imperó en el mundo. Resultaría ridículo ahora que un edicto, una ley descabellada pretendiese hacer desaparecer de la faz de la tierra aquello por lo que la fémina sacrificó el Paraíso mismo.

"Resulta prolijo discutir lo que el traje contribuye a la apariencia externa de la mujer. Las nueve décimas partes de la elegancia femenina dependen del vestuario. Un traje alegre, en el adecuado tono de color, de corte elegante y que se ajuste bien, hace que a una mujer se la mire con complacencia. En cambio, la misma Venus se vería muy deslucida metida en uniforme simplón e insípido. De ninguna manera podría una mujer llamar la atención de un hombre si su traje de baño, por ejemplo, se confundiese con el de multitud de otras mujeres".

Así, desde la primitiva hoja de parra, la mujer se preocupa del bien vestir. Esto es natural y lógico, elegantemente lógico y natural. Pero no para todas las mujeres; pues la más refinada de ellas se olvida de su coquetería durante muchos momentos largos de su existencia. El amor a los hijos que sufren, las preocupaciones morales, la dolorosa angustia les hacen olvidar al modisto. También el trabajo desdeña a veces la elegancia.

Entonces, esas mujeres, vestidas de dolor, desaliñadas, resultan más bellas. Porque el sacrificio transforma en Venus a cualquier mujer. Y el hombre lo sabe y lo aprecia, y si no lo aprecia y lo sabe, es un títere. Ruda prueba de fidelidad resulta para él ese momento en que contempla a la siempre elegante amada vestida con desaliñado atavío. Si la quiere, seguirá siendo el mismo bien enamorado.

Sólo en la escena teatral la mujer elegante vive y muere coquetamente adornada.

La mujer francesa

No hay, probablemente, una criatura más mal comprendida que la mujer francesa. La literatura de su país nos ha proporcionado una idea perfectamente equivocada de ella.

Sin lugar a duda de ningún género, la ley la trata bastante mal, ya que, conforme al código civil, la esposa francesa no puede abandonar su país sin pleno consentimiento de su marido; no puede abrir una cuenta en el banco, si no es con su autorización, ni puede visitar amistades o frecuentar lugares sin contar previamente con su aprobación expresa. El marido tiene control absoluto sobre los hijos, y puede disponer como mejor le plazca de las propiedades o intereses personales de su esposa.

A pesar de todo, la mujer francesa puede encogerse tranquilamente de hombros ante las desigualdades e injusticias de la ley, pues tiene inteligencia para conservar lo que es suyo — el respeto, la confianza, la preeminencia — ante su marido. "Le agradaré y le rodearé de comodidades durante cada hora de su vida", es el primero y más importante de los artículos de su credo; y, por el trabajo que desarrolla para convencerlo de que es él la persona sobresaliente en el hogar, tiene una recompensa ampliamente merecida.

La mujer francesa sabe hacerse indispensable a su marido, y si lleva, según costumbre, las riendas económicas del hogar, es porque sabe "ampliar" los ingresos familiares en mejor forma que él. El esposo francés está siempre mucho mejor dispuesto que el norteamericano para permitir que su mujer censure todos sus gastos: desde la cantidad que deposita en el cepillo de la iglesia, como limosna, hasta la clase de acciones que compra.

Es muy frecuente oír en los círculos franceses comentarios como el siguiente: "Es natural que Fulano no progrese, teniendo a una "sotte" — tonta — por esposa", lo que jamás se daría como explicación del fracaso de un norteamericano. Si se da en Francia, es porque allá el éxito de un individuo depende tanto de su habilidad e inteligencia como de sus relaciones de amistad; y el francés descansa precisamente en la inteligencia de su mujer, y a este respecto, ella sirve de ministro de relaciones exteriores para su marido, y viene a constituirse en el eslabón que conecta a éste con el mundo social. A la mujer francesa le corresponde cultivar la amistad de las esposas de los hombres de negocios con quienes su marido debe efectuar transacciones o con las de sus jefes inmediatos, o con las de sus socios, y tiene especial cuidado de que entable relaciones amistosas con aquellas personas que más pueden servirle.

Capaz como es la mujer francesa, el poder que ejerce sobre su esposo sería incompleto si no fuera ella la de superior táctica. Podría conseguir siempre lo que se propone, tan sólo con la tenacidad propia de su carácter; pero la adulación constituye uno de sus métodos favoritos.

Es extremadamente raro que una mujer francesa, en una discusión, dé a conocer sus cartas. Si el marido se propone mudarse a un departamento que se encuentre muy lejos de sus amigos, la mujer se apresura a hacerle ver que tal departamento no tiene cuarto de fumar, o bien, que está muy alejado de su oficina.

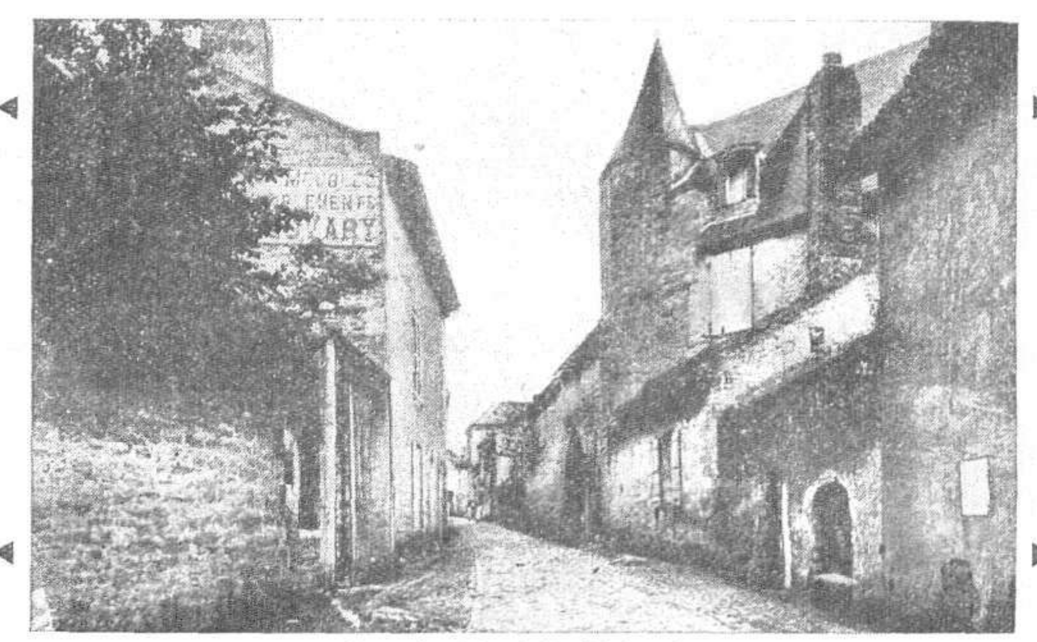
La mujer francesa nace con esa afortunada facilidad de agradar, de la que se dice que es parte indispensable para constituir al perfecto diplomático. Puede uno darse cuenta perfecta de que sus observaciones, no obstante el tacto con que las hace, no son absolutamente sinceras; pero, sin embargo, lo que habla es tan adecuado y está dicho en forma tan fina y delicada, que el amor propio del interlocutor lo inclina y obliga casi a creer todas y cada una de sus palabras.

La franqueza absoluta para con el marido, parece a la mayoría de las mujeres francesas la locura más grande que pueda cometerse. Muchas admiten, sonrientes, que, por supuesto, mienten a sus esposos, y lo hacen porque hay cosas que ellos no deben saber. La mujer que compra un bonito vestido, miente a su marido con respecto al precio, y emplea la diferencia en hacer alguna otra compra. Hay una especie de conspiración femenina, según parece, contra el hecho de dejar que los hombres se enteren del precio de los vestidos. A las niñitas las enseñan sus madres a ocultar determinados hechos a sus padres, y las amigas de la señora de la casa lanzarán grandes exclamaciones de asombro respecto a los precios a que ha comprado el ama, siempre que el marido esté presente. La mujer francesa no ve ningún pecado en las prevaricaciones que sirven para mantener lisa y llana la vida matrimonial.

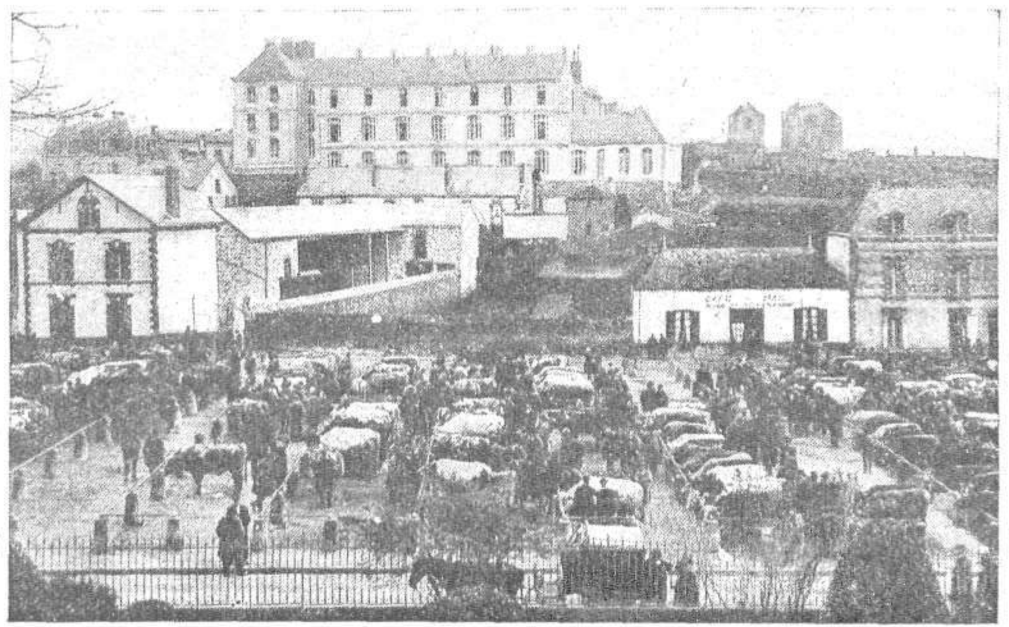
Como madre, la mujer francesa desempeña un papel ejemplar.

Dorothy Dunbar Bromley


Esa
TOS!



Una calle típica de Doué-la-fontaine.



El mercado de vacunos de Cholet.

"CARAS Y CARETAS" EN FRANCIA

PELICULAS del NATURAL

Visiones de Maine y Loire — La robusta labor de los campos. — La juventud de los ancianos.—Doué-la-fontaine y Cholet.— Cómo corre el dinero. — ¿Y... la "crisis"?...

Por E. CARRASQUILLA MALLARINO

TRAS los valles del lento y emperezado Loire; tras las visiones de sus seculares castillos y de sus cavernas cavadas en la roca, lo que da un contraste violento de la historia humana de la región; tras la noche de luna que nos ofreciera cinematografía poco menos que fantástica, salimos de Saumur hacia otra región corazonuda. Corazonuda, decimos, queriendo significar con ello que la Vandea no es menos corazón de Francia que la Turena señorial y pintoresca.

Maine y Loire es un departamento político intermedio entre la Turena y la tierra de Jorge Clemenceau. Pero por "intermedio" no se entienda mediocre o descolorido. Ello sería una *injusticia.*

Los campos y las poblaciones de Maine y Loire son lugares de vida laboriosa y tranquila, con tranquilidad en la abundancia previsiva y en el alma conservadora y serena de las gentes. Tierra y pobladores se hermanan, podríamos decir, amorosamente, para contribuir a que Francia sea el país más equilibrado de la bullente y angustiada Europa. ¡Trabajo! Trabajo por todas partes; trabajo de buen humor de viejos y jóvenes, pero que honra *particularmente a los primeros.* Porque estos ancianos del campo francés son brazos de buen acero. De un acero que nada tiene que ver con el maquinismo que hace de la nuestra su época. El maquinismo que está anemiando al mundo. Brazos incansables; brazos que saben saludar al sol antes de que nazca el día. ¿Estos "ancianos" hemos dicho? ¡Ancianos! Pero sin que la palabra signifique débiles, gastados, caducos. Los viejos y las viejas de estos campos franceses son viejos... porque *tienen años... Pero esos años* no han logrado robar la potencia del músculo ni el brío del ánimo.

¡Hay que ver laborar a estas gentes! Hay que verles sus campos sin erial ni maleza ni pedrisco. No hay un palmo de la tierra-madre que no ostente orgullosa gravidez. Por eso los argentinos, que somos agricultores y paisanos (a mucha honra), por eso comprendemos con tanta facilidad la gracia de estas tierras amigas donde el trabajo entona el mismo hermoso himno que hace vibrar la vitalidad de nuestras pampas. ¡Vida! ¡Vida! ¡Lozanía! ¡Abundancia! Eso sugieren las tierras francesas; y no habrá viajero como el argentino para cantar ese himno por aquí, con la misma fuerza y el mismo entusiasmo que los nativos. ¡Ah! Los naturales de estos pagos no son demostrativos ni exuberantes. Son más bien silenciosos. Sobre todo en los días de semana... Pues en los domingos, en los días de fiesta y en los de feria, es otra cosa. El vinillo y el aguardiente cortan el mutismo, y hasta los más graves trabajadores del silencio echan su discursito en el café o en la sobremesa de la chacra. Ellos toman de vino lo que nosotros tomamos de sol y de azul en nuestra tierra argentina. Compensaciones simpáticas.

DOUE-LA-FONTAINE Y CHOLET

ES un encanto la visita, aunque rápida, a poblaciones como Doué-la-fontaine, con su correspondiente "Chateau", con sus calles pacíficas, por donde la leyenda y la historia pasean aún como dos viejas *hermanas obstinadas. Doué* tiene carácter; y como no es lugar ofrecido en afiches al automatismo turístico, el viajero curioso logra saborear, a su antojo y paladeo, las sugerencias de una plaza secular, rodeada de caserones fuertes, erguidos contra el tiempo como lo hicieron ante los enemigos militares en días de epopeya. ¡Viejos casones, testigos del paso de *tantas generaciones recias!* El viajero los contempla, los toca, huele sus humedades de muralla, y hasta le parece oír ecos vagos de los tiempos remotos. Ecos, sí, ecos de cuanta vida palpitó junto a estas piedras testimoniales.

Si no hubiera luz eléctrica en Doué-la-fontaine; si no pasaran con alguna frecuencia terríficos camiones — esos monstruosos hacedores de ruido que despiertan a la realidad de la Era Mecánica en que vivimos; — si no fuera por algunas vidrieras y algunos cafés que tratan de copiar las vistosidades de París, el espíritu del pasajero cronista respiraría plenamente toda una época archivada en los protocolos de la polvorienta municipalidad.

Luego visitamos otra población. Digamos: la ciudad de Cholet — cetro agropecuario de primera fuerza.

Es justamente día de feria en Cholet. El ganado mansito y maduro para la buena carnicería, forma hileras en la plaza de su mercado. Los paisanos, dueños, compradores y curiosos, revolotean en torno de los animales tranquilos, que ni colean... Lo cual quiere decir que no hay moscas, o que apenas si las habrá. Ello habla bien del clima de estos parajes y explica una vez más la salud que regalan todas estas gentes de la gleba.

El mercado es bullicioso, nervioso casi, con una nerviosidad ciudadana, invasora... ¿Quién no lleva paquetes de papeles de cien, de quinientos, de mil francos? El gesto clásico de mojarse los dedos con saliva para echarse a contar billetes, se nota a cada paso. ¡Corre el dinero! Y esa es la riqueza... Dinero que no corre no vale. El dinero es una cosa que no ha de conocer estática, sino la agitación y la baraja. El dinero ha de ser como la sangre: cuando no circula es signo de muerte.

¿Quién, mirando, atestiguando, estos espectáculos del trabajo francés, quién osará hablar de... la "crisis"? ¿La "crisis"? ¡Ah! ¡Sí! Los periódicos de París suelen hablar de ella por coquetería, como para que no se diga que Francia no sigue esa moda de... la c r i s i s... ¡Pero vayan ustedes a hablar en serio de la miseria y de los malos negocios cuando se presencian ferias como ésta!

Claro: los campesinos se quejan, lloran, se lamentan de una cantidad de cosas espantosas. Hacen cuentas negativas con demostraciones más o menos sofísticas y aparentes... ¡Pero métale, compañero, a contar billetes de banco! Porque "eso" del crédito tampoco abunda en estos mercados. Lo demás sería tiempo perdido. Al contado se hace la mayor parte de las operaciones.

¿Y habrá quien tenga la audacia de referirse a la crisis?

Cholet, como toda ciudad o villa que se respeta, tiene su castillo, su "chateau" histórico y legendario. Aquí podemos contemplar las ruinas del "Chateau de la Tremblaye", todas cubiertas de yedra y de arbustillos de presa. Pero, casi simultáneamente, la vista se alegra al *contemplar,* en cercana perspectiva, otro castillo: el "Chateau Moderne", en que las viejas glorias y tradiciones se remozan, con gran júbilo de los hijos del lugar.

La avenida Gambetta, la plaza de la Pirámide, hablan al pasajero del rejuvenecimiento a que parece decidida la ciudad. ¿Es lástima? ¿Es, por el contrario, placentero? No opinamos, aunque confesemos creer que la fuerza, el empuje de trabajo, el entusiasmo productor, no son resultados o manifestaciones del estado de *alma popular contemporáneo, sino* frutos de la brava tradición incansable, tan gallardamente representada por estos viejos y estas viejas que se enojan en las tardes con el sol, porque se pone...

E. Carrasquilla Mallarino

El tesoro de la necrópolis de Trebenichté

DURANTE las excavaciones realizadas en el verano de 1932, la arqueología yugoeslava se enriqueció con un notable descubrimiento hecho por el profesor Voulitch, de la universidad de Belgrado. Se trata de cuatro tumbas del siglo VI antes de Cristo, absolutamente intactas, que encerraban osamentas humanas y objetos diversos y curiosos. Fueron encontradas en Gorentz, cerca del pueblo de Trebenichté, en la Serbia del sur, muy próximo al lago Okhrida, famoso por sus perlas y sus anguilas. El hallazgo se debe a una casualidad. En 1918, los soldados búlgaros que ocupaban la región recibieron el encargo de componer un camino. Para ello decidieron aprovechar unos montones de piedras, colocados a alguna distancia los unos de los otros. Cuando habían extraído piedras hasta dos metros de profundidad, encontráronse con siete tumbas que encerraban un verdadero tesoro: objetos en metales preciosos, artísticamente trabajados, máscaras y guantes de oro, cuernos para beber, de plata, cráteras de bronce, etc., que actualmente se guardan en el museo de Sofía. En 1930, el profesor Nicolás Voulitch, por iniciativa propia, volvió a emprender las excavaciones, esta vez sistemáticamente. Consiguió hallar una octava tumba más rica que las restantes. De esa colección, reproducen algunas muestras las fotografías que publicamos. Pertenecen a un estilo griego arcaico.

Trebenichté fué un foco de esa cultura antes de que otras razas invadieran el país. Ahora es el campo propicio para los sabios.

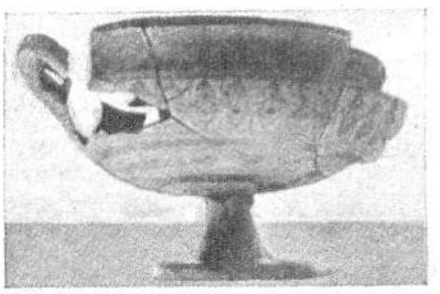


Máscara de oro funeraria.

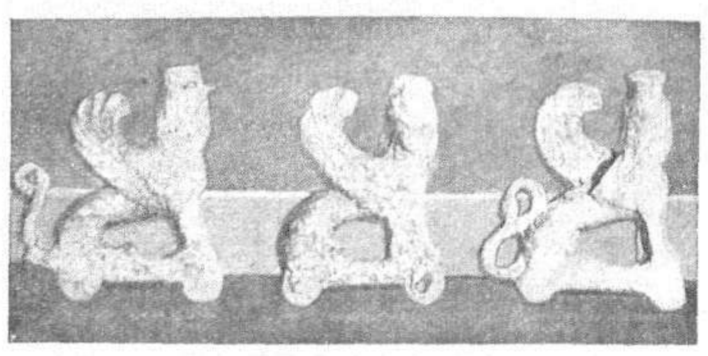
Pendentif de ámbar.



Dos frascos de vidrio multicolor.



Vaso griego de arcilla.



Friso de esfinges, adorno de un vaso de bronce.

El amor

El amor es estímulo y es poder, hay que asirse a él fuertemente, porque él es siempre ansia y esperanza, vencedor de la vida, es ley en la existencia. Sol y calor para el alma.

No importa a quién se ame. Amar siempre es lo esencial, porque el amor es inspiración, y es fuente fecunda de alegrías. Es el manto color de rosa que va extendiéndose delante de nuestra vista, y debajo de nuestro pie. Anima el brazo y decide la acción. Es rara fuerza, y en su rara virtud nos hace creer que el dolor no es dolor; ni llanto, ¡es el llanto!

Es un niño, el amor, y a fuerza de ser niño ríe del dinero, y marcha en desacuerdo con el interés.

Es canto que ahuyenta las penas, y que mientras lo entonamos, pasan de largo delante de nuestra puerta, el hastío y el mal...

El amor es eje de la existencia; es el milagro que mueve el mundo; ya que el amor siembra y recoge, ya que el amor fecunda y produce.

El amor es belleza, por sus labios las palabras adquieren sonido y color

A EL...

Llenos llevo los oídos de tus palabras, no cabe en ellos, ni un rumor extraño a ti...

Lleno el corazón de ti, sin caber en él ni una sola gota de sangre que no sea la que arrastre por las venas tu recuerdo.

Lleno, desbordante el pensamiento de recordación intensa; tú en él, imperando, evitando todo otro pensamiento, torturando con tu mandato el cerebro que ya no razona; que ya no repite más que lo tuyo... — lo mío, — lo que en instantes vividos fué de los dos, y que se convirtió en ventura exclusiva mía.

Obediente el paso, que arrastra el pie al camino tuyo, que es mi único camino.

Obediente la mano que no obedece a otro signo que aquel del nombre que te designa a ti... ¿Nombre?... ¿Acaso tienes alguno? ¿Acaso sé cómo te llamas?... Eres tú y soy yo; en tu nombre, el mío, en el tuyo mi nombre.

¡Te llamo y mi alma acude! ¡Llamo a mi corazón, y en él, apareces tú!

EN LA LEJANIA...

Te has ido; y dentro de mi alma tu recuerdo camina, golpeando, como ayer golpearon sobre las piedras de mi calle, tus tacones que se alejaron...

Tu recuerdo, en ansias humildes y locas y me transmutas la vida. ¡El mundo se compone de ti y de mí!... Por eso sin ti, es mi abandono.

Amor que ruge, y que ahogo, amor que espera, y que no espera, es el mío, amor que besa sobre los poros de este papel donde se ha desparramado tu recuerdo.

Y he cerrado los ojos... he echado hacia atrás la cabeza que descansa sobre el espaldar del sillón... y he abierto la mano, y la pluma ha rodado manchando las cuartillas con enigmáticas figuras, que parecen letras árabes o chinas, impenetrables; o gotas de llanto... o manchas, simplemente; ¡manchas, tal vez siniestras, que presagian malas horas!...

IRENE G. L. DE HUERGO



EN MEDIO DE LOS CONFLICTOS SOCIALES

— Mañana no podré estar a tu lado. Dedicaré el día a mis ideas. .

— ¡Qué solo te encontrarás!

Indice semanal de libros y autores

Por EDUARDO SUAREZ



ANTOLOGIA DEL DISPARATE

Por Francisco Ortiga Anckermann

Un inquieto espíritu de periodista, en el caso del popular "Pescatore di perle", se aduna al de un paciente y metódico investigador. Desde hace años, en las páginas de "El Hogar", primero, y más tarde, en las de "Atlántida", Ortiga Anckermann se ha dedicado a exponer y comentar con ironía y singular humorismo todos los gazapos, adulteraciones y también plagios en que incurren los literatos profesionales y, desde luego, aquellos otros que, apremiados por el a veces vituperable afán de publicar libros, no aguardan a que las obras estén en la debida sazón. La obra de este mordaz censor de las letras es tan valiosa como de agradable lectura. Los comentarios que intercala entre gazapo y plagio equivalen a enjundiosos y amenos capítulos de crítica literaria. El humorista que siempre hemos reconocido en Ortiga Anckermann está íntegro en las páginas de este su primer libro; el escéptico que todos conocemos tampoco se halla ausente, particularmente al tratar la cosa literaria con la desaprensión de quien otorga a las letras y a la vida su verdadero valor; y, por fin, el admirador de Anatole France, desde luego, no queda atrás y llega hasta el simpático sacrilegio de poner en evidencia las perlas del maestro. Se trata de un libro que no pocos, luego de conocer la obra peridística del colega, mucho hace que anhelábamos poseer.

LIBROS ARGENTINOS

Evangélicas completas, por Almafuerte. — Una nueva edición — y esta vez popular, a precio económico — es la que prologa y presenta Sergio J. Bagú. Bien podemos considerar esta edición como una de las más completas que se conocen y la que más respetos y consideración guarda con la obra del poeta rebelde. En manos de seudo protectores y ficticios discípulos, está buena parte de la obra de Almafuerte. Sólo un paciente y metódico trabajo de investigación ha permitido al señor Bagú imprimir un poco de orden y una cierta fidelidad a los trozos transcriptos. Hay que estarle agradecidos, por consiguiente; y, desde luego, incitarle a continuar la labor con otras obras del poeta.

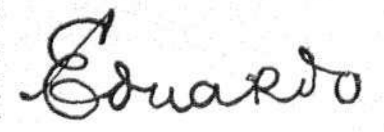
Las Provincias Unidas del Río de la Plata, en 1820, por Ricardo Levene. — Inicia sus actividades "Letras platenses" con la publicación de este breve al par que interesante trabajo del conocido historiador. Trátase en él de la actitud que asumió la Junta de Representantes de la provincia en cuanto tuvo conocimiento del arribo de los comisionados que España enviaba a las "provincias de América" para poner fin al conflicto con la metrópoli. Estudia el profesor Levene la situación del Río de la Plata, esboza las dificultades internas de todo orden y, finalmente, a la vez que muestra a San Martín en una de sus más patrióticas actitudes, confirma la tesis de una abierta y manifiesta oposición de los gobiernos de esta parte del continente para entrar en ningún género de componendas con los peninsulares.

Pétalos dispersos, por Raimudo San Juan Miguel. — Lo que menos importa es la forma y el estilo cuando en una obra de arte hay sinceridad. Algún comentario mordaz ha suscitado el respetuoso culto que este poeta evidencia por todo cuanto se refiere a las viejas formas poéticas; pero, así como en muchas ocasiones encontramos cuantiosos méritos en composiciones modernísimas y hasta de disparatada forma, nada más que por saberlas noble y sanamente inspiradas, en este volumen, olvidando los detalles formales, debemos reconocer verdadera y loable inspiración en el autor de páginas como "Llora corazón", "¡Vivir!", "Caricias maternas" y otras.

Datos sobre la amonedación en Córdoba y Mendoza, por Pablo Cabrera. — En la vieja casa que fué de Sobremonte, en Córdoba, se conservan las piezas mohosas del que fué cuño de amonedación en aquella ciudad. Fué en noviembre de 1815 que se estableció la amonedación en esta parte de nuestro suelo, es desde aquella fecha que el erudito investigador sigue su proceso en el interesante trabajo recién aparecido.

LIBROS SUDAMERICANOS

Ocho hombres, por José S. Villarejo. — El conflicto chaqueño, además del daño que a la civilización sudamericana causa desde hace años, agregó este otro de una literatura falsamente heroica; pero, en el fondo, hecha para acuciar odios y enconos. Esta obra — en la que es notoria la influencia de Remarque — parece tener otra orientación, más humanitaria, más rebelde, más apartada de la literatura. Está bien; aunque, de todas maneras, como ya se ha dicho aquí mismo en otras oportuniddes, es sensible que en nuestra América, por la fuerza, aparezcan estos libros.



Veinte poemas de amor, por Pablo Neruda. — A las tantas composiciones que figuran en el volumen agrega el poeta chileno "Una canción desesperada". Los poemas, más que de amor, son de adoración. de idolatría. Una mujer hermosa y llena de misterio es la que inspira al autor y lo envuelve en la más temible y deliciosa de las desesperanzas.

Fundamento histórico y filosófico del esoterismo griego, por Fausto Pérez. — Con abundancia de citas y acertadas transcripciones estudia el autor el complicado y, de todas maneras, siempre interesante tema.

LIBROS ESPAÑOLES

El pescador de los tres lirios, por Nicolás Martín Alonso. — Un poeta moderno, supersensible. Los acaecimientos más insignificantes cobran, entre sus manos, caracteres inusitados. Pequeños dolores e inocentes alegrías se transforman en tragedias y casi divinos regocijos.

Antología de poetas españoles contemporáneos, por José María Souvirón. — En Santiago de Chile ha aparecido esta selección de composiciones de autores españoles conocidos desde 1900 a 1933. Bien informadas notas bio-bibliográficas preceden a los fragmentos entre los que figuran buenas piezas de Juan Ramón Jiménez, Machado, Moreno, Salinas, Cuillén, Altolaguirre y otros.

Casta de toreros, por Felipe Sassone. — Entre las muchas cosas que en la vida ha intentado con acierto el escritor peruano, ahora aclimatado en España, está el toreo. Ha sido torero y ha disfrutado de la amistad de los diestros más famosos y populares. En este libro hace una historia del toreo y presenta, con lujo de detalles, muchos aspectos de la vida de Joselito, Belmonte y otros.

LIBROS FRANCESES

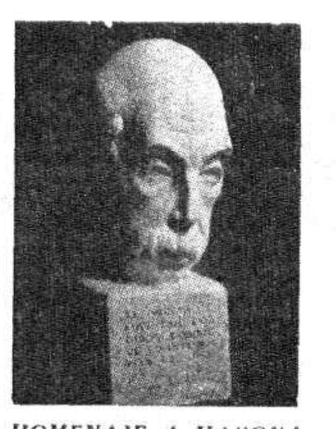
La République des Comités, por Daniel Halevy. — Posiblemente, no sólo para los franceses, ha de resultar este libro tan mordaz como irónico. Los comités son el lunar de la vida política y es, precisamente, en las grandes democracias, donde más patente resulta su peligrosidad.

La mer et sa póesie, por M. A. Rio. — Un marino describe la vida a bordo de un transatlántico, las bellezas de los puestos y muchas cosas ignoradas hasta por aquellos que cruzaron el mar más de una vez.

Ramenez - les vivants, por Frank Buck. — El cine ha mostrado en muchos de sus interesantes aspectos las hazañas de este avezado cazador de fieras cuya fama precisamente consiste en capturarlas vivas. Buenas reproducciones fotográficas ilustran esta versión francesa del relato de sus cacerías.

Pages d'Histoire et de Littérature, por Anatole France. — En el tomo XXIV de sus obras completas se ha reunido una serie de ensayos del maestro que, hasta el presente, estuvieron dispersos por plaquetas de bibliófilos. Madama de La Sabliere, El marqués de Sade, La princesa de Cleves, El Fausto de Goethe, El café Procope y otros del mismo interés son los títulos de los estudios que figuran en el volumen ilustrado por Le Bretón.

Suárez



HOMENAJE A VARONA

Por la Universidad de la Habana.

Fué Enrique José Varona la postrera de las grandes figuras magistrales sudamericanas. Cierra una luminosa etapa en la que descollaron grandes demócratas y vigorosos vehículos del pensamiento liberal. Por espacio de más de medio siglo las juventudes cubanas tuvieron en él un mentor y, también, una bandera. Integro e inflexible con esos tiranuelos que en toda época han infectado el suelo americano, aun en las postrimerías de su luminosa existencia debió colocarse al frente de sus discípulos, de los universitarios acosados hasta en su propia morada por las fuerzas de Machado. Varona fué de los que creían en la función social de la universidad. La quería algo más que un frío centro de estudios. Anhelaba verla convertida en una caja sonora donde reprecutieran todas las inquietudes del siglo. "La vida de la nación en todas sus manifestaciones — decíales a sus alumnos — debe repercutir dentro de estos muros". No era de los que se doblegaban; pertenecía a esa hoy tan diezmada estirpe de íntegros varones acostumbrados a no perder la fe y mantenerse serenos en medio de la borrasca. Y conste que fueron grandes y frecuentes las que debió soportar en su vida. Maestro de nuestra América, su nombre debe estar al lado de los de Sarmiento, Martí y Rodó.

APOSTILLAS A LA VIDA LITERARIA

VICENTE G. Retta, el autor de *La Sangre de las guitarras*, anuncia la aparición de *El leño de Cristo*, su más reciente trabajo novelesco.

¶ La pieza de Pirandello *Todo sea para bien* aparecerá en la colección "Teatro para leer" traducida por Edmundo Guibourg.

¶ Se da como inminente la aparición del *Facundo* de Sarmiento, traducido al francés por Marcel Bataillon, catedrático del liceo de Argel. Ilustrarán la obra reproducciones de litografías de Pellegrini.

¶ Posteriormente editará el mismo comité otras obras argentinas, entre ellas, *Ciudad Indiana*, de Juan Agustín García, y *Mis Montañas*, de Joaquín V. González.

¶ *La tercera invasión inglesa* es el título de una obra en prensa, original de A. Gómez Langenheim.

¶ E. C. Corbellini anuncia *Cántico y forma.*

¶ Según la Biblioteca Nacional de Madrid, en el pasado año de 1933 la producción bibliográfica española asciende a 8.245 obras, correspondiendo 3.960 a los libros, 4.200 a los folletos, 60 a los mapas y 25 a las estampas.

¶ Pío Baroja, el enemigo de los académicos, ha aceptado un sillón en la Española.

¶ Dos libros de escritoras jóvenes: *Trece*, por Isabel Alonso Deyra y *El nudo*, por Luisa Munín Iglesias.

MAESTRO EN EL OFICIO

Pero ¿por qué no le desengaña usted de una vez? — le decía su secretario al ministro español de Instrucción Pública con motivo de la amabilidad del señor Madariaga hacia un pedigüeño contumaz. Y el ministro todo diplomacia:

—Las cosas no conviene negarlas de rondón. Ya que el desengaño es amargo, mejor es administrarlo a tragos pequeños. En estos casos es preciso suplir la falta de obras con palabras corteses...

VIVIR ES ADAPTARSE

Se comentaba en una tertulia literaria madrileña la sinuosa trayectoria de un autor teatral.

—Empezó como poeta; después se dedicó a la novela pornográfica; más tarde cambió el rumbo hacia la sociología, y ahora le ha dado por el teatro. Y siempre con vistas a conseguir el aplauso del vulgo — critica uno de los reunidos.

Hay un momento de silencio. Y Gómez de la Serna añade, pensativo:

—Sí, es verdad. Se trata del camaleón de la popularidad.

MIRANDO EL PORVENIR

En una taberna de los barrios bajos de Madrid, se reúnen todos los sábados diez o doce ciudadanos que forman la célula de una sociedad que propugna la incineración de los cadáveres, para suprimir los entierros.

—¿Y... por qué se reúnen ustedes en una casa de bebidas? — le preguntaron al que hace de presidente de la flamante sociedad. — Me parece poco serio.

—Pues tiene su intríngulis la cosa. El alcohol favorecerá que ardamos mejor cuando se pongan en práctica nuestros procedimientos...

LA VINIFICACION

En una tertulia, de la que formaba parte Bagaría, se hablaba de grandes inventores. Salieron a relucir Cadmo, Franklin, Edisson, Gutenberg, Stevenson, Pasteur, Marconi, Juan La Cierva, Torres Quevedo...

—Y al más insigne de todos — profirió el jocundo Apeles catalán, — ¿se lo dejan ustedes en el tintero?

—¿A cuál, querido Bagaría?

—¡A Noé, hombre, a Noé!

Por los caminos del mundo

Anécdotas

ACCION DIRECTA

Un partido político español, de extrema derecha, ha tenido la peregrina idea de abrir en sus locales un curso de "prácticas domésticas".

Una alumna, recién casada, tuvo la ingenuidad de preguntar a la profesora:

—En el caso de que el marido vaya a pegarle a una, ¿qué se debe hacer?

—Adelantarse — replicó, rápida, la maestra

EL BOXEADOR GIGANTE Y EL PERIODISTA PEQUEÑITO

El periodista italiano Adolfo Chiaffo tiene muy mal genio y una estatura pequeñita. Cuando Primo Carnera luchó con Paulino Uzcudun en Roma, el periodista Chiaffo se permitió escribir una crónica deportiva censurando agriamente a Primo Carnera por su actuación. Y Primo Carnera, dolido por los conceptos duros de la crónica aprovechó la ocasión de coincidir en un café con el diminuto periodista para decirle a éste:

—Sería conveniente que rectificara usted sus opiniones sobre mi manera de boxear.

—Yo jamás rectifico — respondió Chiaffo.

A lo que contestó el gigante italiano rabiosamente:

—¡De buena gana le escupiría a usted... pero no lo hago porque ignoro si usted sabe nadar!...

DESPUES DE TODO...

Durante una cena extraordinariamente animada, a la que asistía Rusiñol, se caldeó tanto la atmósfera que, a los postres, volaron varios vasos por el aire, y uno de ellos fué a coincidir con la frente del dueño del restaurante donde se celebraba el ágape, y le produjo una herida, que, aunque leve, fué causa de aparatosa hemorragia.

El herido comenzó a lamentarse con tonos tan lastimeros y dramáticos, que Rusiñol acabó por decir:

—¡Basta, hombre, basta! Ponga usted también eso en la cuenta, y a otra cosa...

DELACION

Cierto empedernido bohemio, muy conocido en el mundo literario madrileño, suele refugiarse — huyendo de los hijos de la pérfida Albión — en un "bar" próximo a su domicilio.

La otra tarde, inopinadamente, sintió posarse en sus rodillas las dos patitas delanteras de su querido "foxterrier", al que se había dejado en casa, en compañía de la criada. Acto seguido surgió ante sus ojos su sastre.

—¿Quién le ha dicho a usted — gritó iracundo — que yo estaba aquí?

Y el sastre, imperturbable, le contestó:

—Su perro.

El parque del recuerdo

En una colina de esta gran mancha verde que forman el Pincio, el Zoo y Villa Borghese, crecen unos árboles, aún débiles, robles y pinos jóvenes que temblarían bajo el ventarrón tramontano de voz cavernosa, si cerca de ellos no se alzara arrogante, pronta a defenderlos contra la misma rosa de los vientos, la masa verde y frondosa de los pinos gigantes, sus mayores.

De cada tronco, aún tierno, hay colgado un nombre... Unas letras que antaño componían un yo y eran el refrán de una vida, repetido al cabo de la canción de cada instante. Hoy aquella canción se ha extinguido, y el nombre en "ritornello" estará más en los pensamientos que en los labios; hasta que en los pensamientos se borre.

Pero alguien ha querido que estos nombres, cuyas letras se diseminaron en explosión de obuses sobre un campo de guerra, se junten otra vez, y ya nadie las separe, ni viento alguno, ni hacha de leñador, sobre estos troncos de árboles jóvenes. Por cada romano caído en la Gran Guerra, un pino, un roble o un laurel, una vida nueva en memoria de la vida que se quebró bruscamente, y ya con tantas esperanzas y ansias de eternidad que se plantaron solamente árboles de hoja perenne, para que no venga el invierno a despojarlas de su verdor, y sea el recuerdo, que se quiso hacer inmortal, de brumas y tristezas ante la desolación del árbol desnudo. Parecería que, a más del símbolo que nos recordara lo frágil y limitado de todo verdor de esperanzas en lo inmortal, con cada hoja se iría cayendo una letra del nombre, y otro viento nuevo, llegado del cielo, las arrastraría por los caminos fangosos y las empujaría hacia las sombras...

Algún día, estos pinos, hoy jóvenes, serán gallardos y al alzarse con afán de abrazar la inmensidad azul entre sus ramas tendidas, nos robarán el nombre que se quiso conservar a la altura de los ojos para que no lo olvidaran los pensamientos. Se habrá alzado el nombre con el árbol, camino de la altura por vez segunda, sino que ahora estará por encima de los hombres sin llegar nunca al cielo, y no habrá conseguido ninguna de las dos inmortalidades. Por eso, yo hubiera plantado el olivo.

Campo de grises pálidos, que es a lo más que podemos aspirar en la vida; y fruto jugoso, pero amargo, como es casi siempre el fruto de nuestras horas mejores. Mas justo símbolo de vida nueva, en recuerdo de otras vidas, que el de los pinos verdes siempre y algún día gigantes, como sus hermanos mayores de la Villa Borghese. Pero sobre todo, el nombre colgado de un tronco bajo o de una rama torcida estaría siempre a la altura de nuestros ojos, porque el olivo no es árbol orgulloso, sino humilde y buen servidor, que jamás hurta al hombre, con arrogancias de altura, ni el fruto, ni el brazo en que descansar del camino.

Gran obra de un poeta este parque del recuerdo, que quiere resucitar una vida en otra vida, y unir de nuevo las letras de un nombre, diseminadas por una explosión de metralla; consuelo de los que amaron bien al muerto, pues les ha de parecer que aún se estremece y vive bajo la brisa vespertina, y que son palabras suyas el rumor a las hojas; pero el olivo hubiera cumplido esa misma misión, y a más es símbolo de paz desde el día de la paloma y el arca.

Yo hubiera plantado solamente olivos, uno por cada muerto en la guerra. Una vida nueva por cada vida rota, pero que llenara los ojos y el pensamiento de grises plácidos y humildes, que no recordaran la arrogancia del gesto último, sino que fueran memoria de una vida entera, gris, con fruto jugoso y amargo, como el de todos los instantes... No un imposible afán de inmortalidad, sino una ansia de paz por cada recuerdo de guerra...

MARIANO TOMAS

La vida de un señor de la India

EL MARAJA DE BARODA



Vista del palacio principesco del marajá.

La carroza de oro.

Baroda es la capital del marajalato de Gaewar. Su príncipe es un hombre educado a la europea, que no abandona las costumbres tradicionales de los hindúes. Tiene sesenta y dos años de vida refinada; parece un hombre de cincuenta, posee muchos millones. Cuando va a Europa viste trajes occidentales. En su reino todo es de oro: la cama, la carroza, las mesas y las sillas. Vive en plena luz de "Las mil y una noches". El palacio "marajalesco" es una maravilla de arquitectura. Los súbditos, mal que bien, pasan la vida. En 1931, cuando la libra se iba al suelo, el marajá de Baroda, fiel al compromiso contraído con el gobierno británico, socorrió al rey Jorge, mandando algunos cientos de millones de oro puro indio. Es monógamo y tiene talento. Las crónicas no dicen su nombre; su fama ha corrido por todo el mundo. El marajá de Gaewar merece el respeto de ambos mundos.

Por su apariencia, parece un verdadero filósofo, cansado de las pompas y grandezas terrenas. En sus dominios se le obedece como a un dios pagano; comerciantes, parias y agricultores laboran para él, a quien nada le falta. Nació poderoso y lo será hasta la muerte.



La esposa del marajá y las princesas comiendo en sus sillas de oro.



La cama de oro macizo.



El soberano y su esposa.

El bióxido de carbono en el mar

En el estudio bioquímico de los procesos vitales en el mar, es sumamente conveniente una recta interpretación del papel desempeñado por el bióxido de carbono.

En virtud del exceso de bases que siempre contiene el agua del mar, ésta no sólo contiene bióxido de carbono libre disuelto, sino que también muchas veces lo contiene combinado, formando carbonatos y bicarbonatos. El equilibrio de este sistema, en las condiciones que se presentan en la realidad, es muy complicado. Puede cambiarse por foto-síntesis, por cambio en el calcio, originado por procesos vitales, descomposición de materia muerta, temperatura, salinidad y presión.

El estudio del bióxido de carbono tiene también importancia para el geólogo, ya que rige la formación de las rocas calizas de *sedimentación*.

La línea de ataque más corriente es la de determinar la concentración en iones hidrógeno y el exceso de bases.

La determinación directa del bióxido de carbono ha sido siempre una operación pesada y casi imposible de llevar a cabo a bordo de los buques. Para efectuarla, Greemberg, Moberg y Allen han propuesto una modificación manométrica portátil del aparato de Van Siyke, encomiando su precisión y su aplicabilidad en alta mar.

En 1930, una comisión designada por el Consejo Internacional para la Exploración del mar se reunió en Helsingfors para tratar del conjunto del problema del bióxido de carbono en el mar. Ha sido ya publicada la memoria acerca de sus trabajos. Al parecer, se ha llevado a cabo con cuidado todo el trabajo experimental.

Ahora ya no hace falta efectuar la determinación directa del bióxido de carbono en el agua del mar. Partiendo del exceso de bases y de la determinación de los iones hidrógeno, las concentraciones de bióxido de carbono total y libre pueden encontrarse directamente en tablas.

También se necesita conocer la temperatura y salinidad, pero estas determinaciones son ya habituales en casi todos los trabajos oceanográficos; aparte de que se ha visto que, para grandes extensiones oceanográficas, el exceso de bases es proporcional a la salinidad. De ser siempre así, bastaría una rápida determinación colorimétrica de la concentración de iones hidrógeno, para tener la clave del sistema total del bióxido de carbono. Esto tiene gran importancia, porque la solución de los problemas bioquímicos marinos requiere la acumulación de gran cantidad de datos en condiciones difíciles de trabajo.

Para usar debidamente las tablas, se necesita conocer el coeficiente de temperatura de la concentración de iones hidrógeno (tanto en el agua del mar, como en el líquido usado para la comparación colorimétrica) y, asimismo, las constantes de disociación de los indicadores usados para el trabajo con agua de mar. Este punto fué estudiado por Buch, hace algunos años.

La redisolución del calcio en el mar y la formación de depósitos fangosos a grandes profundidades está influenciada también por el cambio de la concentración de iones hidrógeno con la presión y el aumento de solubilidad del bióxido de carbono.

La variación del Ph con la profundidad es considerable, sobre todo, en aguas ácidas. El Ph, en un agua tomada a 3000 metros de profundidad, se halla aumentado en 0'2 a 0'3 unidades. Al aumentar la profundidad, hay un notable aumento del ion bicarbonato, con decrecimiento del bióxido de carbonato, y, algunas veces, del ion carbonato.

Unión Industrial Argentina



Concurrentes al banquete ofrecido por el personal de la Unión Industrial Argentina al gerente de la institución, señor Saúl Chadufau.

Porqué las rubias son preferidas

Una famosa autora americana publicó un libro titulado: "Por qué los hombres prefieren las rubias". Sus páginas demuestran claramente que en todos los tiempos y en todos los países las mujeres rubias son las que más atraen y seducen al hombre. El color dorado de los cabellos no es privilegio de los que nacen rubios, sino de todos los que empleen la manzanilla verum.

Cualquier mujer puede con toda comodidad dar a su cabello obscuro un hermoso color rubio usando en su casa durante 3 días la manzanilla verum que se encuentra en todas las farmacias ya preparada. Se usa como una simple loción y su resultado es maravilloso. En París y en otras grandes ciudades esta loción ha alcanzado una gran boga.

Asociación Bancaria Nacional



Invitados de honor y señoritas concurrentes al baile anual de la Asociación Bancaria Nacional.

Friedrichshafen, la "Ciudad del Zeppelín"

Dentro de poco, el famoso "LZ 127" tendrá un gigantesco hermano gemelo

El actual "Graf Zeppelín" evoluciona por encima de su ciudad natal, la bucólica Friedrichshafen, del lago de Constanza.

A orillas del "mar de Suabia", o sea el lago de Constanza, formado por el Rin famoso y compartido por cinco estados: Baden, Wurttemberg, Baviera, Austria y Suiza, se alza una ciudad apacible que debe su celebridad al hecho poco común de ser la cuna de una gran empresa humana, asombro del mundo.

Es la pequeña y reluciente ciudad alemana de Friedrichshafen.

El nombre y la existencia de Friedrichshafen se hallan vinculados estrechamente al nombre y existencia del famoso dirigible "Zeppelín", palabra que viene resonando en nuestros oídos desde nuestra infancia. En las afueras de la ciudad se elevan el hangar y los talleres del gigante de los aires, y allí, desde hace treinta y tres años, se han ido construyendo infatigablemente modelos y más modelos del célebre dirigible. Por eso se llama a Friedrichshafen la "ciudad del Zeppelín".

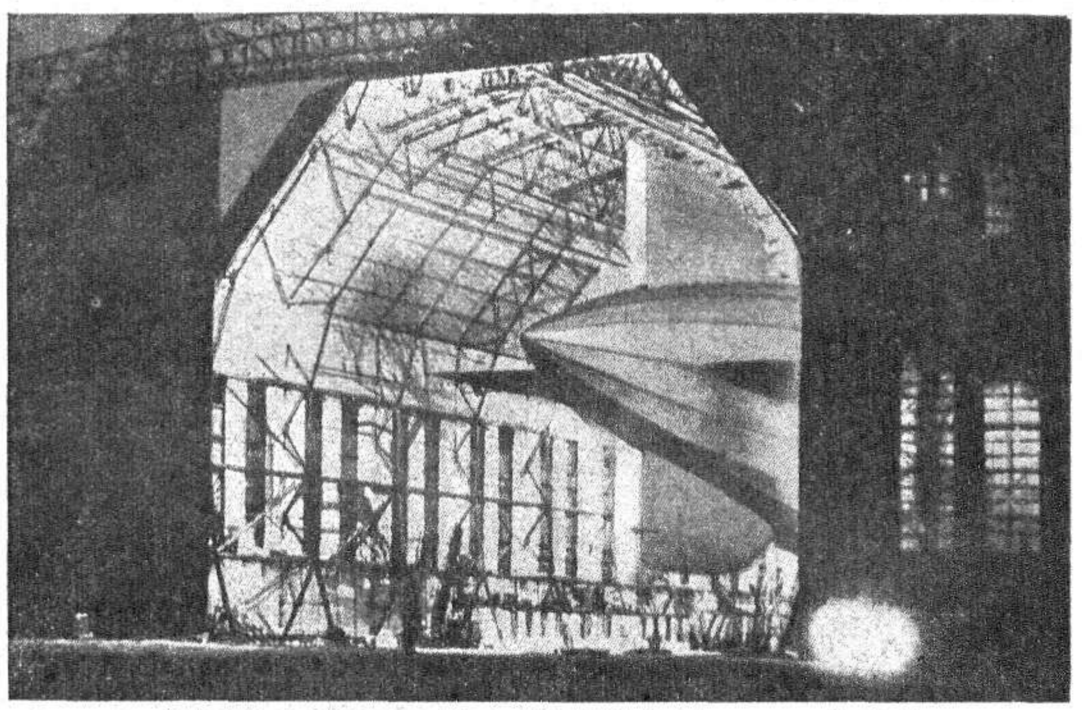
Los habitantes de Friedrichshafen se agolpaban en masa el 5 de agosto de 1908, rodeando la estación del ferrocarril, para consolar con su recibimiento conmovido al celebérrimo conde de Zeppelín: allá en Echterdingen quedaban los restos incendiados del primer globo rígido de forma de cigarro, del primer zepelín, con el cual intentaba el conde constructor resolver el problema de la navegación aérea dirigida a voluntad.

Una ola de entusiasmo popular convirtió el intento del conde de Zeppelín en una obra nacional, y en poco tiempo se reunieron seis millones de marcos, suma que hizo posible la prosecución tenaz de sus estudios, experimentos y trabajos, en el silencio bucólico de la pequeña Friedrichshafen.

El primer dirigible que empezó a construir en 1900 el conde de Zeppelín estaba dotado de una fuerza motriz de 30 caballos. Después del fracaso de 1908, con una tenacidad verdaderamente germánica, los talleres de Friedrichshafen fueron construyendo una serie interminable de modelos cada vez más perfectos, serie que alcanza la cifra asombrosa de 117 dirigibles.

Este esfuerzo grandioso culminó hace seis años, en 1928, con la construcción del actual "LZ 127" ("Graf Zeppelín"), dotado con 2650 caballos de fuerza. Este dirigible triunfal es el de las grandes travesías transatlánticas bajo el mando del conocidísimo comandante doctor Eckener, y lleva hechos en estos tres últimos años nada menos que 300 viajes. Es el mismo que Sevilla ha visto volar majestuosamente sobre sus azoteas.

Friedrichshafen ha fundido totalmente su vida con la accidentada historia del zepelín, cuadruplicando su población desde 1894. En la misma ciudad viven los tripulantes del dirigible con sus familias. Los grandes talleres del zepelín, con sus anexos, absorben la totalidad de la población obrera, altamente especializada y compuesta de 8000 personas.



El hangar gigantesco que cobija en Friedrichshafen el cuerpo sensible de la gran aeronave tiene 125 metros de longitud y constituye una atracción turística.





Vista de una de las salas del Museo Zeppelín, en Friedrichshafen.

Los 12.000 habitantes de la sonriente Friedrichshafen forman un todo orgánico con su famoso dirigible, compartiendo lo mismo sus resonantes éxitos mundiales de estos tres años últimos, como las peripecias y amarguras de los anteriores desastres y fracasos.

El zepelín ha llegado a tener en Friedrichshafen un verdadero culto cívico. Las personalidades de la tripulación y de los talleres del gran dirigible viven rodeadas de una aureola de admiración y respeto; todos los chiquillos de la ciudad las conocen personalmente. Las calles llevan rótulos con los nombres más famosos en la historia del "cigarro volador": Zeppelinstrasse, Eckenerstrasse, etc. Se alzan en la ciudad diversos monumentos conmemorativos. En las tiendas de juguetes, los niños tienen a disposición de su furor destructivo toda clase de modelos de zepelines. Los comercios se ufanan de ser los proveedores de la gran nave aérea cuando suelta amarras. Los cuadros y fotografías del dirigible se multiplican por toda la ciudad.

Friedrichshafen, en fin, cuenta con un interesantísimo Museo Zeppelín, testimonio fehaciente de su gloria única.

A la llegada de la primavera europea, el actual "LZ 127" reanudará sus grandes viajes mundiales.

Es también la época del turismo. Friedrichshafen llega a recibir mensualmente a más de 100.000 visitantes. Son periodistas, hombres de negocios, comisiones y colectividades, burgueses en vacaciones, turistas extranjeros. Todos desean conocer el magno barco aéreo, el hangar gigante, el celebrado museo...

¡Ah, pero lo más importante de Friedrichshafen es la sorpresa que reserva al mundo con un silencio hermético, el secreto que guarda bajo siete llaves en un recinto misterioso e infranqueable: la construcción de un nuevo gigante del aire, hermano gemelo del actual dirigible: el "LZ 129", cuya próxima terminación constituirá seguramente un acontecimiento mundial! — *Angel Pumarega.*

En la Asociación Belga



El ministro de Bélgica, señor E. Robyns de Schneidauer, en la velada danzante organizada, bajo sus auspicios, por la Asociación Belga de Socorros Mutuos.

Cinco minutos de intervalo

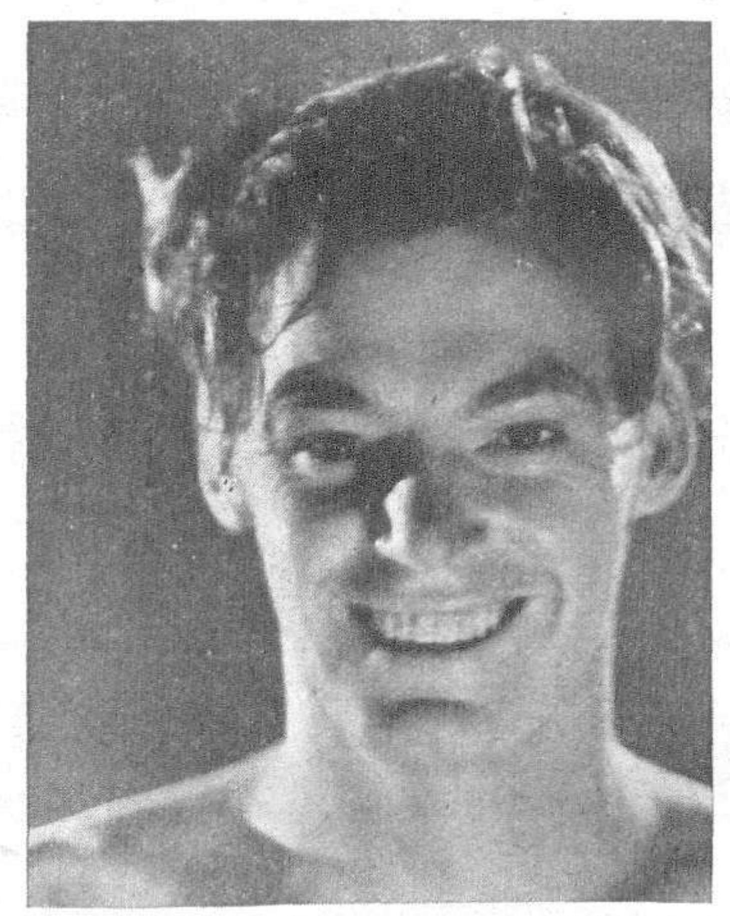
Cine de procedencia española

Con relativo éxito se ha exhibido en Buenos Aires una de las buenas — sino la primera, — producciones rodadas en estudios ibéricos. Es *Doña Francisquita*, versión de la popular obra de Vives. Han estado acertados los productores al seleccionar esta pieza para penetrar en el mercado extranjero. No le falta vivacidad, color y hasta picardía; todo ello, desde luego, agregado a la excelente música del compositor inolvidable. Un espectador exigente encontraría más de un defecto en la versión que con tanta simpatía ha acogido nuestro público. Nosotros preferimos pasarlos por alto ateniéndonos más bien al hecho auspicioso de que vaya siendo una realidad más o menos "exhibible" el cine en idioma castellano.

Estrenos...

El secreto de su vida, con Marie Dressler y Lionel Barrymore, una humorada cuyo interés se mantiene hasta la última escena, pues el director Sam Wood es de los que hacen de cada film una caja de sorpresas. Otra revista, pero, desde luego, con mayores atractivos que las últimas conocidas: *Escándalos de George White*, con Rudy Vallace, Jimmy Durante y un abundante reparto.

El cine inglés ha realizado una decorosa presentación con *Yo he sido espía*, en el que se destaca la atrayente figura de Madeleine Carrol ,entre Conrad Veidf y Herbert Marshall. Augustioso, desbordando trágicas sugerencias *Sin el rugir del cañón*, dirigida por Frank Borzage. *Una sombra que pasa*, singular labor interpretativa de Fredric March, con algo de truculencia y mucho de lujosa presentación. *La patrulla perdida*, con el contraste del eficaz Mc Laglen y esa máscara propicia para todos los maquillajes, pero sin propia expresión que es Boris Karloff.



Johnny Weissmuller, acompañado por Maureen O' Sullivan, torna a entusiasmar a chicos y a grandes con *Tarzán y su compañero*, versión de uno de los más populares y dramáticos trabajos novelescos de Edgar Rice Burroughs.

El cine de los Estados Unidos...

Es lo menos norteamericano que existe: no hay más que echar un vistazo a los elencos de actores, directores y técnicos. El personal de origen norteamericano es ínfimo. El resto procede de Europa. Los hombres de la Unión ponen el capital y, eso sí, su magnífico espíritu de empresa. *¿Qué razones existen para que*, en los primeros pasos de una industria cinematográfica argentina, no hagamos lo mismo? España lo acaba de realizar. Y, en la emergencia, le han venido admirablemente los muchos actores y técnicos emigrados de Alemania.

Todo un problema en puertas

Vuelve a agitarse el siempre debatido problema del doblado de las películas de origen inglés, francés y alemán. Hay muchas razones para pensar que, si se realizara entre nosotros, al final y a la postre, los exhibidores y el público resultarían beneficiados. Pero, aquí una pregunta: ¿Aun en el caso de que el doblado se efectuara con la máxima eficacia, cubriría la producción el importe del trabajo requerido por las copias que consume nuestra plaza? En eso del doblamiento de la voz de los grandes actores, dando la traducción en castellano y desterrando las casi siempre molestas leyendas, la experiencia nos ha dejado tristes recuerdos. Sólo nos limitaremos a mencionarlos: *El Carnet amarillo*, con Lionel Barrymore; *Vidas truncadas*, con Clive Brook; *A la deriva*, con Bancroft. Todos films malogrados por el doblado, no tan deficiente como rechazado por los espectadores.



Elizabeth Allan, actriz de origen británico incorporada a los estudios de Hollywood, realiza una admirable labor en el dramático aunque breve papel que le ha correspondido en el film *Y la vida pasa*, bajo la dirección de Boleslavsky.

Una cosa que está del todo mal

Es la presencia de Boris Karloff en el cine. Desde que apareció fuimos los primeros y, posiblemente, los únicos, en desconocerle las condiciones que una excesiva publicidad le acordaba. Le rechazamos de lleno, y el reciente fracaso de *El vampiro* vuelve a darnos la razón. Es decir: a menos que se tome el film como francamente hilarante; porque, en tal caso, sí que fué eficaz en eso de hacer reír a los siempre pacientes espectadores.

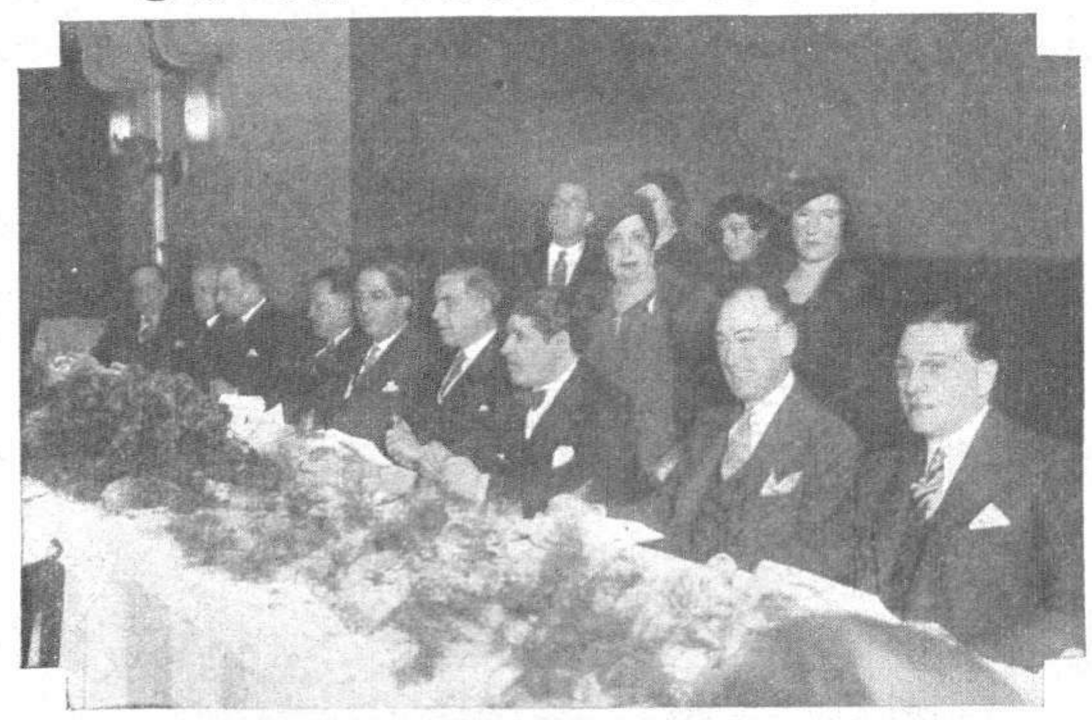
Un óptimo film y un verdadero director

La película *Y la vida pasa...* El director: Richard Boleslavsky. En todo él se observa un encomiable empeño en apartar al cine de las sendas trilladas, infundirle aspecto verdaderamente humano, penetrar en la vida y la realidad haciendo un tanto de abstracción del consabido asunto novelesco, mostrar al espectador lo que él ignora y, desde luego, desea conocer. Se nos preguntará cuál es el argumento de este film y diremos que casi carece de él. Empero, desde Clark Gable hasta el veterano Walthall, (tan justicieramente reincorporado a las actividades), pasando por la bella Myrna Loy y deteniéndonos en la promisora Elisabeth Allan, todo los actores consiguen infundir en el espectador la ilusión completa de que pertenecen a ese interesante mundo que es un hospital moderno. En dos palabras: vivimos unas angustiosas y por múltiples conceptos provechosas horas, entre hombres de ciencia con mucho de sacerdotes y, también, para que todo sea completo, al lado de algunos aventureros de la medicina y del humanitarismo. Es Boleslavsky — se puede decir sin ambages, — uno de los directores más modernos y completos de los Estados Unidos.

Unas cuantas noticias

Jean Hersholt, que en el film arriba comentado realiza el más serio y perfecto de los trabajos de su carrera, ha terminado el contrato que por cuatro años tenía con la Metro. Es posible que pase a la Universal. Gregorio La Cava dirigirá a la Mac Donald y Gable en *La duquesa de Delmónico*. Un personaje bullanguero y charlatán hace Spencer Tray en *El fanfarrón*, de reciente estreno. Otro cómico excelente: *La vida privada de Oliver VIII*, naturalmente, con Laurel y Hardy. Gary Cooper es el compañero de Marion Davies en *Operador 13*, actualmente en filmación. Mae Clarke y Otto Kruger permanacerán en los estudios que actualmente los ocupan y con los sueldos considerablemente aumentados: en la cinematografía nada hay que dé más resultados que cierta estrategia basada en el trabajo, la eficencia y la modestia. Ambas figuras, populares entre el pública pese a su modestia en los repartos, acaban de confirmarlo.

Unión Iberoamericana



El embajador de España, señor Danvila, presidiendo la cabecera de la mesa en el almuerzo de camaradería entre socios de la Unión Iberoamericana, en el que figuraron como invitados de honor los señores Federico García Sanchiz y José Vasconcellos.

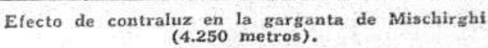
Homenaje

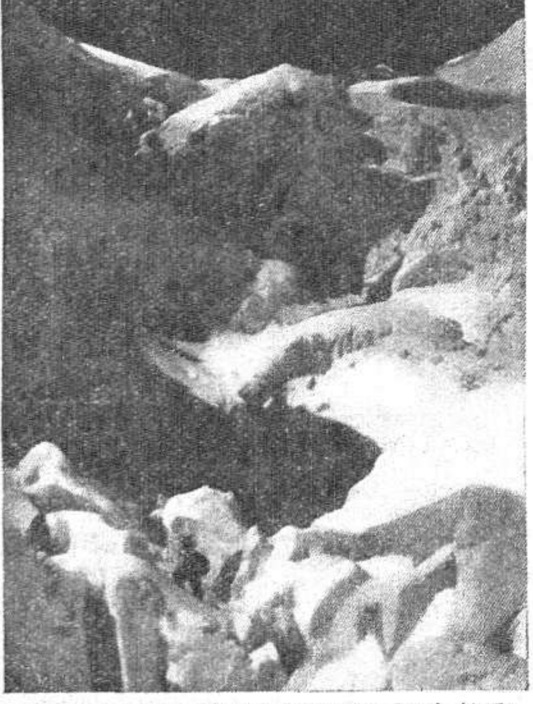


Principales concurrentes a la velada organizada por la Asociación Monterroso y Antas de Ulla en honor del cónsul y del vicecónsul de España, habiendo adquirido brillantes contornos.

Expedición a las montañas del Cáucaso




Efecto de contraluz en la garganta de Mischirghi (4.250 metros).


En las barrancas nevadas de Tioution Basch (4.451 metros).

CUATRO alpinistas franceses han realizado, con toda fortuna, una arriesgada ascensión a las cumbres de Cáucaso Central. De este trabajo, interesante desde los puntos de vista deportivo y científico, dan cuenta las hermosas fotos, que reproducimos, tomadas por los héroes de la aventura.


El campo que sirvió de base a la expedición, en el valle de Doumala Sou.


Descendiendo del cuello de Gortil, para finalizar la arriesgada expedición.

El maquillaje debe ser discreto

Es por demás interesante observar la forma en que una moda da principio a otra. Los complicados peinados y deslumbrantes adornos capilares han relegado a segundo término la atención del cutis.

Cada detalle de la anatomía femenina tiene su día. El lápiz de bermellón para los labios acentuó los contornos de la boca, las cejas exageradas llamaron la atención sobre la frente, sombras sabiamente esfumadas dieron gran interés a nuestros ojos. Ahora el punto culminante de la belleza femenina es el cabello. Olvide el "rouge"; ya no está de moda.

Los artistas del maquillaje están adoptando nuevas tácticas. El cutis debe tener un aspecto delicado y transparente; no aquel efecto de porcelana que daba a la cara de la mujer un aspecto de máscara, sin expresión alguna. Se usaba tanta crema y polvo sobre la cara que el observador no podía menos que preguntarse cómo podría hacerse desaparecer del cutis esa gruesa capa de grasa y talco. Y en efecto, quitar o poner el maquillaje era punto menos que una obra de romanos.

Pero todo eso ha cambiado ahora. Tiempos nuevos, ¡caras nuevas!

Ahora una empieza el maquillaje con un astringente a fin de dar al cutis frescura y fragancia. Lo que una busca es cierto brillo y lozanía en el cutis en vez del "acabado" mate de 1933.

El polvo que ahora se usa es muy ligero; inconsistente, podríamos decir. En color su tono es más claro que el que antes se estilaba. El blanco no puede usarse porque se hecha mucho de ver. El tono más popular es crema con un ligerísimo tinte azul. El azul sirve para dar al cutis cierto efecto de transparencia.

El carmín en las mejillas también ha pasado de moda. En esta pérdida no tenemos nada que lamentar, se había abusado tanto del carmín que no le esperaba otro fin.

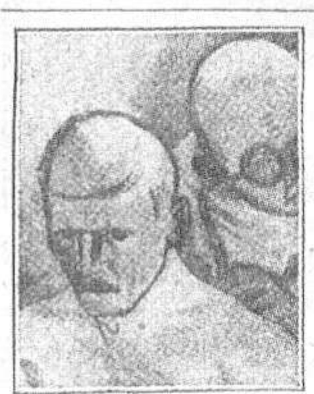
Con el polvo crema-azul va muy bien una delicada sombra azul en las órbitas de los ojos. Las cejas van marcadas, solamente marcadas con lápiz café.

El tono del bermellón para los labios es de un tono muy claro; se aplica ligeramente; medido con mucha discreción.

En consonancia con este movimiento de reforma, las uñas sangrientas han desaparecido para ser substituidas por delicados tonos que hacen juego con el tinte de los labios.

No se crea que éste es un paso revolucionario. Es que la mujer simplemente se ha dado cuenta de que el maquillaje se había exagerado tanto que daba a la misma un aspecto artificial, duro, en algunos casos grotesco. Un maquillaje más ligero y discreto imparte a quien lo lleva un aspecto de juventud y frescura. Y, sobre todo, no es complicado o susceptible de embadurnarse. Las muchachas que usan demasiado maquillaje lo aplican por lo general, sin atención alguna a si los colores y el polvo armonizan o no.

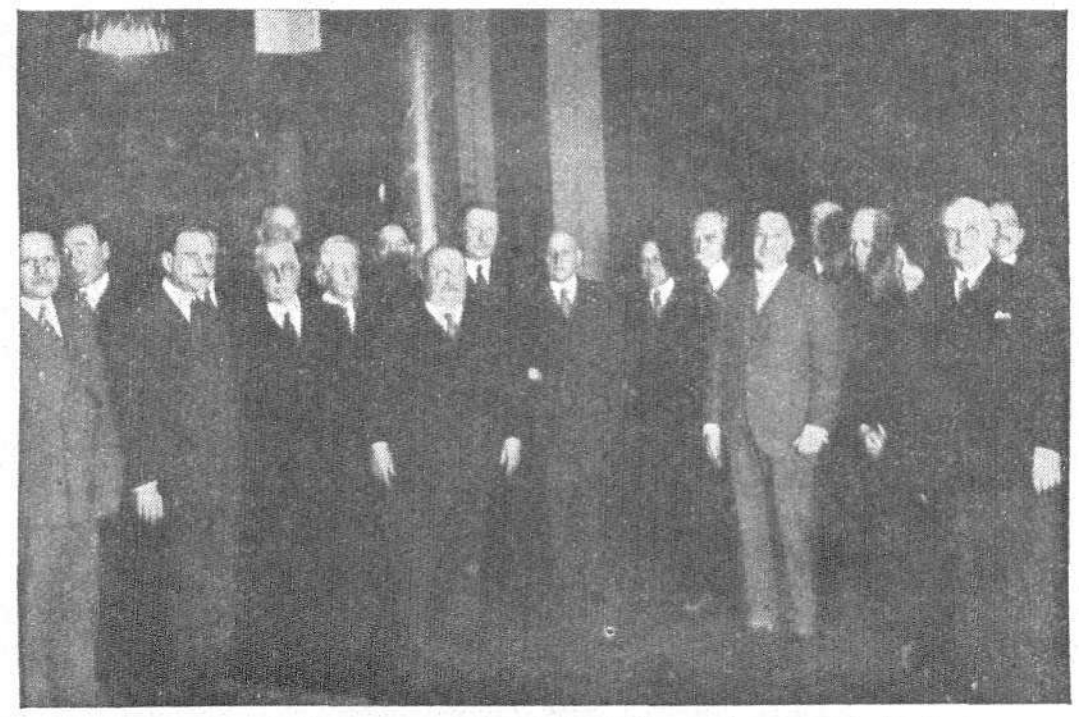
Mme. QUI VIVE



El doctor. — No tiene usted más que una ligera gripe. Venga dentro de un año. Entonces se le habrá declarado la tuberculosis y lo podremos cuidar seriamente.

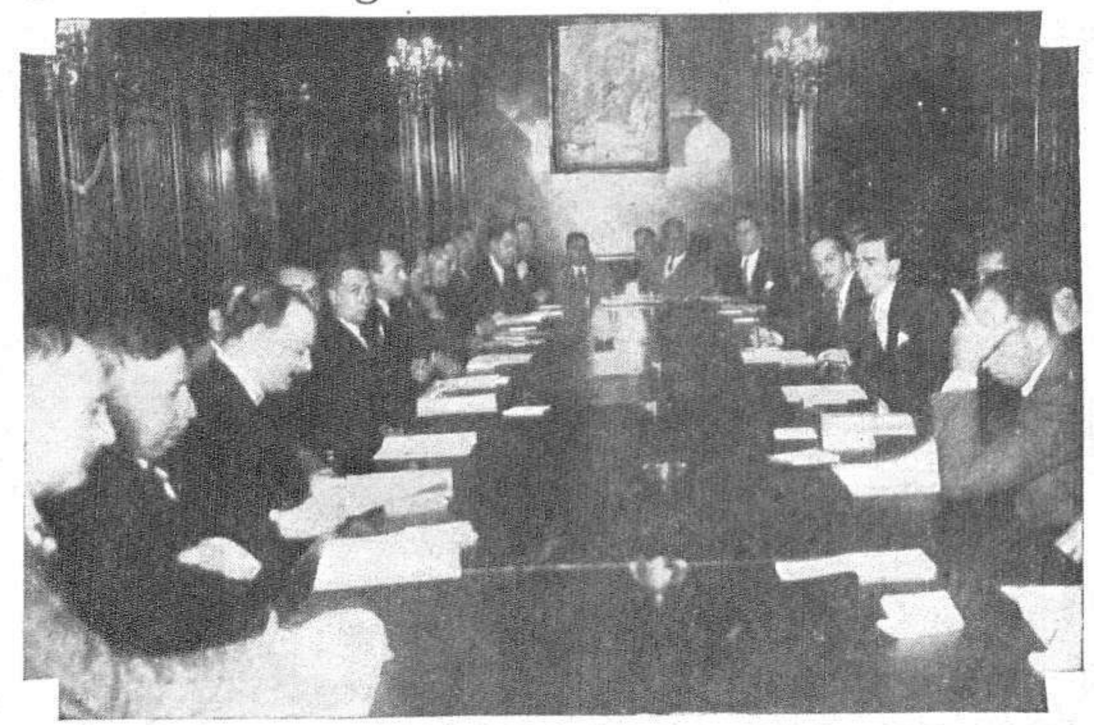
(De *Krokodil*, Moscú)

Homenaje al rector de la Universidad



Los ministros del Interior y de Instrucción Pública, el Intendente Municipal y demás invitados al almuerzo ofrecido en el Jockey Club por el doctor Adolfo B. Sánchez, en honor del rector de la Universidad de Buenos Aires, doctor Vicente C. Gallo.

Cámara Argentina de Colonización



El directorio de la nueva Cámara Argentina de Colonización, que preside don Marcos Agustín Oliva, en su primera reunión, realizada recientemente.

Raimundo Lulio

Que los filósofos cristianos de filiación aristotélica debieron muchas ideas a los traductores y comentaristas arábigos, es materia por todos admitida. También algunos filósofos de filiación neoplatónica sufrieron la influencia musulmana. El más típico de los nombres españoles que pudiera citarse es Raimundo Lulio (1235-1315) cuya instrucción en letras arábigas es indudable, según su propia confesión.

El señor Ribera y después el señor Asín han puntualizado de tal manera la dependencia de Lulio de escritores árabes, especialmente de Abenarabi, que ya nadie puede defender la tesis de la *iluminación* del místico mallorquín.

Lulio muestra en sus obras especial cariño hacia los musulmanes, nacido sin duda del estudio de los libros árabes; quiere introducir entre los cristianos algunas costumbres religiosas de los moros, como la de poner al principio de sus cartas el nombre de Jesús igual que "los sarracenos ponen el nombre de Mahoma", o la de separar en las iglesias a los hombres de las mujeres; alaba la devoción y religiosidad de los musulmanes; quiere introducir la práctica de cantar en las iglesias los nombres de Dios "como los sarracenos salmodian el Alcorán en las mezquitas"; según el método de los sufíes, declara en *Bianquerna* haber compuesto el *Libro del amigo y del amado*, probablemente tomando por modelo al *Intérprete de los amores*, de Abenarabi.

Lulio es un *sufí cristiano*, como dice Ribera. "Aquel despego suyo de toda orden monástica o regular; su profesión de solitario eremita en la que exclusivamente sirve a su *Amado;* aquel andar desnudo y pobre discurriendo de tierra en tierra, predicando, unas veces, por calles y plazas, en formas rudas, a grandes y pequeños, proponiendo que se taña por las noches un caracol para que las gentes cuiden de hacer examen de conciencia (a riesgo de que le tachen de fatuo y loco), otras, evangelizando por montes y valles, yendo a merced del cielo que le mantiene, o retirado en una cueva en extática contemplación, en compañía de su Amado, sin las soledades en que se encontraba en la humana sociedad: todo eso lo hacían por las costas de Africa, por él visitadas, multitud incontable de morabitos moros de su tiempo".

Muchos son los sufíes musulmanes que Lulio pudo conocer: Abensabín; el penitente y austero Abenhud; el guadijeño el Xestori, maestro de *zéjeles* y *moaxahas*, en que cantaba sus místicos amores; Abumedin, Alafif y otros varios. Pero con quien hay que relacionarlo forzosamente es con Mohidín Abenarabi.

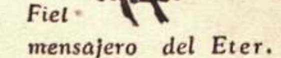
Mohidín y Lulio coinciden en las principales doctrinas de su sistema: para ambos la ciencia es una y busca lo uno; las ciencias se alcanzan por la fe y por el entendimiento, y cuando el razonamiento discursivo no basta, Dios lo descubre a sus siervos por iluminación, porque muchas cosas están "a la otra parte del monte de la inteligencia humana", como ya había dicho Proclo y antes Platón.

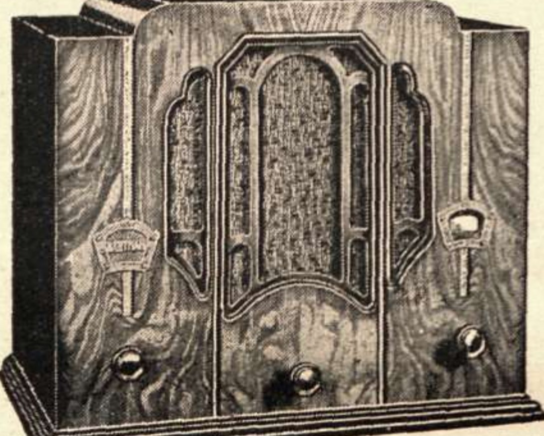
A. GONZALEZ PALENCIA

—¡Me parece que me han estafado al venderme este encendedor! (De *Gutiérrez* Madrid)



La bien merecida y extraordinaria popularidad alcanzada por los receptores HARTMAN es el franco reconocimiento por parte del público de las sobresalientes cualidades que distinguen a estos receptores y la cuidadosa atención técnica que les presta la organización que los respalda.

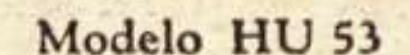


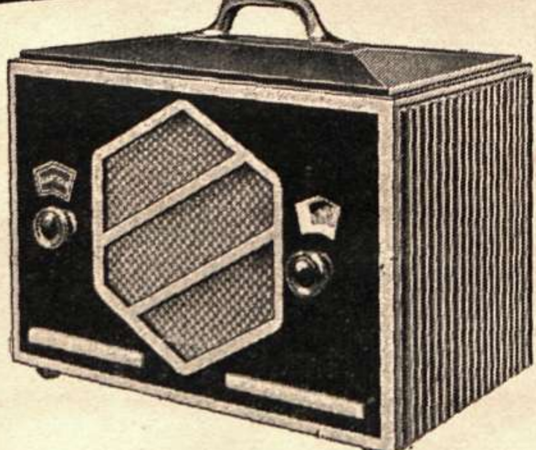


★

Modelo 451 A

para corriente alternada 220 voltios, de 5 válvulas, potente, nítido y selectivo, precio $ 185.-





★

Modelo HU 53

portátil, para ambas ctes. indistintamente, de 5 válvulas una verdadera "monada", precio . . . . $ 170.-

HARTMAN



DITLEVSEN & Cía Lda

Avda. Ing. Huergo 1335 Buenos Aires

ROSARIO CORDOBA PERGAMINO

AÑO XXXVII ◆ BUENOS AIRES, 30 DE JUNIO DE 1934 ◆ NUM. 1865

CARAS Y CARETAS

JOSE S. ALVAREZ
Fundador

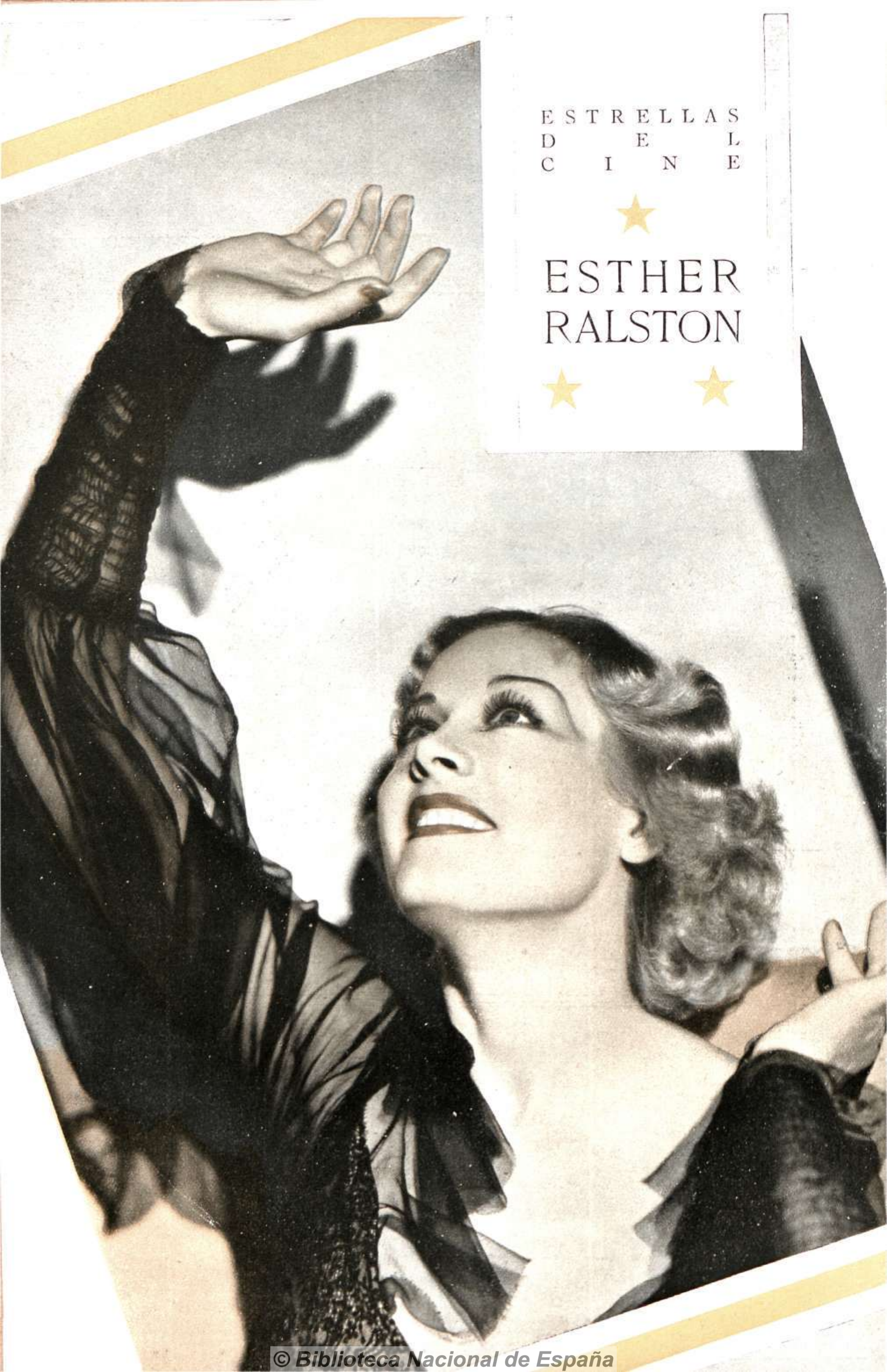


CALMA CHICHA

POR

HENDRIK
DUBBELS

RIJKSMUSEUM
AMSTERDAM


ESTRELLAS
DEL
CINE
ESTHER
RALSTON





Doctor Benito Nazar Anchorena, nombrado recientemente por el Poder Ejecutivo ministro de la Suprema Corte de Justicia.



Don Guillermo Valencia, ilustre poeta *colombiano y figura* destacada sudamericana, designado miembro correspondiente a la Academia Argentina de Letras.

Coronel británico P. T. Etherton, *ilustre huésped de la Argentina* que realizó en noventa y seis horas el viaje desde Londres hasta Buenos Aires.

FIGURAS SALIENTES







Don Francisco Méndez Gonçalves, condecorado con el grado de oficial de la Legión de Honor por el gobierno de Francia.

El director general de Correos *y Telégrafos*, doctor Carlos Risso Domínguez, condecorado con el mismo grado.

Don Ramón Tula, director de Correos, que ha sido designado Caballero de la Legión de Honor por el gobierno de Francia.

Doctor Hugo Walter Reilly, distinguido médico que hizo una interesante disertación sobre el tema "Ondas cortas electromagnéticas".

Don Domingo R. Chiappori, *que se ha jubilado como jefe* de la sección transportes de *Correos y Telégrafos*, después de brillantes servicios.

Don Herman Goldenberg, conocida figura de nuestros círculos deportivos y comerciales, condecorado con la Estrella de Rumania.







Viñetas mejicanas

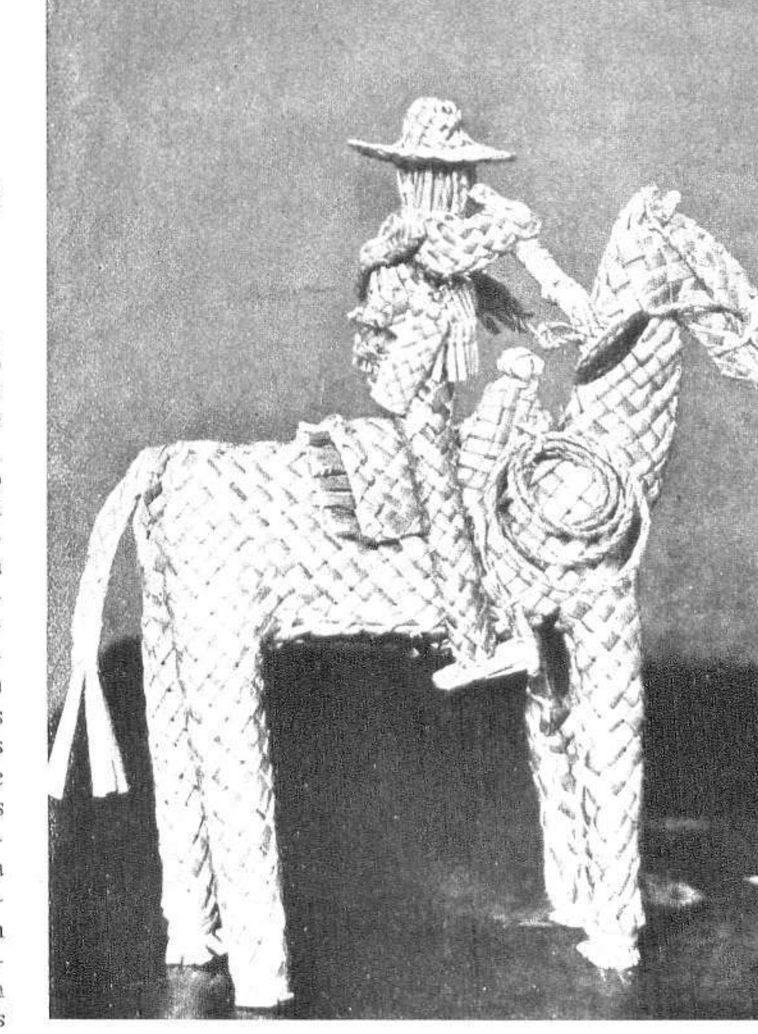


Desde los tiempos de los aztecas, en Méjico se usan las canastas de paja, o petates. Aquí vemos a una mujer del pueblo manipulando hábilmente la materia prima.

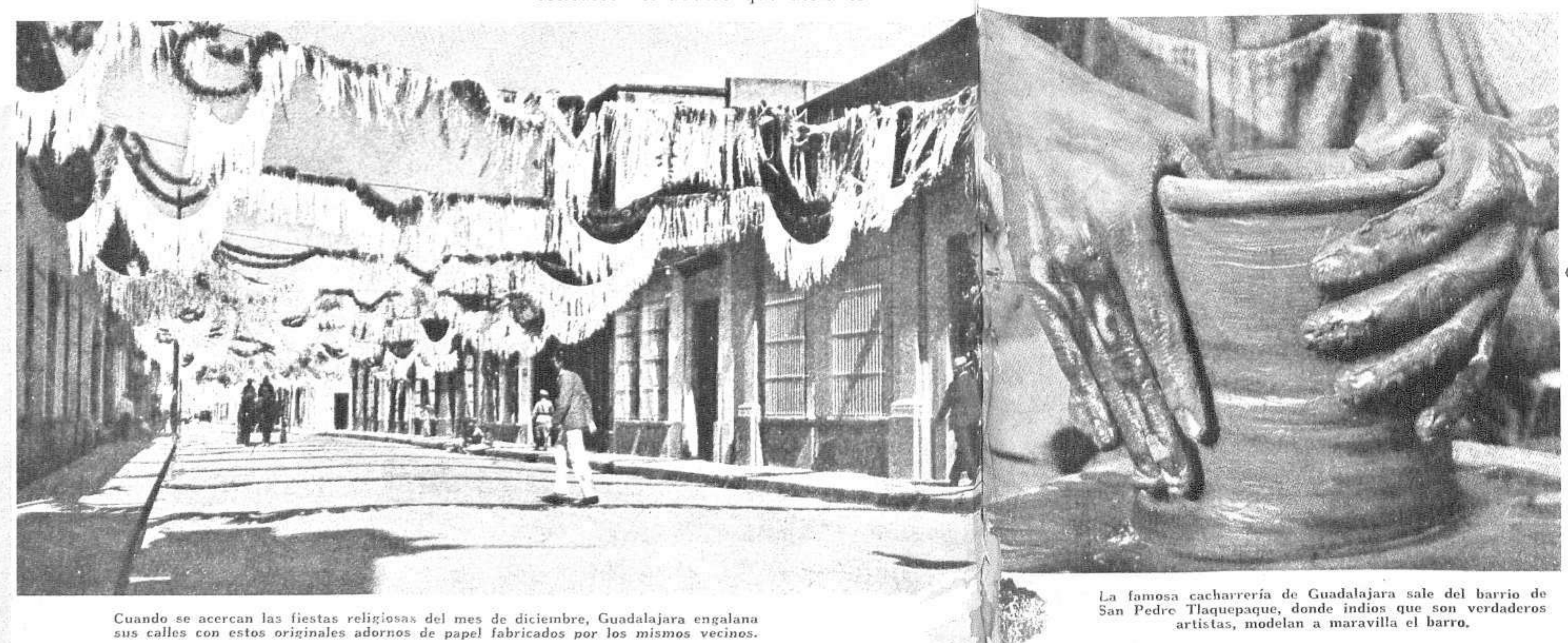


GUADALAJARA es una de las ciudades mejicanas más típicas y, al mismo tiempo, más modernas. Allí lo tradicional, lo antiguo, se enlazan armoniosamente con lo nuevo, con lo moderno. En general, Guadalajara presenta un aspecto edilicio enteramente tradicional y añejo. Pero sus ciudadanos y, sobre todo, sus ciudadanas, se hallan, como el resto del mundo, atormentados por un afán de modernidad. Las mujeres de Guadalajara tienen fama de ser las más hermosas de Méjico; y es natural que con la sola frecuentación de tales ángeles terrenos los hombres hayan conservado intacta la vieja galantería española. Puede verse aún en las calles de esta hermosa ciudad al último representante del memorialista. Pero este espera, ahora, a sus clientes, provisto del modelo más reciente de máquinas de escribir. Suele acompañarle un curioso y heterogéneo concurso: el abuelo que desea escribir a su nieto en el extranjero; el comerciante que manda recado a su socio en viaje; la enamorada que desea contestar a su ardiente Romeo, etc., etc. Mientras tanto, los vendedores pasan pregonando su mercancía a voz en cuello, con tonada melancólica. Llama la atención del viajero curioso la tienda primitiva y abigarrada del cacharrero. El cacharrero heredó los secretos de su industria de sus lejanos antecesores indígenas, pero ha sabido ponerse a tono con los tiempos y modela, además de los clásicos cacharros, estatuillas de barro representando a famosos personajes, nacionales y extranjeros. En las horas de mercado, la actividad de Guadalajara es realmente extraordinaria; allí dominan exclusivamente las mujeres y raramente asoma algún hombre en calidad de comprador. Es que los guadalajenses no ignoran la habilidad insuperable de la mujer para comprar bueno y barato...





Aunque los peones mejicanos no hayan oído hablar del arte moderno, lo siguen sin conocerlo, según se ve en las líneas de este juguete hecho de palo y cintas.



Cuando se acercan las fiestas religiosas del mes de diciembre, Guadalajara engalana sus calles con estos originales adornos de papel fabricados por los mismos vecinos.

La famosa cacharrería de Guadalajara sale del barrio de San Pedro Tlaquepaque, donde indios que son verdaderos artistas, modelan a maravilla el barro.



Durante los días de mercado, aparecen en las calles de Guadalajara los indios micholes, que vienen de regiones salvajes.

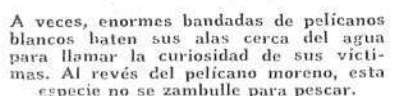
CARAS Y
CARETAS

La vida de los pájaros acuáticos

En tiempos de la última guerra, más exactamente, al comenzar el año 1918, se produjo en Estados Unidos una gran campaña en contra del pelícano. A causa de la guerra, los alimentos comenzaron a escasear, y las autoridades recomendaron al pueblo que hiciera mayor consumo de pescado. Las compañías pesqueras anunciaron entonces que miles y miles de pelícanos estaban dando fin a los peces de las costas. En Texas se dijo que nubes de pelícanos consumían en un solo día más pescados que todo el pueblo de Texas en un año. Los diarios comenzaron una gran campaña de alarma y entonces las autoridades designaron al doctor Gilbert Pearson para que hiciera una investigación científica antes de comenzar la destrucción del voraz pájaro. El doctor Pearson se embarcó a bordo de un patrullero e hizo un largo viaje hasta los sitios donde anidan los pelícanos.

El investigador comprobó, fácilmente, que si bien el pelícano es un insaciable consumidor de pescado, no destruye las especies comestibles para el hombre y que, en cambio, se alimenta de aquellos peces que no tienen valor en los mercados. Así se impidió la destrucción de un ave a la que se le atribuyeron, muy ligeramente, por cierto, actividades contrarias a la victoria. El pelícano negro, que es el que habita cerca de Estados Unidos, vive en pequeñas colonias, no muy numerosas, establecidas en islotes aislados, nunca demasiado lejanos de las costas. Los nidos son de ramas, donde se mezclan hojas y hierbas. Al hallar su presa, se deja caer rápidamente sobre ella con la cabeza casi escondida entre las plumas del cuerpo, para evitar la fuerza del choque con el agua. Luego, levanta vuelo majestuosamente, y si tiene hijos, conserva el pescado sin comerlo en el interior de su pico.

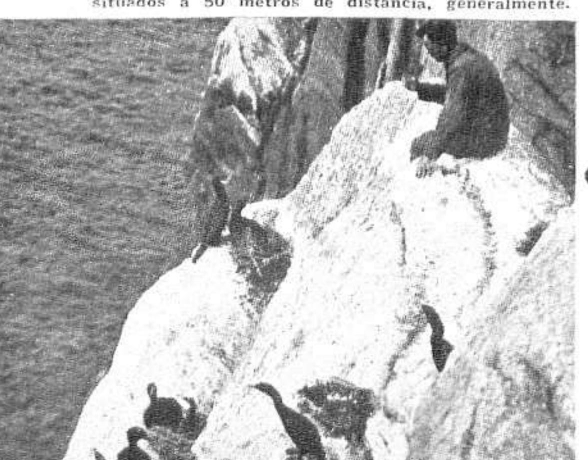
Cuando pesca, el pelícano moreno nada a favor de la brisa, pero cuando quiere levantar el vuelo, lo hace como los aeroplanos, cara al viento.

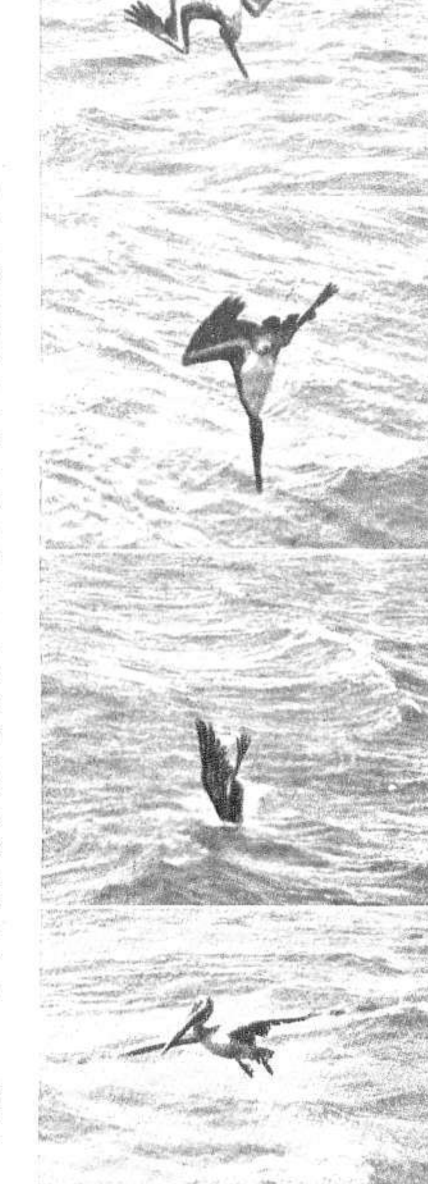


A veces, enormes bandadas de pelícanos blancos baten sus alas cerca del agua para llamar la curiosidad de sus víctimas. Al revés del pelícano moreno, esta especie no se zambulle para pescar.

Semejante a un pterodáctilo en miniatura, el pelícano moderno de las costas atlánticas de Estados Unidos vuela más de cincuenta millas en busca de su comida, manteniéndose a 10 ó 20 metros de altura.

Esta familia de cormoranes europeos de doble cresta se ha establecido en un peñasco cubierto de guano en la costa del Labrador. Sus nidos están situados a 50 metros de distancia, generalmente.





Cuatro felices instantáneas cinematográficas demostrando las fases del vuelo del pelícano moreno.

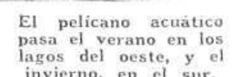


El colimbo nada y zambulle perfectamente a las pocas horas de haber nacido.



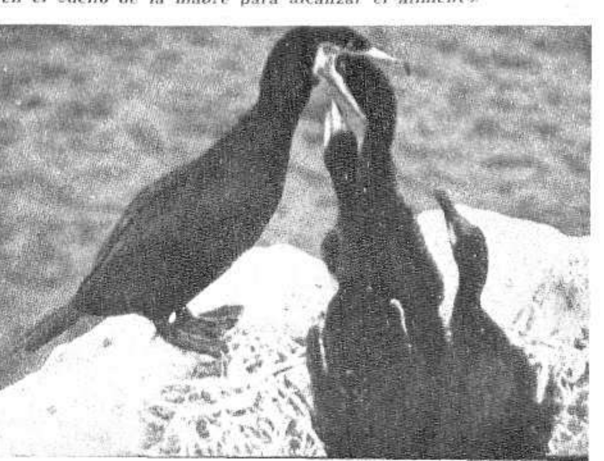
Cuando llega el invierno, el somormujo de cuello rojo vuela hacia el Labrador.





El pelícano acuático pasa el verano en los lagos del oeste, y el invierno, en el sur.

Preciosa instantánea donde se ve a un cormorán europeo, madre, alimentando a sus polluelos. Mientras son pequeños, los pichones meten la cabeza en el cuello de la madre para alcanzar el alimento.



Enlaces

Señorita Rosa Carossi, con el señor Jorge Martínez de Castilla.

Señorita Zulema Ricci, con el doctor Francisco Morchio.

Señorita Esther Bollo Svaldi que contrajo enlace con el doctor F. Rast Caviezel.

Señorita Susana Delfino que contrajo enlace con el señor Osvaldo Videla.

Señorita Dina Bontempi que contrajo enlace con el señor Héctor Marcone.







El presidente, doctor Arturo Alessandri, en el acto de la lectura del mensaje presidencial al inaugurar el nuevo período.

CHILE

El Presidente de la República de Chile, con el gabinete últimamente constituído que dirige el ministro del Interior, don Luis Salas Romo.

EL ROMANCE DE LILY PONS



Lily Pons.

La cantante Lily Pons, cuyo arte eximio se justiprecia debidamente en nuestra sociedad, vive en esta hora un romance de amor. Divorciada de su primer esposo, Augusto Mesritz, se halla comprometida con el médico del "Cap Arcona", doctor Fritz von der Becke, aristócrata alemán. El noviazgo ha sorprendido agradablemente en los círculos artísticos de la metrópoli y ha motivado numerosas felicitaciones a la gentil pareja, formada en este caso por el arte y la ciencia.



Fritz von der Becke.

El conde de Athlone pasando revista a los "gollywogs", negros famosos que bailan el "cake-walk" en el torneo real que se organiza en Inglaterra todos los años durante el mes de junio.

TRES FOTOS CURIOSAS

Carlos Morelli, de Carmen de Las Flores, "chico" de 16 años, que pesa la friolera de 124 kilos. Es ágil, y en su trabajo de carrero ha levantado pesos hasta de 130 kilos.

En uno de los principales circos de París actúa con mucho éxito este joven adiestrador de poneys, cuya edad no pasa de cuatro años y que es un experto artista.



EL REGRESO DE MAMA

Por PAOLA LOMBROSO

DIBUJO DE CABALLÉ

AQUEL no era un niño como todos los demás; y no por qué el pequeño Mario fuese extraordinariamente inteligente sino porque desde pequeño demostraba una exquisita y delicada sensibilidad nerviosa en la ternura que lo vinculaba apasionadamente a su madre.

¡Oh, que bien vivía el pequeño Mario con su mamá, siempre con ella! Ningún juego lo atraía como el placer de sentirse a su lado. La madre se sentaba en su silla baja frente a la gran cesta de la ropa lavada y él, de pie sobre el taburete, miraba hacia afuera. Pasaban frente a la casa los rieles de una vía férrea y desde la ventana se veían llegar y huir los trenes...

— Mamá, ¿necesitas el hilo colorado? Yo te lo alcanzaré; dime si lo quieres.

— Sí, mi querido ayudante; dentro de un momento. Ahora no, déjalo estar.

— ¿Y no precisas las tijeras para cortar? Tómalas, aquí están.

— Pero, querido, deja las tijeras, pequeño tócalo-todo; ¿no ves que ahora estoy cosiendo?

Y él continuaba impertérrito, revolviendo e' costurero.

— Hay otro dedal, más lindo que el tuyo, quiero dártelo.

— Pero, querido, ya tengo uno en el dedo.

— ¿Y el metro? ¿Tampoco lo necesitas? — y guiñaba los ojos riendo pícaramente: — ¿Y el alfiletero? ¿Y estas hermosas agujas para tejer?

— Sosiégate mi loquito querido, mi monito; ¡tú no me dejas hacer nada!

— Es precisamente lo que yo quiero, que tú no hagas nada y vengas a ver los trenes.

La madre en un principio se resistía, pero acababa por dejar la costura y le alzaba de pie sobre el alféizar de la ventana para que pudiera mirar hacia abajo; y él no sabía definir cuál de las dos cosas era más hermosa: si el estar allí levantado por los brazos maternos, abrazado a la madre que le besaba ya el pequeño cuello, ya los rubios cabellos, o el ver los trenes que llegaban jadeando y silbando entre remolinos de humo.

Luego la madre y él combinaban alguna linda sorpresa para el padre. Mamá iba a la cocina con el libro de "Los buenos manjares" como decía Mario, y preparaba una hermosa torta. Mario le brincaba alrededor ayudándola a su manera: tirando las cáscaras de los huevos, lamiendo las cucharas olvidadas con azúcar, mientras su naricita se estremecía para captar los buenos olores.

Nunca como en esos días, la madre y él aguardaban con tanta impaciencia el regreso del padre. Muy despacito iba al vestíbulo y abría la puerta para mirar por el hueco de la escalera. La madre que llegaba para reprenderlo echaba también ella una ojeada; y más tarde, cuando al fin el padre regresaba y se hallaba con la "sorpresa", las exclamaciones de maravilla y de ternura eran imacabables. Pero si Mario lo veía abrazar a la madre, se interponía egoístamente para recibir los besos de ambos.

¡Hermosos tiempos aquellos!

Mas, he aquí que empezó a hablarse de una hermanita que debía llegar.

— ¿Ves? — le decía la madre cuando salían de paseo y se cruzaban con nenas engalanadas de blanco y rosa; — tu hermanita será así.

Una mañana, Rosalía, la sirvienta, entró en su pequeño dormitorio y le dijo que lo vestiría ella para llevarlo al otro piso, donde vivían los vecinos, los Lange. Había mucho que hacer en la casa; mamá tenía que partir en busca de la hermanita...

— Puedo ir yo también con ella, me portaré bien, no la molestaré para nada...

Pero esta vez no le hicieron caso y le llevaron a lo de los Lange en donde él, más tarde, se desahogaba, relatando cosas grandiosas:

— Mamá va a buscar una hermosa nena toda vestida de blanco y ni bien llegue la bautizaremos. Habrá muchos confites y te daré a ti y a todos.

— A mí me darás aquellos que llevan licor adentro — imploraba la pequeña Marujita Lange.

Pero la madre no regresó nunca. Todos eran muy afectuosos con el pequeño Mario en esos días, y más aún cuando preguntaba por su mamá; entonces la señora Lange lo abrazaba en lugar de contestar y sus amiguitos le ofrecían todos sus juguetes.

— ¿Sabes, Mario? — le dijo un día la señora, — ahora tú vuelves con tu papá; pero debes ser muy buenito, obediente y cariñoso, porque ha quedado muy triste desde que mamá se fué.

— Pero ¿es que mamita se quedará lejos aún por mucho tiempo?

FRÍA es la vida de los niños de quienes ha muerto la madre; y más aún cuando, como el pequeño Mario, son plantitas delicadas, tiernas y sensibles, que necesitan para vivir una tierra tibia de ternura y sobre el rostro el aleteo protector de la maternal caricia.

¡Qué triste estaba su casa! Parecía desnuda, ahora, con los floreros vacíos, con la fruslería bonitas, con los retratos que mamá arreglaba con tanto gusto por doquier y que ahora Rosalía alineaba con escasa genialidad, simétrica y rígidamente como filas de soldados; con los muebles velados por las fundas grises y los almohadones amontonados como trastos inútiles.

— ¡Mamá no hacía así! — y el pobre niño se esforzaba en colocar las cosas como agradaban a mamá...

Mientras tanto no lograba comprender por qué aún no regresara, por qué no escribiera ni una palabra. Experimentaba a veces una sensación de espanto y otras de enojo pensando que ella lo hubiese dejado en esa forma y no le recordase ya...

— ¡Pero papá debía de saberlo, él, adónde había ido! Y Mario lo acosaba a preguntas en los momentos en que el pobre hombre, tratando de suplir a la ausente, lo asomaba a la ventana.

— ¿Y con qué tren partió mamita? ¿Y por qué tú no has ido con ella? ¿Y por qué no le escribes que regrese?

— Oye — le dijo Rosalía una vez que le oyó; — no debes decir esas cosas a papá; mamita ha muerto, está en el Paraíso.

Pero Mario, aunque vagamente sintiese que la muerte es algo triste y terrible, no conseguía explicarse la partida sin retorno de su madre, que se había ido sin despedirse... Y luego: ¿no resucitan los muertos? ¿No vuelven acaso, como mamá le había dicho al enseñarle las primeras plegarias, cuando los vivos los llaman, los desean, rezan con fervor y hacen algún sacrificio?

Así, a veces, cuando Rosalía bajaba a charlar con la portera, él gritaba fuerte, fuerte, en la casa desierta: "¡Mamá, mamá!", repitiendo el dulce llamado desesperadamente, para que ella oyera que su pequeño estaba solo y volviese a consolarlo con sus caricias. Y cuando llegó la estación de las cerezas tiraba por el balcón, una por una, todas las que había recibido en la mesa, implorando mentalmente: "¡Dios, haz regresar a mi mamita!"

Después de este sacrificio y de esta plegaria permanecía todo el día tembloroso aguardando ansiosamente: cada llamado lo precipitaba a la puerta de calle.

— ¡Oh! Si ella retornara de improviso y papá los encontrase a los dos esperándolo... entonces él, Mario, le diría triunfante: "¿Sabes? ¡He sido yo quien hizo volver a mamita!"

Pero el tiempo pasaba sin traer a mamá; y el pequeño Mario desmejoraba como una planta cuyas raíces se están secando. No tenía ya deseos de comer, ni de jugar; luego empezó a quejarse de un fuerte dolor en un ojo; le parecía unas veces tener adentro una espina, otras veía las cosas nubladas y otras corría a esconder su cabecita debajo de la almohada, porque la luz le arrancaba lágrimas y gritos de dolor.

Viendo que el pequeño continuaba quejándose

y decayendo físicamente, el padre, despertado, por el nuevo temor angustioso, de su dolor y de sus estudios, lo llevó a un oculista.

Mario oyó decir muchas cosas. Y el largo discurso del médico sobre su enfermedad, sobre "el caso raro e interesante", y la necesidad de una operación, grave por las condiciones delicadas de la criatura, lo angustiaba confusamente, no ya porque alcanzara a interpretar el sentido doloroso de las frases, sino porque veía al padre escuchar silencioso con la frente apoyada entre las manos.

Con la carita encendida, que desaparecía bajo un triste turbante de vendas, en la inquietud de la fiebre, la criatura volvía siempre su pensamiento dominante: la madre, como si el delirio se la hubiera nuevamente traído. Creía hablar con ella, jugar con ella, oírla reír y reprender como en otros tiempos. Cuando sentía sed le decía llamándola con el dulce diminutivo que empleaba siempre: "Mamy, tengo sed".

Y entonces la monjita que lo asistía, de ojos tan suaves y tan buenos bajo las blancas alas de la toca, le alcanzaba de beber, le arreglaba las sábanas, le componía en su camita.

Lentamente fué bajando la temperatura y al delirio sucedió una obscura y vaga conciencia, persistiendo en el niño la creencia de tener a su madre al lado.

— Mamy — suspiró un día, despertando sin fiebre.

— ¿Qué deseas, mi nene querido?

— Mamy, ¿es cierto que eres verdaderamente tú? ¡Mamy, mía, has vuelto finalmente! Estabas allí y yo sin darme cuenta! No puedo recordar por qué te fuiste.

— Cállate, parlero; tú debes quedarte quietito, sin hablar, sin moverte y sanarte.

— ¡Oh! Ahora que tú estás conmigo curaré en seguida: mamy, ¿por qué no me besas? ¡Cuántas veces te he llamado, pero tú no regresabas! ¡Qué triste está la casa cuando tú faltas!

— ¡Ricurita mía!

— ¡Mamá, mamita, mamy! Quiero repetirlo muchas veces... ¡Hace tanto tiempo que no decía tu nombre!

Le faltó valor a la hermanita para destruir la ilusión que llevaba al niño tanta dicha. El engaño inocente habría durado mientras los pobres ojos vendados quedasen cerrados a la verdad: menos doloroso sería arrancarlo de su error cuando la salud recobrada infundiera en el niño mayores fuerzas.

Y fué así como Mario creyó haber recobrado a su madre.

La tarea habría sido demasiado pesada para la fantasía de la pobre monjita, pero el pequeño se encargó de guiarla, enseñándole todo aquello que debía hacer, punto por punto. El ingenuo e infantil parloteo, evocando el recuerdo de los días felices, la inició en los dulces misterios de la maternidad.

— Mamy querida — murmuraba la criatura, — dime, ¿dónde estabas cuando yo te llamaba y tú ni venías, ni escribías siquiera una carta?

— Mi nenito bueno, me hallaba en un país lejano en donde las personas que se adormecen ya no despiertan: ¿sabes, Mario? Allí no se oye nada, nada, ninguna voz, ningún llamado.

— ¿Como en el cuento de la bella dormida en el bosque?

— Sí, exactamente como en el cuento. Pero cuando en sueños se me apareció mi nene enfermo, todo vendadito, me desperté y he corrido aquí, al lado de mi Mario.

— Mamy, ¿por qué me dices siempre Mario tan sólo? ¿No recuerdas cómo me llamabas antes? Coco, pulgarcito, tesoro, pajarito, así me nombrabas. Y ¿sabes cómo le apoda la señora de Lange a su nena? La llama jilguero y mariposita. Todos los niños tenemos estos nombres que nos dan nuestras madres. Y ustedes, los mayores, ¿no tienen también hermosos nombres?

— Mi tesorito, ¿cómo quieres tú que yo lo sepa?

— Pero sí, mamy, tú debes decir que también los hombres tienen palabras especiales para ser llamados, palabras que les agradan: papá es profesor, el señor Lange es comendador. Y mucho cuidado con olvidarse de decirle comendador...

— Yo también, ¿sabes pajarito? tengo ahora otro nombre: me llamo sor Teresa de los pobres.

— ¿Y no recuerdas aquel que te daba papacito? "Amada", te llamaba él, y yo tenía celos porque te besaba mucho y hubiera querido ser tan solo yo el que te cubriera de caricias. ¿Es por eso que ahora ya no te besa? ¿Para que mamy sea mía únicamente? Yo también te diré "amada".

— Pajarito mío, sosiégate de una vez. El doctor quiere que quedes quietito y callado.

— Es que yo tengo que saber aún muchas cosas de mi mamy. ¿Por qué no has traído a la hermanita? Yo le decía a Rosalía todos los días antes de enfermarme: vamos a la estación para ver llegar la pequeña.

— Pajarito, yo deseaba una nena linda y buena como mi Mario y no la encontré: busqué, busqué mucho, pero la verdad es que no había ninguna.

El niño sonreía persuadido; con o sin hermanita, lo trascendental para él era tener a su madre cerca y persistiendo en su única preocupación decía a sor Teresa:

— Rosalía afirmaba que no deberías regresar jamás. Pero yo, mamy, no comía nunca mis cerezas y las arrojaba por la ventana para que Dios te hiciera volver.

— ¡Mi nenito querido! — y tiernamente la hermana besaba los labios en los cuales habían florecido esas palabras de profunda fe y de indomable y vana esperanza.

Durante los primeros días ella casi sintió remordimientos ante el engaño; le parecía abusar de la confianza de la criatura. Pero bien pronto todo temor se desvaneció; sin que se percatara de ello una nueva ternura se anidaba en su callada alma conventual. El sentimiento femenino invencible de la maternidad, que había involuntariamente comenzado a simular, convirtióse poco a poco en su corazón, en algo vivo y palpitante. Esa revelación la turbaba a veces como un pensamiento pecaminoso, y a veces le repicaba vibrante y llena en el alma, como voz de órgano, despertando ecos ignorados, descubriéndole de súbito el sentido oculto y misterioso de la vida.

Le habían inculcado que el amor, el hogar, la familia eran tentaciones infernales de profanidad, de sensualidad y de lujuria; y ahora, de los labios puros de aquel niño de seis años ella aprendía el nuevo evangelio de las buenas y santas dichas concedidas a los hombres, que los hombres deben tratar de conseguir, y que el claustro y la regla le habrían para siempre arrebatado de su vida.

Cuando el nene se dormía, quedaba inmóvil, el rosario entre las manos, la mirada fija largamente en el retrato de la joven madre, colocado cerca de la cama del niño, persiguiendo con el pensamiento algo invisible. Interrogaba silenciosamente

el rostro sereno, resplandeciente de juventud, iluminado por la suprema dicha de vivir, ajeno al pálido pensamiento de la muerte que, hosca e imperiosa, aleteaba a su alrededor. ¡Qué cruelmente y qué pronto había sido, a los veinticuatro años, arrancada a la vida! Pero la joven planta había tenido perfume de flores y dulzura de frutos. ¡Ni flores, ni frutos matizarían la vegetación triste de su vida conventual!

En la brevedad de su existencia, la vida había otorgado todo a la muerta: había amado, había sido amada, había gozado la dicha arcana de abandonarse confiada a un brazo viril, había sido a la par niñas sumisa y dulce señora de un hombre... Y con el amor había llegado la maternidad; había llevado en su seno una pequeña criatura y habia vivido el momento maravilloso de ver brillar la luz en la minúscula vida, desprendida de la propia vida. Bajo su mirada la criaturita había crecido lo suficiente para comprender la dulzura apasionada de su cariño y retribuírselo cien veces al día, al enlazar con sus bracitos su cuello y musitarle al oído la música suave de los nombres tiernos: mamy, mamita mía.

Y ahora esas caricias y esas palabras se derramaban sobre ella, pobre monjita, que nada conocía fuera de los muros de un convento y las crujías de un hospital.

Así, bajo la tibia ternura del pequeño, su alma se abrió al deseo indefinido, al inconsciente añorar de aquellas dulzuras jamás vividas, consideradas siempre cuales tentaciones pecaminosas.

¡Ser verdaderamente la madre de un hijo propio! Ahora ya no sentía vergüenza ante las ingenuas alusiones del niño que solían antes sonrojarle el rostro, porque por un nuevo instinto comprendía ahora que puede, en la gloria del amor, subsistir la verecundia, tal el perfumado velo de incienso que cubra la celebración de un rito misterioso.

A veces, algunas palabras de la criatura turbaban sus sentidos, haciéndola soñar:

—Mamy, ¿volveré a jugar en tu cama cuando esté sanito? ¿Recuerdas?

La señora de Lange visitaba todos los días al enfermito y para secundar la piadosa mentira llamaba a la hermanita con el nombre de su amiga muerta "María", hablándole de infinidad de cosas pasadas que inteteresaban al pequeño e intimaban a ella, pobre monjita, en el querido secreto de las dulzuras del hogar.

—¡Qué buena es señora, viniendo todos los días a verme y a hacer compañía a mamy! Nunca sale, la pobrecita. ¡Y le gustaba tanto pasear con usted!

La hermanita sonreía malancólicamente.

—¿Cómo podría dejar a mi nene?

—Bueno, pero debieras hacerte un lindo vestido: un vestido rosa. ¿Verdad, señora, que usted también decía que a mamy le quedan muy bien los vestidos rosas?

La monjita, asintiendo, miraba su tosco sayo...

Pero lo que mayormente le infundía viva y palpitante la ilusión de la maternidad, con sus goces y sus martirios, era la mágica influencia que ejercían sobre la criatura para distraerla, calmarla y adormecerla.

El pequeño estaba cada día más enfermo y, al verse siempre en cama, con los ojos vendados; y tan débil que ni siquiera podía moverse, se irritaba fácilmente.

—No quiero más estas vendas; quiero ver. Y si ustedes continúan teniéndome vendado y a oscuras, no comeré más, para contrariar al médico y a todos.

Entonces ella se le ponía casi encima, con el rostro apoyado a la carita y lo consolaba tratando de persuadirlo:

—Mi Mario, mi nenito santo, ¿por qué haces así? Me da tanta pena el verte sufrir y si tú te desesperas y te quejas siento yo también deseos de llorar. ¡Si yo pudiera arrancar esas feas vendas que tanto te molestan, queridito mío! Quisiera tener yo tu mal y no puedo... Yo trato de hacerte compañía y de distraerte para que tú no te aburras... Pero si dices esas cosas tan feas, creeré que no sé agradarte y que ya no quieres a tu mamita...

Y lágrimas verdaderas, que él no podía ver y que ella enjugaba apresuradamente, nublaban sus pupilas y ponían temblor en su voz.

—¡Oh!, mamy adorada, no digas eso; guardaré la venda y tomaré los remedios, pero no quiero que llores.

Y después de un momento, malicioso y tierno, le susurraba quedamente:

—¿Quieres que te haga ver las lauchitas verdes, como decías tú antes?

Le parecía milagroso el poderlo consolar y calmar como una verdadera madre.

¡Oh! Si la madre de Mario hubiera regresado, le habría sido imposible velar sobre la criatura con mayor pasión, espiar con más ferviente ansiedad todos sus deseos tratando de complacerlo, narrarle incansablemente con mayor paciencia los cuentos inacabables, y quedar levantada las noches enteras para guardar entre las suyas las manitas afiebradas; ni con mayor desgarramiento habría la verdadera madre espiado la triste sentencia del médico, que a cada visita sacudia desalentado la cabeza.

—¿El ojo? No se trata de eso por ahora; el ojo podría sanar. Pero el organismo debilitado no resiste ya, se agota poco a poco...

Si el médico hubiera podido leer en el alma de la hermanita, habrían sido sus palabras menos crudas. No era una enfermera la que le escuchaba, era una madre: una madre que se ve arrebatar su criatura, la criatura que un milagro le ha ofrendado.

¡Cuántos votos insensatos hizo ella en voz baja durante las silenciosas largas y acongojadas horas! Si el nene se salvaba, ella arrojaría el velo para dedicarse enteramente a él...

Le habían enseñado que todo acontece por obra y voluntad de Dios; pero tenía ahora arranques de rebeldía en contra de la divinidad que, poco a poco, inexorablemente, le arrebataba su nenito adorado.

Ninguna partida fué más apacible y serena que la del pequeño Mario. Un día, la voz tenue se fué debilitando para extinguirse en una última palabra — mamy — quedamente, sin sufrimiento: y, de los brazos de la humilde hermana, lo recogió la madre con quien acababa de reunirse para siempre.

Cuando después de componerlo en el lecho, comprendió que el piadoso engaño había terminado, en un arrebato desesperado de angustia y de gratitud por esa maternal dulzura acabada para siempre apenas nacida, la pobre monjita sollozó con el desconsuelo infinito de su desesperación:

—¡Mi pequeño, mi pequeño, mi pequeño!...

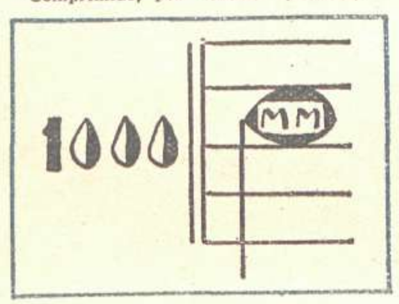
TRADUCCION PAOLA LOMBROSO DE G. L. A.

Nº 1
Logogrifo-jeroglífico, por Humberto Monti (Coronda, F. C. Santa Fe)

PLANETA

4 5 3 1 2

Nº 2
Comprimido, por "Stella" (Ciudad)



Nº 3
Metátesis, por Beatriz I. Franceschi (Miramar, F. C. S.)

1 2 3 4 5 6 7 NOMBRE FEMENINO
4 3 6 5 1 2 7 NOMBRE FEMENINO

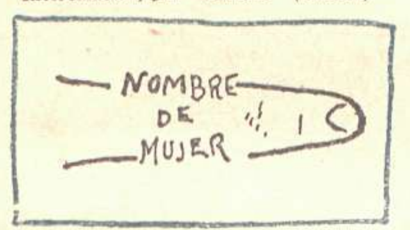
Nº 4
Comprimido, por Julio A. De Seta, (Burzaco, F. C. S.)

NOMBRE FEMENINO 50 :

Nº 5
Comprimido, por Gerardo Nebila (Ciudad)

NOTA ARREGLO

Nº 6
Intercalación, por "Falucho" (Ciudad)



Nº 7
Monoverbo a frase, por "Dempsey" (Montevideo, R. O. del Uruguay)

REMEDIO

Nº 8
Monoverbo encadenado, por "Dempsey" (Montevideo, R. O. del Uruguay)

VIRTUD VERANIEGA

Nº 9
Charada a vocablos, por "Dempsey" (Montevideo, R. O. del Uruguay)

Me preguntas si con "Dios"
la "felicidad" se halla...
Ese es un punto que no falla,
y esta "planta" es portavoz
de una verdad de tal talla.

Nº 10
Proverbio a frase, por T. Legarreta (Bánfield, F. C. S.)

VIVO
BOXEADOR

Nº 11
Interpretativa, por T. Legarreta (Bánfield, F. C. S.)

49 . 99

Nº 12
Frase semi-interpretativa, por T. Legarreta (Bánfield, F. C. Sud)

Y : — X

SOLUCIONES CORRESPONDIENTES AL CONCURSO DEL MES DE ABRIL DE 1934

Número 1853 (7 de abril). — Número 1: Sobresaltar; 2: Dominó (juego), dominó (disfraz); 3: Durante; 4: Avena (cereal), vena; 5: No tiene pies ni cabeza; 6: Paciencia; 7: Raso-Rosa; 8: Cero pinta r (Carpintero); 1234 56789 0 1935678204; 9: Antecámara, 10: Duro de pelar; 11: Género alegre.

Número 1854 (14 de abril).—No apareció la sección.

Número 1855 (21 de abril). — Número 1: Pantaleón; 2: No hay nada nuevo bajo el sol; 3: No hay flor sin truco; 4: Carta; 5: Isis-Isis; 6: Claros-Carlos; 7: Cámara; 8: Retirada en derrota; 9: Silvano, avisos, aviso, lino, oso, la, a.

Número 1856 (28 de abril). — Número 1: Dolores; 2: Contendor; 3: Permiso; 4: Muy malos antecedentes; 5: vela proa "Pavo real"; 6: La ley antes que nada; 7: Olvido; 8: Jumento ra (Juramento); 9: La cuerda se corta por lo más delgado; 10: Sin faltar una coma; 11: Pala.

RESULTADO DEL CONCURSO DEL MES DE ABRIL DE 1934

Por soluciones. — Primer premio, señor M. Di Muro, Conde 1187 (ciudad); segundo premio, señor Mariano Redondo, Cabildo 2940 (ciudad).

Por colaboraciones. — Primer premio, señor Roque A. Delucа, Brasil 2686, (ciudad); segundo premio, seudónimo "Cholita", señorita Cholita Gutiérrez, Ministro Ramón Gómez, Chaco.

Nota de la redacción. — Los premios deben reclamarse en la Administración de esta revista y no al redactor de la sección, muy especialmente, los ganadores del interior y exterior.

Concurso de junio. — Se reciben soluciones hasta el 15 de julio próximo inclusive.

Véanse las bases en el primer número de cada mes (con premios).

CONCURSO DE PASATIEMPOS
JUNIO DE 1934
CUPON Nº 1865

LAS DESVENTURAS DE MANECO

POR LINAGE



1



2



3



4



5



6



7



8



9



10



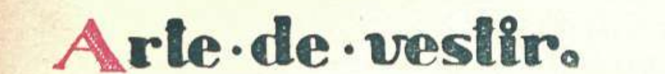
11



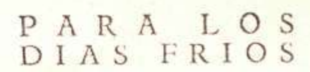
12

DOS MODELOS PARA FIESTA

Distinción en el Arte de vestir.



PARA LOS DIAS FRIOS





Los dos están realizados en terciopelo "chiffon". El primero lleva como único adorno dalias en el escote y los hombros descubiertos en cortes muy originales. El segundo está combinado en las mangas y cintura con "chiffon" blanco; la simplicidad de la línea realza su elegancia.

Tapado de gruesa lana con cuello y puños de zorro. Los hombros cuadrados, como lo exige la moda, adornados con pespuntes, igual que los bolsillos.

Tailleur" en casimir, compuesto de saquito suelto y vestido, con bonito drapeado blanco que pasa por el cuello del saquito y se anuda en el centro.

LA MODA DE LOS "PULL - OVERS"



1 Ejecutado con agujas y combinado en colores. Está hecho con puntos de lado. La espalda se hace como el delantero comenzando por abajo, y las mangas, por los puños.

2 Chaqueta ejecutada en punto "gaufré" nuevo, el que produce el efecto de una tela. Se dejan los ojales en la parte delantera y se le colocan botones de "galalit".

3 Es un "sweter" de tinte neutro y se adapta para todas las ocasiones. Ejecutado a palmetas, y completado con un cinturón de box obscuro.

· Labores ·



PARA EL ADORNO DEL HOGAR

PAISAJE A PUNTO DE CRUZ

Guarda en punto de cruz, aplicable sobre filet o tela de hilo, para diversas labores, como ser: carpetas, "stores", etc.

Se puede aplicar en dos colores, o en varios, como el dibujo, utilizándose hilo mercerizado o lana.

Puede realizarse en terciopelo negro y lana, para almohadones, dejando en las partes obscuras el terciopelo como fondo y llenando la parte blanca del cielo en celeste muy claro.

Resulta un trabajo original y de gran efecto.


María Elina Rodríguez Bustamante de Demaría.

Mujeres de actuación destacada

María Elína Rodríguez Bustamante de Demaría

Educadora, escritora, poetisa, conferenciante y comentarista. — Autora de numerosos trabajos de índole pedagógica y social. — Una carta de Marañón.

Por ***ADELIA DI CARLO***

ESTA joven y robusta inteligencia vió la luz en Buenos Aires, en mayo de 1896. Encarriló sus estudios en una profesión que tiene mucho de sacerdocio: la de maestra. Su vocación se vió cumplida. Egresada de la Escuela Normal de Maestras Nº 3 de la Capital, con el título que justificaba su preparación docente, fué nombrada en 1914 en la Escuela Normal de Lomas de Zamora, donde ha actuado como maestra de grado y desde hace tres años ocupa el cargo de regente de la misma escuela, desempeñando la cátedra de Práctica y Crítica Pedagógica.

Sus primeras manifestaciones literarias las exteriorizó siendo alumna de la Escuela Normal, y ha continuado cultivando la poesía, hacia la cual se siente fuertemente inclinada. Con acento de sinceridad nos expresa la señora de Demaría que en ese cultivo no la anima otra pretensión que la de traducir estados de alma.

La señora María Elina Rodríguez Bustamante de Demaría, ha colaborado en las revistas de la Biblioteca del Consejo Nacional de Mujeres, "Estímulo al Estudio" y "Orientación", estas últimas dirigidas por el señor José Eugenio Compiani, y en el diario "La Razón" con algunos versos y poemas.

Bajo el lema "Ternura" presentó sus "Poemas Maternales" al concurso literario organizado por la Biblioteca antedicha en el año 1930, siendo premiados. Ha dado en centros culturales, entre otras las siguientes conferencias: "La mujer en el hogar y en la sociedad", "El alma de la mujer del Plata a través de su poesía", "La sensibilidad poética de Gabriela Mistral", etc., etc. Le interesan los problemas de educación y de carácter pedagógico y filosófico. Ha publicado trabajos de tal índole en las revistas que se citan: "Revista de Instrucción Primaria" de la ciudad de La Plata, en la del Colegio Libre de Estudios Superiores de la Capital Federal y en el "Boletín de Educación de la provincia de Santa Fe".

La señora de Demaría presentó al Congreso Pedagógico realizado en 1932 en La Plata, un estudio sobre "La educación moral del niño", que mereció distinción especial. Tiene en prensa un libro de lectura para sexto grado, selección cuidadosa de trozos de autores nacionales, de cuyo prólogo extraemos los siguientes párrafos: "Desfilarán en sus páginas: la pampa y la montaña, el gaucho de las campiñas y el opulento señor de las ciudades, el rústico obrero y el forjador de ideales, de ciencia y de cultura; cielo y mar, canto y dolor, la paz de los campos y la febriciente actividad de los puertos; la acción y la obra, la idea y la forma, y todo será "vida nuestra" animada por sentimientos de belleza y de humanidad. El recuerdo escolar inolvidable, el amor a la lumbre del hogar paterno, las ternuras maternales, la sencillez natural y espontánea, la actividad optimista, el pensamiento vigoroso y fecundo y el sentimiento sano y hondo van unidos en estas páginas, para identificar maestra y alumnos en un ideal de progreso y de paz, principio de unión nacional y de acercamiento en la concordia universal".

Tiene realizados y publicados algunos trabajos. Entre ellos, los siguientes: "Líneas generales de la nueva educación; Análisis y comentarios de "La ley biogenética y la escuela activa" de Adolfo Ferriere, de "Vieja y nueva moral sexsual" de Bertrand Russell, de "Educación y plenitud humana" del profesor don Juan Mantovani, de "Amor, conveniencia y eugenesia" del doctor Gregorio Marañón. A propósito del estudio de este último libro, recibió la señora de Demaría, el año próximo pasado, la carta fechada en Madrid el 1º de agosto de dicho año, que transcribimos textualmente: "¿Qué dirá usted de mí, señora, al recibir estas líneas que deberían llegar a sus manos, que beso, hace tres años casi? Perdóneme, porque mi vida es de tal tensión, que un año se me pasa como un día. Pero en este vértigo, nada se me olvida. Y el sentimiento de admiración y de gratitud hacia usted, está ahora, al coger la pluma para escribirle, tan vivo y fresco, y aun más madurado, que cuando leí sus admirables comentarios, tan certeros, tan esquemáticos, tan imparciales, aunque excesivamente bondadosos acerca de mi libro. Vaya, pues, mi gratitud hacia esa lectora lejana, que ha hecho lo que un autor no puede olvidar nunca: *leer, leer*, es decir, rumiar un libro; anotarlo y decir luego — y tan bien como usted lo dice — lo que le parece. Guardo sus cuartillas, se lo aseguro, señora, como uno de los éxitos que más me satisfacen de mi vida de escritor y propagandista. Muy suyo, devoto amigo. Firmado: Gregorio Marañón."

La señora de Demaría figura entre el núcleo de poetisas argentinas de la "Antología de la poesía femenina", que publicaron en 1930, los señores Maubé y Capdevielle.

A los encantos de su mente nutrida y sólida, a su obra de educadora, escritora y conferenciante, se aúnan en ella su belleza moral y física. Es mujer en la más hermosa acepción de la palabra. Esposa y madre por disposición de su alma y la expansión natural de sus facultades. En el cumplimiento de estos deberes derrama todas las suavidades y su encantadora ternura. Salud, fuerza, ciencia, prudencia, fortaleza, templanza, caridad encendida, fe irreductible, esperanza indesarraigable, conciencia estricta y conciencia perfecta del bien que pueda hacer. De tales virtudes está dotada esta maestra, madre, esposa, escritora, oradora de palabra fácil y de concepto profundo; graciosa, activa, inquieta, estudiosa, renovadora, con sed de saber, de superarse, de avance entusiasta y optimista. Lee y comenta, enseña y escribe. Y en este avance femenino cada día más marcado hacia las actividades de la mente en cualquier terreno, ella crea una dulce simpatía a su paso. Sensible a la percepción y apreciación de los valores espirituales, ella con clarísima visión, comprende cuánto espera nuestra sociedad trabajada y cansada de las madres cultas, que las mujeres que han descollado y descuellan en las actividades artísticas y científicas, fueron grandes y fuertes porque supieron imponerse por su alma primero que adquiere esas virtudes porque cediendo a un natural instinto maternal satisfecho o no, tiene siempre a flor de labios *¡una canción de cuna que apacigüe el corazón de los hombres!*

La función de educar, ¿no es acaso una función maternal? Obra de renunciamiento y de altruísmo, de bondad y de abnegación es la que cumple para su gloria la señora de Demaría.

Adelia di Carlo

NUESTROS NIÑOS





CARLOS ALFREDO DE ROSE

JOSE ALBERTO BATTOLLA



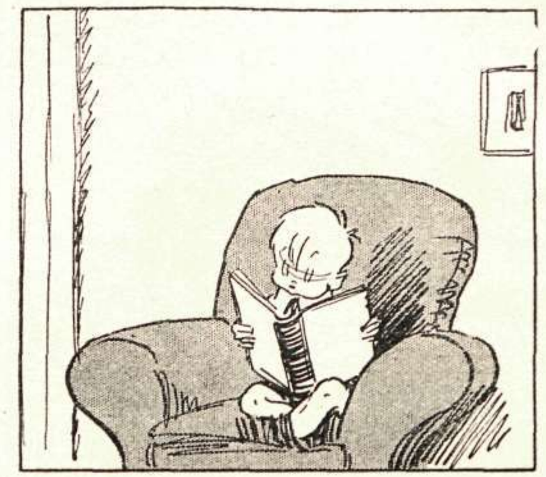
PERY y ALFREDITO

PASCUAL GARRIDO BIXIO

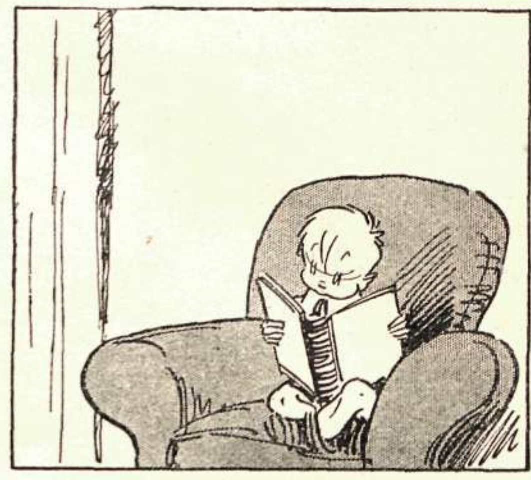
Las aventuras de Chingolo

Por PERCY CROSBY

LO MEJOR ES NO ACORDARSE DE NADA



1 —*Muy interesante lo que dice el profesor* Sabetodo y Nosabenada, en su libro, sobre la memoria.



2 —Este párrafo es notable: "El hombre sin memoria, es como un pastel sin dulce"...



3 —*Por ejemplo:* me acuerdo perfectamente, ahora, que Tijera se olvidó su gorra en casa...



4 —Bueno, Tijera es un fenómeno: si pudiera destorníllarse la cabeza, se la olvidaría en todas partes.



5 —En cambio, yo, me acuerdo hasta de la primera camisa que me puse.



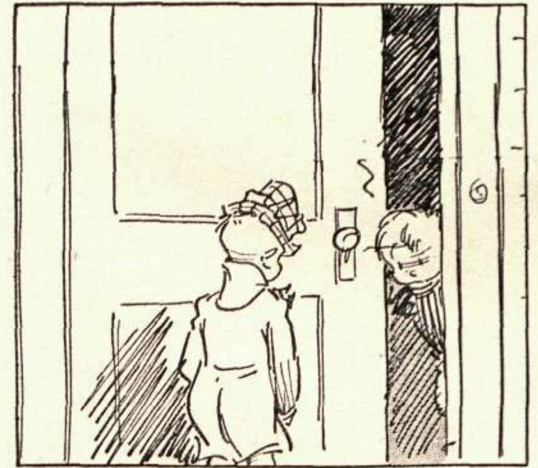
6 —Pero siempre me olvido de las palizas que me dan, por unanimidad de votos, padre y madre.



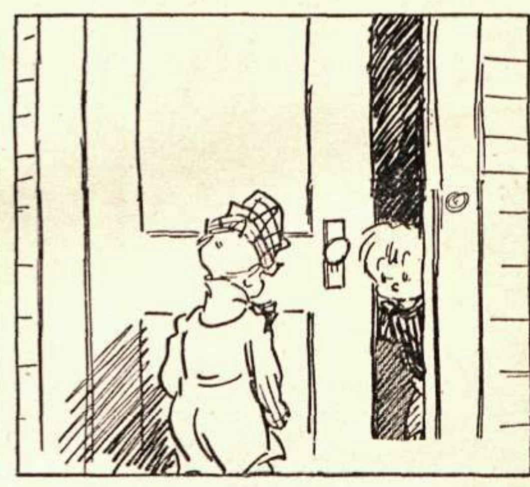
7 —Vamos a ver qué dice Tijera: a lo mejor no se acuerda de que tiene coco...



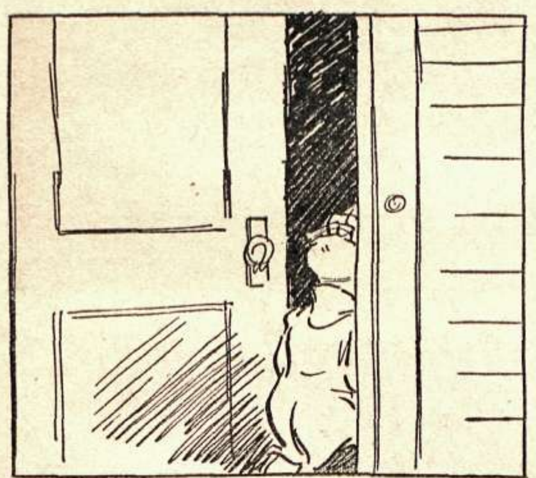
8 —¡Hola, Tijera! Aquí está tu gorra...
—Pero ¿yo tenía gorra?



9 —¡No te dije! ¡Qué poca memoria tenés, Tijera!
—¡Me extraña, Chingolo!



10 —Aprendé de mí, que nunca me olvido de mi gorra. La llevo como pegada en la "cucuzza".



11 —Bueno, Chingolo, gracias. Pasá, que te voy a convidar con un vaso de leche bien tiré y unas vainillas a la pumarola.



12 —Da gusto cuando uno tiene amigos tan amables y lo convidan, aunque sea con leche. ¡Lástima que Tijera se olvide la gorra a cada momento!



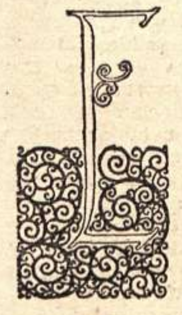
Pablo Osvaldo Valle,



popular figura de la radio

LA personalidad de Pablo Osvaldo Valle, actual director artístico de Radio Nacional, se ha plasmado tras una larga e intensa actuación microfónica, cumplida con extraordinario acierto y no poco tacto. Primero como locutor, Valle adquirió una popularidad de vastos alcances en el mundo de los radioescuchas. Correcto, sereno, culto y despierto, el "speaker" fué subiendo de categoría hasta llegar a ser lo que al presente es: uno de los más firmes puntales de Radio Nacional.

DEL CAMINO RECORRIDO POR LAS ONDAS ELECTRICAS



L problema, nada fácil y muy obscuro, sobre la trayectoria que siguen las ondas eléctricas al comunicarse dos estaciones, emisora y receptora, entre sí, es de suma importancia para el físico. De aquí que el P. Gianfranceschi, S. J., director de la estación Radiovaticana, dedique tantas energías a este interesante problema.

Ultimamente ha publicado en "Scientiarum Nuncius Radiophonicus", una nota en que da cuenta de los recientes experimentos que en dicha estación ha llevado a término para aclarar esta cuestión, coadyuvado por los directores de la estación 2 M E de Sydney (Australia). Las ondas emitidas por la Radiovaticana eran recibidas en Sydney y reemitidas a la estación emisora, donde quedaban inscritas, tanto las ondas emitidas como las reexpedidas, lo cual facilitaba el cálculo del tiempo transcurrido desde la emisión a la nueva recepción.

El aparato que se utilizó fué el que, del nombre de su inventor, se llama belinógrafo, y sirve para trasmitir, por telegrafía con alambres, imágenes fotográficas de objetos u ondas eléctricas.

El modo de operar fué el siguiente: Sobre el papel ennegrecido que cubre el cilindro transmisor del aparato se había trazado una línea recta blanca en el sentido de la generatriz del cilindro. Cada vez que la línea, al girar el cilindro, pasa por delante de la lente que concentra la luz sobre la célula fotoeléctrica, se origina una corriente que da lugar a ondas que constituyen las señales emisoras.

En el cilindro recubierto de papel fotográfico del aparato receptor del mismo belinógrafo se inscriben, no sólo las ondas emitidas por la Radiovaticana, sino también las que reexpide la estación de Sydney, y cada una en su propio instante. Y puesto que el cilindro gira con velocidad conocida, es fácil, de la medida de la distancia que separa las dos señales, deducir el tiempo que han tardado las ondas en salvar la distancia entre el Vaticano y Sydney a la ida y la vuelta. Sobre todo, porque la retransmisión se hace instantánea y automáticamente.

La línea blanca trazada sobre el cilindro mide varios centímetros de longitud, y el movimiento helicoidal del cilindro proviene de un paso de rosca de 0'2 mm., de modo que en cada centímetro de la línea se puede repetir el fenómeno 50 veces.

Algunos de los resultados obtenidos son: La distancia entre dos señales viene dada por 23'9 milímetros, la velocidad de rotación del cilindro es de una vuelta por segundo de tiempo, la circunferencia del cilindro es de 208'8 mm.; de todo esto se deduce que la longitud de la trayectoria, calculada por la distancia de las señales es de 34.340 kilómetros.

El error de apreciación, en la medida de la distancia en la prueba fotográfica, puede llegar a 0'1 de milímetro, el cual representa en el cálculo de la longitud de la trayectoria un error de 144 kms.

La distancia entre la ciudad del Vaticano y Sydney, medida en la línea geodésica que separa las dos ciudades, es de 32.591 kilómetros. Por tanto, si las ondas se propagan por el área geodésica, la altura que alcanzaron viene a ser de 240 a 300 kilómetros El tiempo gastado en recorrer todo el trayecto fué de 0'116 de segundo de tiempo. Si hubieran seguido la superficie de la tierra la duración hubiera sido de 0'108.



—¡Qué lástima! Si hubiera vuelto una hora antes habría podido oír mi conferencia.





PIMIENTA EN GRANO

La dirección de Y. P. F. que, después de muchas tribulaciones, tomó a su cargo la explotación de la Broadcásting Municipal, ha resuelto amenizar los intervalos de las funciones del teatro Colón con una charla denominada "La voz del entreacto" que sirve de pretexto para recomendar a los oyentes — de una manera discreta y elegante — la consumición de los acreditados productos de la destilería nacional.

El hallazgo, con ser feliz, no ha encontrado una realización adecuada a los propósitos enunciados por el ingeniero Silveyra de ajustar las audiciones de L. S. 1 a un inflexible criterio artístico y cultural. Poco favor les hace "La voz del entreacto", a los que tienen la suerte de concurrir a las funciones del magnífico teatro, con suponerlos entregados a charlas insubstanciales, impregnadas de una frivolidad desconcertante y hasta insinuando chismografías propias de aldea. El radioescucha se formará de los abonados al Colón una impresión semejante a la que le produce ese señor que llena los entreactos con su meliflua voz y que comenta, de todo el espectáculo, aquello que es precisamente lo menos estimable. Impresión grata y amable, por cierto, pero de la cual suponemos que protestarían muchos de los que concurren al gran coliseo llevados exclusivamente por sus aficiones artísticas.

Queremos colaborar con Y. P. F. sugiriendo una idea que contará—estamos seguros,—con la aprobación de los radioescuchas que me leen, y aun con la de aquellos que nunca me han leído: Sugerimos que, "La voz del entreacto" sea, más que una vana charla intrascendente, una oportunidad brindada al radiooyente — cuya cultura musical no debe suponerse siempre elevada — para apreciar más cabalmente la audición. Un crítico autorizado, por ejemplo, podría bordar un breve comentario de la ópera que se está representando, un análisis de su valor musical, poner al músico en contacto con el oyente de modo que éste, que ha gustado esa música por una inclinación instintiva, pueda también apreciarla por un claro razonamiento. ¡Eso sí que sería dar un rango elevado a las transmisiones!

No es menester que la disertación peque de demasiado erudita. Un crítico inteligente, nos haría resaltar las dificultades que ofrece al cantante, tal o cual trozo de la pártitura, explicarnos cómo el músico ha logrado expresar en sus notas las situaciones y las pasiones que ha querido exteriorizar y amenizar la conversación con anécdotas y recuerdos de que está llena la historia del arte lírico. Es decir, hablar en el entreacto del espectáculo mismo.

Hay entre nosotros personas capaces de realizar lo que exponemos, con autoridad y con inteligencia. Sin necesidad de recurrir a otros arbitrios ajenos al espectáculo "La voz del entreacto" sería como un cambio de opiniones entre espectadores cultos, y los propósitos del Y. P. F. tendrían una ejecución más acabada.

SORGO DE ALEPO




AUDICIONES RECOMENDABLES

VIRGINIA VERA, estilista nacional, en *Radio Excélsior:* los miércoles y sábados, a las *20.15 y 21.45.*

GARCIA SANCHIZ EN LA RADIO



En general, los radioescuchas le huyen a las conferencias radiotelefónicas. La asombrosa facilidad con que cualquier habitante se convierte en conferenciante de radio, la solemnidad, la ampulosidad que el micrófono eleva a la quinta potencia, tienen la culpa de ello. Hay dos o tres honrosas excepciones que, sin embargo, confirman la regla.

Federico García Sanchiz, el notable charlista español, cuyas conferencias despertaron en el Odeón extraordinario interés, transmitió una sola de sus charlas por medio de Radio Sténtor. Cabe señalar que triunfó ante el micrófono tan brillantemente como en el teatro. Y éstas son las horas en que un numeroso público radioescucha se lamenta que el destacado orador no repita, aunque sea una sola vez, su exitosa aparición radiotelefónica.

HOMENAJES

En un afán poco plausible, por cierto, de invadir jurisdicciones extrañas, la radiotelefonía porteña se ha largado a la caza de efemérides con el objeto de organizar homenajes a las figuras de nuestra historia.

De modo que los escuchas deben soportar, además de los malos artistas y los malos cantantes, a los malos oradores.

La semana anterior le tocó el turno a Juan B. Alberdi. A propósito de él, media docena de señores ocuparon los micrófonos para endilgar unas latas formidables acerca de una figura cuyo mejor homenaje fuera, sin duda alguna, el más respetuoso de los silencios.

Es que hay personajes en nuestra história cuyo ejemplo dice eso, precisamente: respeto, silencio y modestia.




LAS PROTESTAS DEL PUBLICO

Señor Redactor de "Radio Cocktail":

Con sumo agrado he visto su artículo titulado: "Las Andanzas Malaventuradas de la L S. 1", aparecido en "Caras y Caretas del 16 del corriente.

L S 1 es la peor trasmisora existente en Buenos Aires.

Yo tengo una radio de 8 lámparas y ni este año, ni en años anteriores, he podido escuchar las audiciones del Colón. Sólo se oye la voz "anticuada" del "speaker", y después, todo son chillidos (no de artistas).

Lo que me pasa a mí, le ocurre a todos los radioescuchas de esta ciudad. He conversado con muchas personas y todas piensan como yo.

Hasta habíamos tenido la idea de dirigir una nota al intendente de ésa, manifestándole que nos extrañaba en sumo grado, las pésimas condiciones de la difusora municipal.

Si usted tiene la gentileza de encargarse de nuestra gestión, le quedaremos muy especialmente agradecidos. ***Los escuchas de la ciudad de Paraná. — Entre Ríos.***

COCKTAIL

SALPICON MICROFONICO FUTBOLISTICO

La potencia profesional al terminar la primera rueda



¿Qué enseñanzas nos ha dejado este primer resumen del campeonato?... Muy poca en diferencias a la de otros años. En sorpresas: algunas, de las que en realidad merecen el vocablo de considerarse.

INDEPENDIENTE, ha hecho una campaña brillante y muy superior a los mejores cálculos: RIVER PLATE, sobresale netamente como un equipo que individualmente no tiene igualables; BOCA JUNIORS, aunque se debate en el problema de su defensa, es el exponente de temibilidad; SAN LORENZO, el campeón de 1933, acusa una paridad de poderío al del año anterior; VELEZ SARSFIELD, sin ser brillante, es parejo en sus líneas y de allí sus resultados profícuos; PLATENSE, es el conjunto de las suertes, y no de la eficiencia; RACING, es la incógnita de esta disputa, ya que siendo aguerrido ha mermado sensiblemente en su valor productivo y sus méritos no están en relación a la posición que ocupa; ESTUDIANTES, se rehabilita enormemente de sus presentaciones en la temporada anterior, volviendo por sus fueros; GIMNASIA Y ESGRIMA, asemeja a un cuerpo que teniendo condiciones no reacciona porque se encontrara físicamente anémico; TALLERES-LANUS, defiende entusiastamente su colocación, habiendo demostrado una gran garra y envergadura ante sus adversarios; ATLANTA-ARGENTINO JUNIORS, tiene sus altibajos, siendo su principal enemigo, para mantenerse más ampliamente, su situación económica con los "players"; FERROCARRIL OESTE, está disfrazado en su posición, ya que habiendo elementos en su "team", va malísimamente colocado; CHACARITA JUNIORS, es el de las derrotas inesperadas y el de los triunfos efímeros y HURACAN, por obra de sus dirigentes se ha conquistado el lugar que ha elegido.

ROQUE SILLITTI

"¡NO ME DIGA, CHE!..."

— Que Nadyta, directora de la audición infantil de Radio Excélsior, ha organizado un interesante concurso de dibujos patrióticos con motivo de la próxima fecha patria.

— Que Radio Fénix, en colaboración con Tita Merello, organiza otro concurso: esta vez de letras de tangos.

— Que los premios serán en "efectividades conducentes", y que los autores deben tener en cuenta, principalmente, que el concurso se realiza con el objeto de superar el pobre nivel existente de letras.

— Que el doctor Rodolfo Moreno (hijo), ministro de Obras Públicas de la provincia de Buenos Aires, fué muy felicitado por su conferencia "Vialidad y consorcios camineros", propalada por Radio Sténtor.

— Que Mary Capdevila, obtiene éxitos significativos en sus audiciones de música española ante el micrófono de Radio Nacional.

— Que parece mentira que teniendo Radio Nacional una artista como Mary, ponga a otras, verdaderamente desastrosas, en sus más cotizadas horas.

JUNTA DE SELECCION

La junta de selección del repertorio radial (que hasta ahora no ha entrado en funciones), ha quedado integrada de la siguiente manera: Señor José Adolfo Zatzkin, presidente; secretario de la A. de Broadcasters; señor Luis César Amadori; señor A. Rodríguez Bustamante; señor Enrique Del Ponte y señor Enrique P. Maroni.

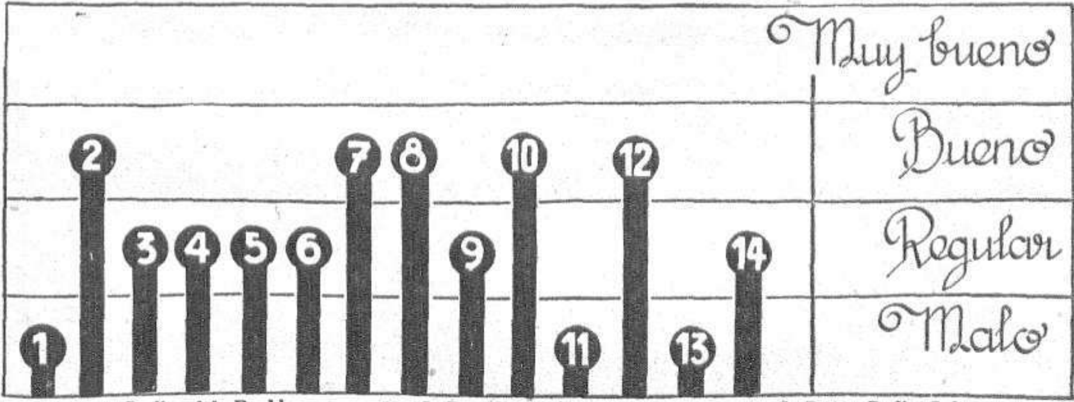
CORREO DEL RADIOESCUCHA

A Juan A. Cunietti, Pehuajó (F. C. O.) — Los aparatos de radio han sido estandarizados en tal forma, que es muy difícil decir cuál es el mejor. Por correo, aparte, le hacemos las indicaciones del caso.

A Helen, Perú (La Pampa). — Sentimos mucho, pero en Radio Nacional, estación donde actúa Luis María Boer, no han querido suministrarnos ninguna clase de datos sobre el susodicho.

A María Mattos, San Pablo (Brasil). — En próximos números complaceremos, gustosos, sus deseos.

NIVEL SEMANAL DE LAS BROADCASTINGS



1 — L S 6. Radio del Pueblo.
2 — L S 8. Radio Sténtor.
3 — L S 2. Radio Prieto.
4 — L R 8. Radio París.
5 — L S 5. Radio Rivadavia.
6 — L R 9. Radio Fénix.
7 — L R 4. Radio Spléndid.
8 — L R 3. Radio Nacional.
9 — L R 2. Radio Argentina.
10 — L R 5. Radio Excélsior.
11 — L R 10. Radio Cultura.
12 — L S 1. Broadcásting Municipal.
13 — L S 4. Radio Porteña.
14 — L S 3. Radio Mayo.



EN EL MUNDO DE LA RADIO





Don Ricardo Bustamante. Señorita Aurora Sánchez.
Principales intérpretes de la interesante audición denominada "La barra provinciana", que se transmite por Radio Fénix.



La brillante actriz Paulina Singerman rodeada por elementos de su compañía que intervienen en las obras que transmite los miércoles y los viernes Radio Rivadavia.





Carlos Varela, joven cantor nacional, que actúa en la orquesta de Roberto Firpo.





Ricardo Delbene, precoz guitarrista clásico, que toma parte en las audiciones de Radio Mayo y Radio Sténtor.



Roberto Moreno y Charles May, intérpretes de la canción moderna, que integran los programas irradiados por L T 5, Radio Chaco, de Resistencia.





Raúl J. Moyano, correcto "speaker" y figura popular de L R 4, Radio Spléndid.



Tita Vidal, joven cancionista que actúa exitosamente en los programas Spléndid.



Samuel Aguayo, el destacado folklorista paraguayo, que se luce en Radio Sténtor.

Laura Holmberg de Bracht, conocida escritora que actúa por Radio Spléndid.



Víctor Mercado, buen locutor de L T 5, Radio Chaco, de Resistencia.



Pura Schoeder, brillante pianista que se destaca en Radio Excélsior.

De los bailes Geniol



Osvaldo Fresedo y su orquesta, que todos las sábados actúa en los bailes GENIOL por Radio Nacional.



Desde las 22 hasta las 2½ de la madrugada, la Jazz de los Estudiantes de Hollywood que dirige Don Dean, alterna con las típicas en estos populares bailables de GENIOL.



La orquesta de Roberto Firpo, que, con las anteriores, forman la triple fórmula musical de los sábados.

POR EL MUNDO DE LOS DEPORTES

Por HECTOR A. DE OROMI

Está en buenas manos el campeonato mundial de box

CAYÓ el gigante Primo Carnera, batido en forma indiscutible, frente a los puños de Max Baer, el joven pugilista en el cual los norteamericanos con justa razón cifraban todas sus esperanzas para reconquistar el campeonato mundial de todos los pesos.

Ya en estas páginas, en ocasión del combate que se le concertó a Primo Carnera con el vasco Paulino Uzcudum, manifesté que éste no era adversario para el campeón mundial, y que si en realidad se le quería someter a una prueba para valorar sus discutidas condiciones pugilísticas, lo más conveniente era hacerle un combate con algún boxeador más destacado. Lo indiqué a Max Baer, diciendo, si mal no recuerdo, que el norteamericano se perfilaba como un campeón de condiciones excepcionales, y que tenía títulos sobrados para probar al boxeador italiano, y hacer peligrar la corona que éste detentaba.

El resultado del combate, me ha dado la razón: el gigante, que impresionaba por su tamaño poco común, cayó abatido tras una lucha ruda en la cual se vió reducido a la impotencia, frente a un atleta de condiciones físicas normales, que nos recuerda por sus modalidades para combatir al inolvidable Jack Dempsey, aquel astro del pugilismo que prefería siempre los adversarios más grandes y de físico superior al de él, para vencerlos a fuerza de habilidad y con la potencia extraordinaria de sus puños demoledores.

Existe actualmente una crisis de valores dentro del pugilismo mundial, pero es indudable que el título ganado por Max Baer, en un combate emocionante por el coraje que evidenció Primo Carnera para recibir el castigo, está actualmente en buenas manos, pues lo detenta un pugilista joven, de condiciones físicas excelentes, hábil peleador, que conoce los secretos del ring y sabe sacar partido.

Primo Carnera no debe sentirse molesto por su derrota, en virtud de que ha caído vencido por un verdadero astro del pugilismo mundial.

Partidos internacionales de fútbol

ENTRE los desafectos al popularísimo deporte del fútbol el simple anuncio de la realización de un partido internacional, es un motivo de preocupación o disgusto, y mucho más cuando se trata de un "match" entre argentinos y uruguayos. Se teme siempre que el apasionamiento de las masas, provoque conflictos y resquemores entre los dos pueblos hermanos, como ya ha ocurrido desgraciadamente en otras oportunidades. En mi entender, aunque los que así piensan no dejan de tener sólidas razones, el remedio no está en la supresión de partidos de esa naturaleza, sino en restarles a los mismos, por los encargados de organizarlos, todo motivo patriótico a base de una propaganda adecuada e instrucciones minuciosas a los jugadores.

Se había explotado el espectáculo con profusión de banderas, himnos y alocuciones nacionalistas, que llevaban al espíritu de todos la idea de que en los partidos de fútbol se jugaba el honor de la patria. Eliminando esa propaganda y haciéndoles comprender a las masas que se trata de un simple partido más, no veo por qué no han de realizarse esas justas deportivas que tienen como verdadera finalidad, la emulación en el perfeccionamiento del juego y su más amplia difusión.

Y conviene decir y recalcar estas cosas, ante la proximidad de los dos partidos que jugarán en esta capital y Montevideo, los equipos representativos de las ligas profesionales rioplatenses.

San Isidro tiene cara de campeón

HAY equipos que saben llevar los títulos que ostentan, y el de San Isidro, que actúa en el campeonato de primera división de la Unión de Rugby del Río de la Plata, es uno de ellos. Cuando el domingo anterior Gimnasia y Esgrima lo aventajó en el primer período, sus hombres se lanzaron a un ataque sostenido, demoledor, y quebraron una y otra vez la resistencia enemiga para ganar finalmente el encuentro. En la fecha última enfrentó al que hasta entonces era el otro invicto, Universitario, y otra vez estuvo en desventaja y también, en una reacción impresionante, le arrebató el triunfo que ya parecía conquistado por aquél y lo despojó de su calidad de invicto, que ahora ostenta únicamente el campeón.

Actuaciones como las últimas, que ha tenido la vigorosa representación de San Isidro, sirven para conquistar definitivamente la confianza del público y para afianzar la moral del equipo. En este campeonato actúan este año muchos conjuntos buenos y parejos: Gimnasia y Esgrima, Hindú, Universitario, Buenos Aires, son siempre y en cualquier parte enemigos que deben ser mirados con respeto: pero, con todo, nos gusta San Isidro, que juega con técnica cuando las circunstancias lo permiten y con corazón y garra de campeón cuando alguien se atreve a poner en peligro su victoria. Es que, como nos decía el otro día un viejo y calificado "hincha" de San Isidro — en el rugby ya abundan los "inchas". — bajo la camiseta blanca y negra no pueden crecer sino corazones animosos y espíritu de lucha: no son los hombres, es la camiseta...

Otro jugador argentino que queda en Europa

MUCHOS aficionados que no están al tanto de las incidencias del fútbol, se han preguntado con frecuencia en estos últimos tiempos, cuáles han sidos las razones que han influído para que no se mandara al campeonato mundial un equipo que constituyera el verdadero exponente del poderío alcanzado por ese popular deporte en nuestro país.

Las últimas noticias cablegráficas nos informan que la comisión directiva del Roma Football Club, institución que cuenta con varios jugadores argentinos, ha contratado por el término de dos años a Alfredo Devicenzi, que integró la línea delantera del equipo argentino en el campeonato mundial.

Esa fué sencillamente la razón más aceptable. De haber concurrido un poderoso equipo nuestro, hubieran regresado dos o tres jugadores, pues las proposiciones que les hacen en el extranjero, han sido siempre más tentadoras que el calor de los aplausos que les brindan los aficionados en este país.

En las filas profesionales, por lo general, y salvo raras excepciones, el cariño a la institución donde se milita se mantiene mientras es bien retribuído, pues cuando hay quien ofrece un contrato más ventajoso, se cambia la camiseta con suma facilidad.

Embrocación estimulante (Bracy Clarck)

Aceite de olivas . . . 90 gramos
Alcanfor . . . . 2 „
Esencia trementina. . aa
Amoníaco líquido . . . 12 „
Agua . . . . C s.

Para hacer dos litros. Para las distensiones, fatiga muscular y contusiones.

Contra los piojos

Tabaco . . . . . . 50 gramos
Agua . . . . 1000 „
En cocimiento.
Petróleo . . . . . . 10 „
Aceite de olivas . . 100 „

Ungüento contra las induraciones de los tendones (Herdmann y Hertwig)

Yoduro de potasio . . . 2 gramos
Jabón verde de 15 a . 30 „
Una o dos fricciones al día.

Moquillo del perro

Antifebrina
Azúcar
aa . . . 0.5

Para un papel.

Háganse cinco papeles. 1 a 2 papeles al día.

Embrocación contra las contusiones. (White)

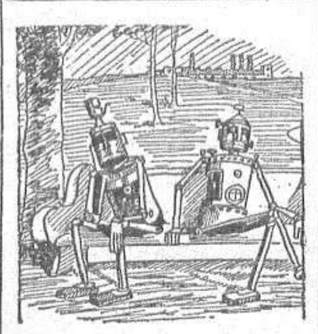
Vinagre destilado . . . 240 grs.
Espíritu de vino . . . . 180 „
Clorhidrato de amoníaco. 30 „
Mézclese.

Ungüento de pie (Bracy Clarck)

Sebo . . . . 2000 gramos
Cera amarilla . . . . 120 „
Alquitrán . . . . . 250 „

Hágase fundir todo lentamente sobre el fuego, y remuévase bien el ungüento cuando comience a adquirir consistencia.

Esta preparación es de gran utilidad para secar las heridas contusas de los talones y los cascos agrietados en los que se ha arrancado la substancia córnea con la escofina de los herradores; conserva los cascos en un estado de flexibilidad y de elasticidad convenientes.


Desocupados, en 1943.

Contra las moscas

Frotar los animales con:
Tabaco . . . . 100 gramos
Agua . . . . . 1000 „
En cocimiento.

Contra las pulgas

Polvos insecticidas a base de flores de pelitre, de granos de cebadilla o de estafisagria.

Para el perro, desinféctense cuidadosamente las perreras con agua hirviendo, con agua fenicada al 2 por 100, con agua cresilada al 4 por 100. Dése a las paredes y techos con lechada de cal. Póngase como cama viruta de abeto.

Pomada contra las sobrecañas y sobrehuesos

Pomada mercurial simple. 15 grs.
Yoduro de potasio . . . . 2 „

B.

"Caras y Caretas" en el interior de la República

SALTA



El Gobernador de la Provincia y autoridades que asistieron a la inauguración del puente sobre el río San Lorenzo.

CONCORDIA



Parte del público concurrente a la ceremonia del descubrimiento de la placa en memoria del señor Damián P. Garat. En ángulo: la placa de bronce.

PASO DE LOS LIBRES



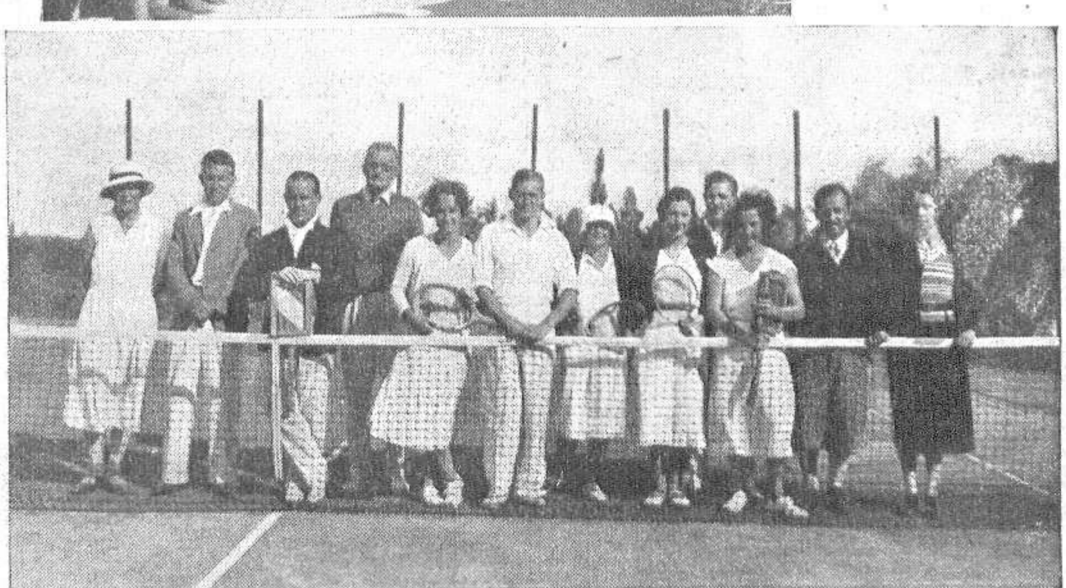
Concurrentes a la inauguración de los nuevos cuarteles del regimiento 11º de Caballería.

Los deportes en el interior de la República



JUNIN

Los vencedores de la prueba ciclista Junín-Lincoln, P. Franco y V. Egger, rodeados por el público y otros participantes.



CONCORDIA

Socios del Concordia Golf Club, que tomaron parte en el torneo interno, celebrado con motivo de inaugurarse la cancha de tenis.



ALBERDI

Asistentes a la fiesta dada en honor de los remeros que descollaron en las regatas corridas el día 25 de Mayo.

Enlaces



Bamonte - Biancocino, en Chivilcoy.



Señorita Ima Berterreche, con el señor Santos F. del Bello, en Orense.



Señorita Raquel Rico, con el señor Danilo Pereyra, en Concordia.



Señorita María Angélica Montiel, con el señor Francisco Etchart, en Concordia.



Mejías - Rípoli, en Rufino.

Enlaces



Señorita Elisa Faccini, con el señor Carmelo Pellegrini, en San Andrés de Giles.



Girotti - Romera, en Chivilcoy.



García - Guerrero, en América (F. C. O.).



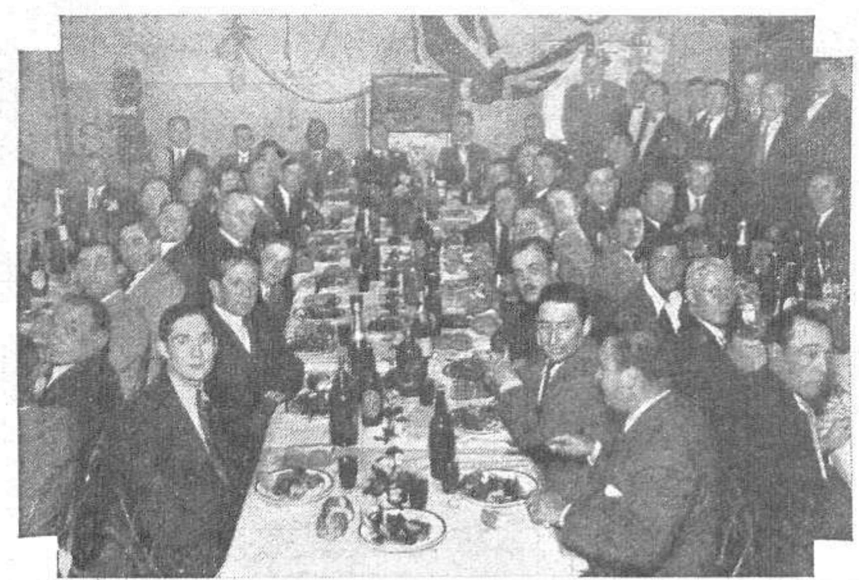
Fernández - Alzamora, en Chivilcoy.



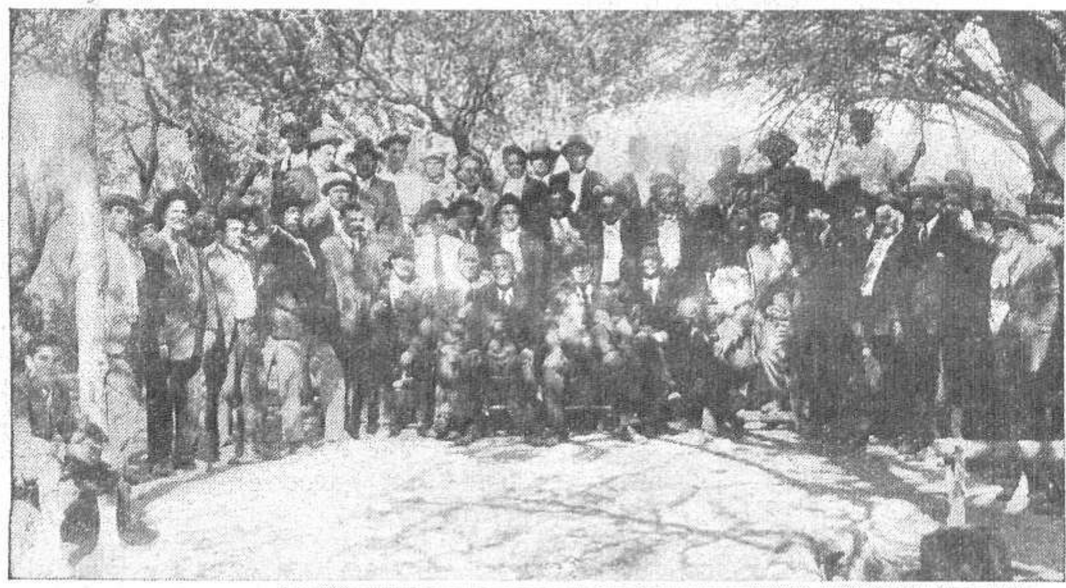
Giachero - Maradey, en Chivilcoy.



Demostraciones



▲ Concurrentes a la comida que ofrecieron los empleados ferroviarios de Río Cuarto al señor José F. González, acogido a los beneficios de la jubilación. ▼



Durante el pícnic, organizado por los concejales nuevos y los viejos de San Luis, en honor del intendente, señor Eduardo Daract.

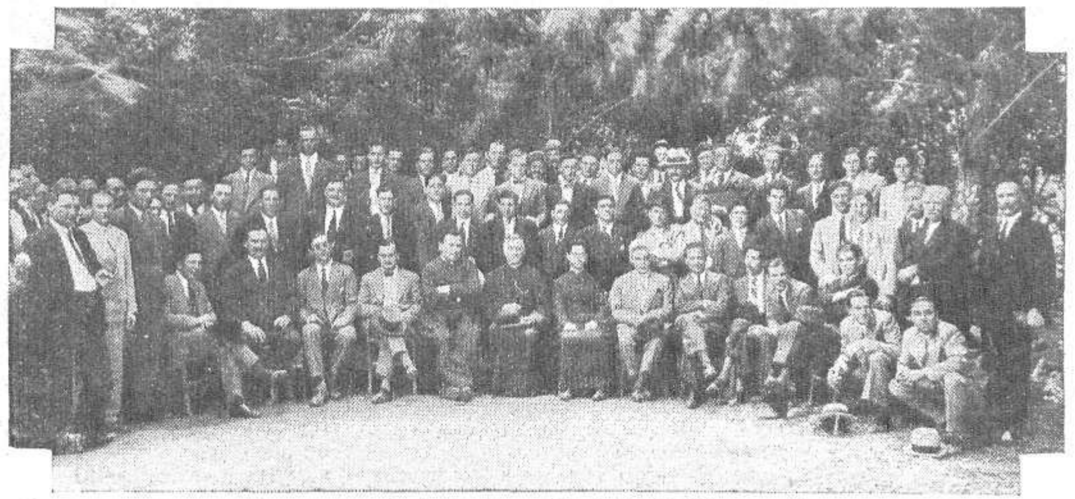
▼



Té ofrecido por la comisión de damas y señoritas, al obispo de Santa Fe, monseñor Fasolino, en la localidad de Ceres.

"Caras y Caretas" en el interior de la República

COLONIA AVELLANEDA (Santa Fe)

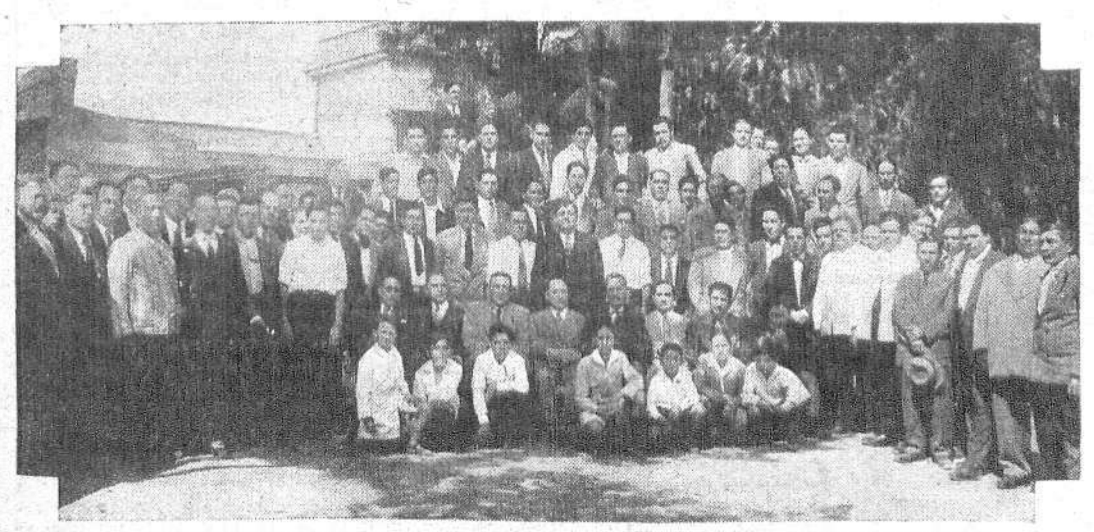


Concurrentes al pícnic, con que la Acción Católica agasajó a los delegados de Santa Fe, presididos por el doctor Del Sastre.



Asamblea de socios de la Unión Agrícola, donde se trataron asuntos de vital interés.

RIO CUARTO



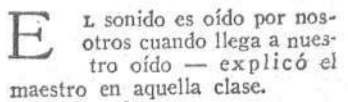
El señor Bartolomé Bustti, rodeado por los amigos y compañeros, que le ofrecieron una comida, con motivo de acogerse a los beneficios de la jubilación, como empleado del F. C. C. A.

LECTURAS INFANTILES

Transmisión de los sonidos

Por ADELIA DI CARLO

(LECCION DE COSAS)



El sonido es oído por nosotros cuando llega a nuestro oído — explicó el maestro en aquella clase.

Y agregó:

— Por eso es necesario que entre el cuerpo sonoro y nuestro oído sean otros cuerpos los que transmitan las vibraciones. El cuerpo que transmite las vibraciones es el aire. En efecto, si una campanilla vibra dentro de un recipiente vacío de aire o de otro gas, el sonido no se oye.

Arturito se levanta de su asiento y pregunta:

— Señor, ¿también el agua transmite los sonidos?

— Sí, niño mío, el agua también. Si en el baño zambulles la cabeza, puedes verificar que los sonidos llegan bien a tu oído. Casi todos los sólidos transmiten más o menos bien los sonidos. Cualquiera de vosotros que apoyéis una oreja sobre el banco donde estáis sentado y hacéis vuestros deberes, escuchará muy bien el ruido de los leves golpecitos que dará con sus dedos en el interior del cajoncito o sobre el mismo banco que comparte.

— También oigo bien a mi compañero cuando rasca con sus uñas despacito la tabla del banco — expresó Lorenzo.

— Y yo al mío cuando escribe con una pluma mala o la aprieta demasiado. Es un ruidito que siempre me pone nervioso — argumentó Antonito.

— No hay que hacer mucho para que esto suceda porque tú ya eres de natural nervioso. Bien está probado con todos esos ejemplos que las vibraciones de la madera vienen de la madera misma transmitida a vuestros oídos — dijo el maestro.

— Señor, el domingo cuando fuimos al campo, entre mi hermano y yo hicimos un teléfono colocando un palo de un lado y otro del opuesto a cierta distancia y atando un hilo de un poste al otro. Tomamos dos tapas de un tarro de lata delgada, creo que eran de las cajitas de pomada para lustrar los botines; hicimos un agujerito en el centro de cada tapita y el hilo largo lo hicimos pasar en el agujerito haciendo un nudo en cada extremidad. Mi hermano tomó una de las tapitas y yo la otra, alejándonos uno de otro hasta que el hilo estuvo bien estirado. Mi hermano apoyó el oído contra su tapita. Yo hablé frente a la otra tapa y mi hermano oyó bien lo que yo decía...

— ¡Claro! — exclamó el maestro — esto sucedió porque el sonido se transmite a lo largo del hilo de uno al otro. Se transmite tan bien que hasta se puede hablar en voz baja sin que una persona colocada a media distancia pueda oír lo que ustedes hablan.

"Igualmente se puede hacer otro experimento. Si un compañero golpea contra el poste de una línea telegráfica, el que esté en otro poste algo distante apoyando el oído contra el mismo oirá bien los golpes. Estos se transmiten por medio de los palos y del hilo.

"Hablando con un largo tubo, el que está al otro lado oye distintamente, porque el aire encerrado en el tubo conduce bien el sonido. Por esas razones ha sido posible construir los *portavoces* en uso en los grandes edificios para las comunicaciones interiores.

La lección ha terminado.

Adelia Di Carlo

Festivales



El club Estudiantes de Buenos Aires reunió a sus asociados en una animada fiesta danzante, parte de cuya concurrencia posa para nuestra revista.

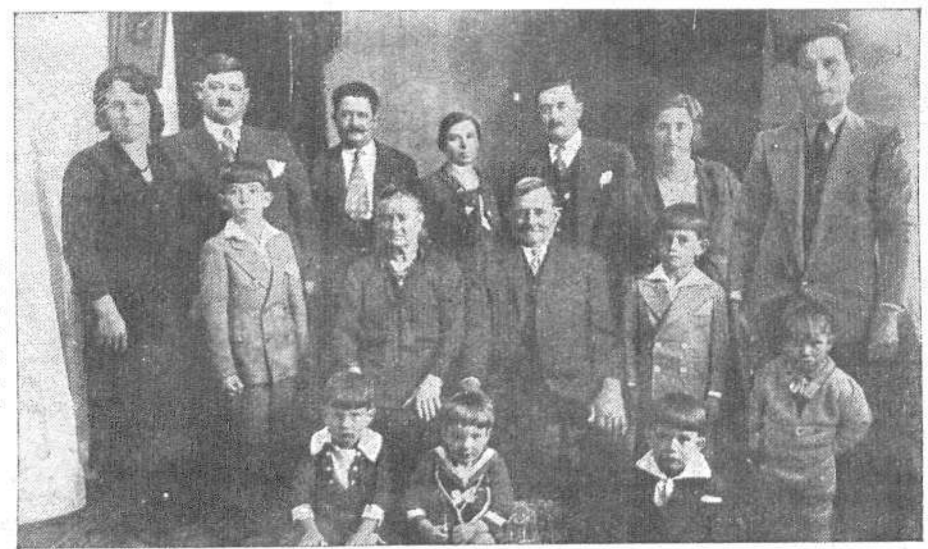
Público en la valada artística y baile que llevó a efecto con señalado éxito la sociedad Unión Estradense.



Con asistencia de numerosos asociados realizóse el baile del Centro Mutuo entre el personal de la Bolsa de Comercio. La foto ha sido obtenida en un intervalo de la fiesta.



Bodas de oro y de plata



▲ Los esposos doña María Bautista Echávez y don Pedro José Armendáriz, rodeados por sus familiares, al cumplir el cincuenta aniversario de enlace matrimonial, en Vedia (F. C. P.) ▼



▲ La pareja Ingaramo - Gil y sus familiares, durante la comida con que festejó sus bodas de plata, en Reconquista (Santa Fe.) ▼



▲ El matrimonio Scavuzzo-Bonomo y sus allegados, reunidos para celebrar sus bodas de oro, en Olavarría. ▼

NOTAS DE POLICIA



Nelly Palacios, que se arrojó al río en Puerto Nuevo con el propósito de eliminarse.



Agente Guillermo Dauler, que se arrojó al agua con peligro de su vida para salvar a la joven Palacios.



Para premiar la heroica actitud del agente Guillermo Dauler, la jefatura de policía lo ascendió a cabo. He aquí al secretario de la policía, capitán Sanmarco, imponiéndole las jinetas.



El capitán Sanmarco colocando las jinetas de cabo al agente Rafael Alcoba que salvó a un estibador que cayó al río mientras trabajaba.



El agente ascendido rodeado por el estibador salvado y autoridades policiales del Departamento y de la seccional 30, después del acto.



Manuel Mauriño, meritorio agente que se ha jubilado después de haber prestado sus servicios consecutivos en la esquina de Chacabuco y Alsina.



Blanca Castex, que se arrojó a las aguas del Riachuelo en Puente Alsina y fué sacada por el agente Francisco Fernández y marinero Luis Tiscornia.



Agente Francisco Fernández que, junto con el marinero Tiscornia, expuso su vida para salvar a la joven Blanca Castex.

El regionalismo

No hemos elegido el lugar de nuestro nacimiento. No obstante, desde los primeros fulgores de nuestra inteligencia hemos tomado posesión de ese lugar. Ese rincón en que nuestros ojos se abrieron a la luz primera es para nosotros un universo.

Cierto es que no conocemos sino ese rincón. Pero cuando los acontecimientos de la vida nos han mostrado las maravillas del mundo, el rinconcito natal ha guardado un lugar en nuestra memoria. Las mayores admiraciones no logran casi nunca borrar el dulce recuerdo.

Podremos encontrar cielos más bellos, suelos más fértiles, mayores ventajas; pero el recuerdo de la patria chica vivirá en nuestro corazón. Desde el punto de vista físico, nuestra patria tiene variados aspectos. ¿Por qué los habitantes habrían de tener un gusto uniforme? Llanuras, pampas, colinas, montañas, valles, ríos inmensos, ríos largos, lagos, nada falta en nuestra patria. ¡Preguntad a los aviadores sus impresiones sobre la belleza de nuestra patria!

Nuestras provincias forman regiones diversas, con climas propios y culturas nativas. Cada una de nuestras regiones es una familia cuyos miembros llevan el mismo nombre, que es como un calificativo al patronímico. Es un título adquirido, un pergamino de gloria.

Y en el culto que debemos tener de la grande patria han de comprenderse las costumbres antiguas, las que dan sabor y color a las cosas más modernas. Habrá hasta costumbres que no tienen ya razón de ser y de existir. Pero evoquémoslas, sin dejarlas morir. Ellas son una herencia nobilísima que debemos guardar cariñosamente.

Rico es el tesoro de nuestras leyendas. Que nuestros literatos sepan revivirlas, interpretarlas y eternizarlas. Los progresos del libro, de la revista, del diario, deben servir a tan bello y noble fin.

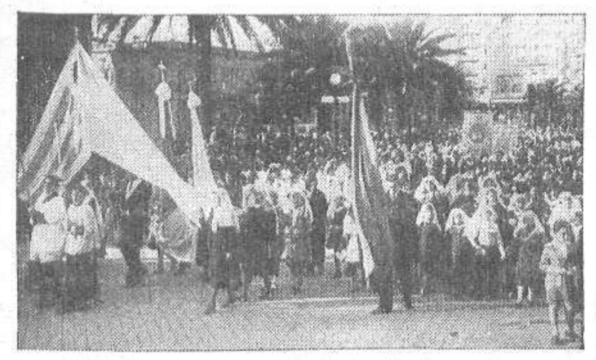
Porque, advertimos antes de terminar, que el regionalismo no es exclusivista. El sabe reconocer lo mucho bueno que hay en todas partes.

De la fuerza del regionalismo bien entendido nace la fuerza de las grandes naciones.



El. — Señorita: ¿quiere aceptar que la proteja con mi paraguas?
Ella. — ¡Pues... con mucho gusto, caballero!

Actualidad gráfica de Montevideo



Con una numerosa asistencia de fieles llevóse a efecto la solemne procesión de Corpus, parte de la cual aparece en la fotografía.



Momento en que se procede a la colocación de la piedra fundamental del nuevo edificio del Banco de Seguros del Estado, que será levantado en la avenida Agraciada.

◆



La señora Herminia Garzón Casaravilla de Mañé rodeada de las amigas que le ofrecieron un "cocktail" en el salón Imperio del Club Uruguay.

De Carlos Tejedor

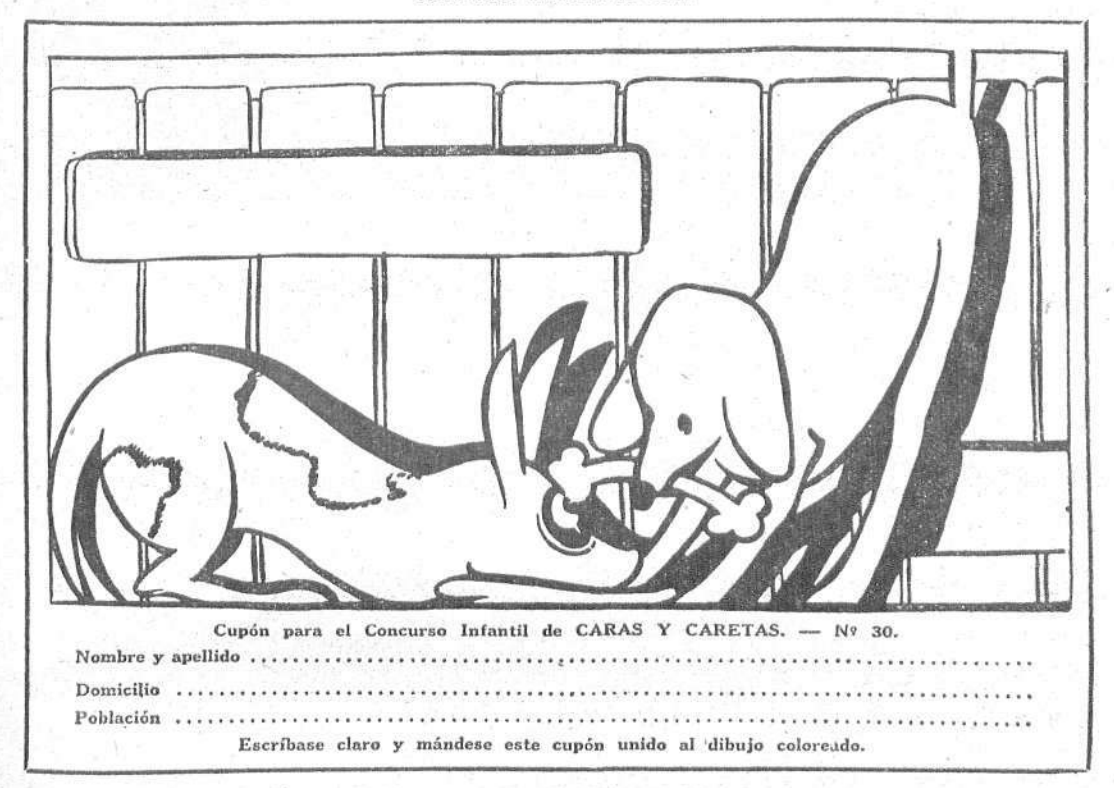


Aspecto del lunch realizado en la Sociedad Italiana, de Carlos Tejedor (F. C. O.), con motivo de la boda de la señorita Elena S. Vidal con el señor Ernesto C. D. Cerutti.

CONCURSO INFANTIL

PARA COLOREAR DIBUJOS

CARAS Y CARETAS invita a sus pequeños lectores a tomar parte en este concurso iluminando libremente a la acuarela, al lápiz o al "gouache" el dibujo que publicamos. Una vez terminado, pueden remitirlo, unido al cupón que aparece al pie, a la siguiente dirección: Concurso infantil de "CARAS Y CARETAS", Chacabuco Nº 151 - 155, Buenos Aires. Se otorgarán CIEN PREMIOS que serán distribuídos todos los meses entre los cien niños que más condiciones artísticas revelen.



Cupón para el Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. — Nº 30.

Nombre y apellido ....

Domicilio ....

Población ....

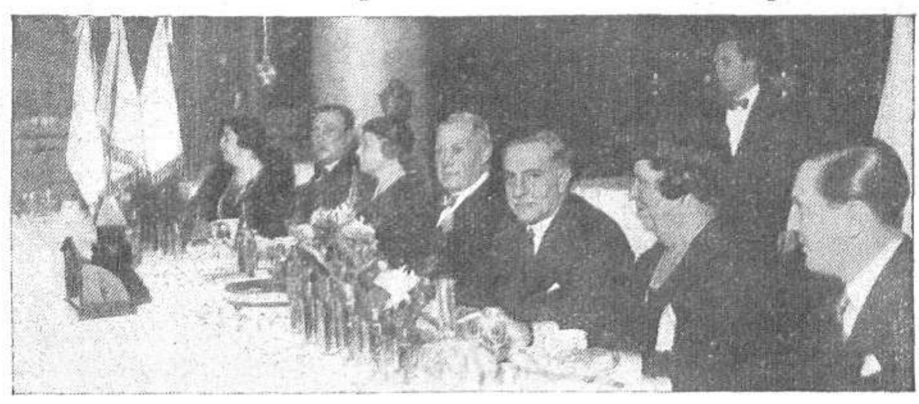
Escríbase claro y mándese este cupón unido al dibujo coloreado.

Los cien premios ofrecidos para los niños que revelaran más condiciones artísticas y de buen gusto para colorear el dibujo del concurso correspondiente al mes de abril, han correspondido a los firmantes con los nombres que a continuación se expresan:

Abente, Oscar R.
Althabe, Matilde.
Anselmo, Ernestina.
Altube, Laura E.
Bidart, Germán José.
Beriolo, Lilia.
Beratz, Toribia.
Bezzola, Juan C.
Bentivenga, María.
Bottinelli, Dorita Josefina.
Baigorri, Martha E.
Berasain, María G.
Bellina, Aníbal.
Barreras Scoquart, Olga.
Braun, Guino Carlos.
Borruat, Graciela.
Comolli, Mechita.
Carpi, Beba.
Carro, Juan Carlos.
Cúneo, Romualdo E.
Capra, Oscar E.
Clarac, Edith P.
Coma, Elvira L.
Casarino, Adela.
Costa, A. Susana.
Camaño, María Cristina.
Ciamparella, Héctor E.
Cuenca, Jorge.
Carranza, Alfredo B.
Chayla, Elena.
Dobla, Titina.
Del Prete, María.
Doval, Juana.
Delfino, Clorinda.
Delorenzi, Eduardo H.
Disanto, Enrique.
Echezarreta, Marta E.
Eliceche, Julio.
Fernández, Manuel.
Franco, Roque.
Falabella, Nelly.
Ferretti, Hebe.
Gallo, Cecilia Berta.
Guerra, Ismael.
Guglialmi, Oreste.
Grosso, Ercilia Hilda.
Guzzetti, Juan Angel.
Guarnesi, Virgini.
Giombetti, Renée.
Hiriat, Juan José.
Hermelo, Eduardo A.
Hernansaez, Dorotea.
Igarzázal, Lolita.
Jurado, Eva.
Kahanoff, Rosita.
Kenny, Mauricio.
Kohn, Alberto Germán.
Laborde, Héctor.
Ledesma, María.
Lo Turco, Ernestina.
Moreda, Silvino.
Macías, Rafaela.
Martínez, Rafael.
Morris, Edith.
Muzich, Olga N.
Morsello, Genoveva E.
Mauro Pino, Fernando.
Ñevares, Eduardo.
Nicolao, Irma R.
Ody, Carlos.
Orlandini, Luis F.
Olmedo Jiménez, S. I.
Peña, Mercedes.
Plumeri, Reinaldo.
Pastor, José.
Palomero, Leonor A.
Quiroga, Miguel A.
Romanelli, José R.
Reyes, Lamprocles.
Reynaud, Juana María.
Serrano, Ramón.
Somonte, Susana.
Staude, Blanca M.
Segura, Lorenzo.
Santander, María V.
Scala, Alcira.
Serí, Benilde.
Sbruzzi, Juana U.
Torre, Luis.
Tagliaferro, Vicente.
Torese, Emma.
Timoteo Guevara, Elda E.
Tamborenea, Aníbal A.
Tagliano, Eduardo.
Urrunaga, Esther Dora.
Varisco, Beatriz.
Villanueva, Josefina.
Vallarino, Dora.
Valerdi, Julio O.
Zipilivau, Bernardo M.

Los niños premiados residentes en la Capital deberán presentarse a retirar sus premios a esta Administración los días 2 y 3 de julio, de 9 a 12 y de 15 a 18. — A los que residan fuera de la Capital rogamos soliciten sus premios por carta.

En honor de Cupertino del Campo



Cabecera de la mesa en el banquete ofrecido por el Rotary Club, de Rosario, al doctor Cupertino del Campo, cuya conferencia acerca de "La vida de Martín Fierro" constituyó un éxito.



Un aspecto parcial de la demostración de los rotarianos santafecinos.



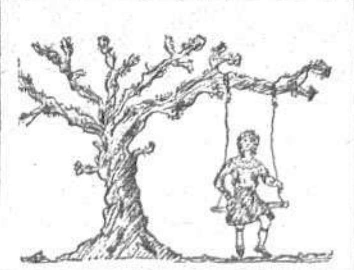
CONCURSO DE DIBUJOS INFANTILES



Los dibujos no han de ser copiados, y serán hechos con pluma y tinta negra, y de tamaño de postal. Deberán tener el título de lo que representan, y al respaldo, el nombre y dirección del autor. Cada mes se premiarán los dibujos más interesantes con libros especiales para niños. Los sobres deben dirigirse: "Concurso Infantil de CARAS Y CARETAS. Chacabuco 151".



607. — El primer goal de Boca. *José Luis Escobar* Paraguay.



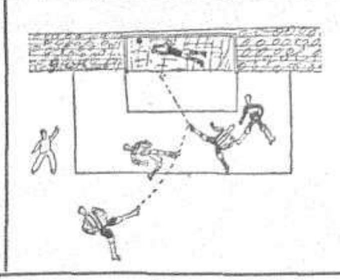
608. — Pepito jugando. *María Cristina Bustos Campos*



609. — Puesto de la estancia. *María Delfina Islas*



610. — Digame, Maneco: ¿usted no fué en el "Gelria"? *E. B. Urruñaga.* — Freyre (F. C. M.)



611. — ¡Sonaste, Pardiez! *Francisco Pérez*



612. — Mi vecino en el día de su boda. — *María Ernestina Vensa.* Luján (F. C. O.).



LA HISTORIA DE LA PERLA

POR

VALENTIN WILLIAMS

EL motor de mi automóvil funcionaba mal aquel sábado a la noche en que, desde Londres, me dirigía a la casa de los Cartwright para pasar con ellos el "week-end".

Cuando llegué a Clock House, la hora de la cena había ya sonado hacía un rato.

Me preparé a recibir los reproches de Paul Cartwright que, en lo que se refiere a puntualidad, es muy meticuloso. Como lo es en todas las cosas, por otra parte.

Nunca he llegado a comprender cómo Vera, que es una criatura cumplida bajo todos los aspectos, haya podido aceptar el

casamiento con un hombre tan fastidioso.

Paul no es ni joven, ni bello, ni inteligente, ni muy rico. Si no fuera por Vera que, repito, es considerada por todos como una mujer muy simpática, nadie se acercaría ni iría a Clock House.

Cuando, después de haber puesto mi automóvil en la cochera, entré en la casa, no vi ni siquiera al sirviente. La mesa ya estaba puesta, pero el comedor estaba a obscuras. Pensé que estuvieran todos en el pequeño salón, jugando al "bridge". Paul no me hizo lo reproches que yo suponía. Se limitó a no honrarme ni siquiera con la más mínima atención. Los huéspedes, diseminados por la pieza, estaban todos tendidos en el suelo. Era para mí, cómico e inesperado aquello de tener que reconocer a la gente que se arrastraba sobre el piso. Ya había yo reconocido a los Hillingdon, a miss Fairfax y al joven Leslie, primo de Vera, cuando choqué con los pies de un extraño personaje que surgía de la parte inferior del diván y que tenía dos enormes perlas en la pechera de la camisa. Luego encontré a miss Fairfax que parecía querer rodar bajo la alfombra de la estufa.

— Discúlpeme — dije — pero desearía saber a qué juego están ustedes jugando.

Justamente en aquel momento, Paul apareció detrás del armario. Tenía el rostro colorado y respiraba a plenos pulmones. Paul, ciertamente, no ha nacido para hacer gimnasia de cámara.

— Este sistema no sirve — dijo Paul con una voz jadeante. — Somos nueve. Dividamos el salón en ocho sectores. Yo dirigiré la operación. Alinearse, así le adjudicaré a cada uno su respectivo sector.

Los invitados se levantaron del suelo. Recién en aquel instante, Paul notó mi presencia.

— ¿Tú, Jorge?... Justamente, llegas a tiempo. Ocupa el primer sector, aquel de la estufa, y sé honesto: busca cuidadosamente.

Me proponía responderle que, no habiendo cenado todavía, hubiera ido, de buena gana, en busca de algo comestible, un poco de perdiz fría, por ejemplo, rociada con "whisky-soda". Pero en ese instante, una cabeza apareció bruscamente entre las patas de la mesita de "bridge". Vera estaba allí, delante mío, bellísima, vestida de terciopelo negro. La ayudé a levantarse.

— Siento mucho haber llegado tan tarde, querida — le dije. — Si me fuera permitido, tomaría cualquier cosa, con mucho gusto.

Vera me interrumpió bruscamente. Acaso ignoraba también ella las más elementales reglas de la hospitalidad. Paul, ciertamente, le había comunicado a Vera su egoísmo.

— ¡Ah! Jorge — me dijo Vera con frases entrecortadas. — Ha acaecido algo espantoso. Mi collar de perlas ha desaparecido.

Las perlas de Vera son muy finas. Aun cuando haya sido Paul quien se las comprara en ocasión de sus bodas, deben de haber costado bastante dinero. Me asocié, pues, a la preocupación de Vera y le declaré que apenas calmara mi apetito, me pondría a su disposición para la búsqueda.

Y ocurrió algo increíble.

Vera me volvió la espalda sin replicar y fué a reunirse con el joven Leslie y con miss Fairfax. Cada uno de ellos dos había recogido del suelo un manojo de perlas. Estas fueron colocadas en un cenicero. Otras personas hicieron lo mismo. Entonces, con la misma voz que hubiera adoptado para entonar un himno, el siniestro marido de Vera proclamó:

— Yo sé exactamente de cuantas perlas se componía el collar. Ciento sesenta y cinco.

— Sí — aprobó Vera.

— Ahora, contémoslas y veamos si falta alguna. Venga, Hillingdon, usted me ayudará.

Indiferentes a mi hambre y al polvo que yo había recogido a lo largo de las calles, (ustedes saben mejor que yo que los automóviles cerrados dejan entrar lo mismo el polvo), Vera, Hillingdon y Paúl se arrojaron literalmente sobre el cenicero y se pusieron a contar las perlas, como si de esa actitud estuvieran pendientes su vida.

Hillingdon, que está empleado en la tesorería nacional y que, en consecuencia, no merece ninguna confianza cuando se trata de cifras, obtuvo un total de ciento sesenta y una perlas. Fué inmediatamente reemplazado en sus funciones. Miss Fairfax tomó su puesto y contó ciento sesenta, mientras que por otra parte Paul, con su acostumbrada seguridad obtuvo la cantidad de ciento sesenta y cinco perlas. Vera estuvo de acuerdo con él.

Luego, voliéndose a mí, Vera murmuró:

— Mi pobre Jorge, me olvidaba de su apetito.

Pero su diabólico marido intervino todavía una vez más.

Quería estar seguro de que había hecho bien el recuento y deseaba que yo, a mi vez, contara las perlas.

Vera protestó: no había error posible.

Por su parte, Paúl se obstinó.

Decididamente, si yo deseaba cenar, no tenía más que un medio: ceder a aquel nuevo capricho. Conté las perlas y obtuve la cantidad de ciento sesenta y cuatro.

Paúl no preguntó nada más. Pero, al solo efecto de demostrarme que yo me había equivocado, se puso de nuevo a la tarea. Esta vez, su recuento dió el mismo resultado que el mío.

Vera, casi llorando, afirmó que estaban todas las perlas y que no faltaba ninguna. Paúl no le hizo caso y nombró árbitro de la cuestión al mayor Scott. El mayor, debió reconocerlo, sacó la misma cantidad que había obtenido yo: faltaba, pues, una perla. Paúl decidió calmarse. Pero Vera no logró la misma calma para sí, y me arrastró hacia el comedor. Dejemos que Paul se arreglara solo para la división del salón en zonas de búsqueda, con el objeto de encontrar la perla que faltaba.

Byles, el mayordomo, arrancado de la audición radiotelefónica que estaba desarrollando su programa en el cuarto de los sirvientes, me trajo pollo frío, jamón y whisky.

Tal vez pareceré un poco exigente, pero suponía que una perfecta dueña de casa se hubiera dado prisa para con un huésped hambriento y que, después de satisfacerlo, le expondría sus excusas. No ocurrió nada de esto, Vera permitió que Byles, substraído a su boletín meteorológico, me arreglara en la cara — no encuentro otra expresión — los diversos platos. Vera, entretanto, iba de un lado a otro de la pieza, nerviosamente fumando un cigarrillo metido en una boquilla larga y ridícula. Yo procuré atraer su atención contándole las molestias que me había causado mi farol número uno, pero me di cuenta que Vera no me escuchaba. Le reproché. Vera se detuvo y me miró, pero sin verme. Evidentemente pensaba en otra cosa.

—Pero, ¿qué tienes, querida? — le pregunté.

—Lo que tengo — respondió, — es que Paul hace demasiado historias a propósito de las perlas. Se diría que se trata de un tesoro de valor inestimable. Todas las perlas están aseguradas en la suma de 500 libras esterlinas. La que falta, aun admitiendo que fuese la más grande, la del centro, valdrá, a lo sumo, 50. Por otra parte, la encontraremos. Posiblemente, esté escondida en algún rincón del salón. Paul terminará por que todos los invitados lo consideren loco, pues, no son todos amigos íntimos. Los Hillingdon, por ejemplo, son apenas conocidos y, en cuanto al señor Fair, es la primera vez que viene a Clock House. ¿Qué podrá pensar el señor Fair, que tiene dos magníficas perlas en la pechera de su camisa, al ver que nosotros le damos tanta importancia a la modesta perla de un collar?

—El personaje de quien me está usted hablando, ¿es acaso aquel señor que se arrastraba bajo el diván? ¿Cómo se llama?

—Fair... Julio Fair. Es muy rico.

—Me ha parecido, en efecto, muy atrabiliario.

Mi espiritualidad no me valió ni siquiera una sonrisa.

Vera, sugestionada por Paul, había perdido, evidentemente, el sentido del "humour".

—Hace mal en bromear continuamente — me dijo Vera con aspereza. — Terminará usted por ser considerado como un idiota. Termine, más bien, su cena, y venga a persuadir a Paul para que nos deje jugar al "bridge".

Yo soy un buen muchacho y me vanaglorio de ello.

Comprendo y justifico los nervios de las mujeres, sobre todo cuando se trata de una pobre mujer que ha tenido la desventura de querer y de casarse con un ser tan insoportable como Paul Cartwright. Abandoné el jamón, que tenía un aspecto agradabilísimo y seguí a Vera hasta el salón. Ustedes, acaso no me crean, pero la búsqueda todavía continuaba. El mayor, sentado en el suelo y un poco jadeante, estaba revisando el cesto de los papeles. Hillingdon, que es un hombre maduro y muy calvo, parecía salir del cajón del carbón, tan estaba de renegrido su rostro. Julio Fair, atravesaba la pieza en todas direcciones, como un jugador de "golf" en busca de una pelota perdida. La señora Hillingdon terminaba tranquilamente un solitario en la mesita del "bridge". Leslie y miss Fairfax reían juntos, cerca de la ventana. Delante del escritorio, Paul Car-

twright estaba hablando de sus cosas mientras agitaba un largo documento.

—Antes de nuestro casamiento — decía Paul, — he insistido para que todos los objetos de la casa fueran asegurados. He tenido razón. Ahora no tendré otra cosa qué hacer que advertirle a la compañía de seguros y la compañía me indemnizará la pérdida o bien me proveerá la perla que falta. Sucedió lo mismo, cuando Vera perdió su pequeño collar de oro.

—No digas tonterías — intervino Vera con vivacidad. — No es el caso de dirigirse a la compañía de seguros, por una perla, que, al fin, va a aparecer en alguna parte del salón. Beatriz la encontrará seguramente mañana, cuando ponga en orden los objetos de la pieza.

—Así lo espero y estoy seguro de ello — replicó Paul. — Y, por ahora, será mejor dejar todo en su sitio. Es casi medianoche. ¿Si fuéramos a acostarnos?

A mí me gusta terminar la noche con un poco de "bridge". ¿Creen ustedes que alguien apoyó mi propuesta? No, ni siquiera uno. Todos se sintieron contentos de poder huir de la vecindad de Paul y de la zona de las búsquedas.

A la mañana siguiente, cuando, a eso de las diez, bajé para el "breakfast", llovía. El "breakfast" servido en la cama, no es una cosa muy alentadora en Cluck House. Si por Paul fuera, todos los invitados serían sacados de debajo de las sábanas, para someterlos a experimentos de cultura física en el jardín. Llegando al comedor, me convencí, de una sola mirada, que, para pasar en paz aquella mañana dominical, no tendría otro recurso que el "golf", aun en el caso de una lluvia insistente. Vi que Paul estaba maltratando como esclavos a dos sirvientes y al mayordomo. Habían levantado todas las alfombras y habían revuelto todos los muebles. La pieza parecía como si hubiese sido visitada por un oficial de justicia en trance de desalojo. Me acordé de un horrible cuadro, que yo había visto en mi infancia y que representaba a la policía en la tarea de buscar, debajo de las baldosas de un piso, el cadáver de una mujer asesinada. No pude menos que sugerirle a Paul:

—Haga levantar las baldosas del piso.

—Es inútil, pues han sido cambiadas el año pasado — me respondió Paul con mucha seriedad.

Los Hillingdon y el mayor habían ido a la iglesia.

Vera, que estaba tomando el desayuno, se entusiasmó con la idea de ir a jugar un poco al "golf" y de almorzar en el restaurante del club. Al oír nuestro proyecto, Leslie y miss Fairkfax se ofrecieron para un partido a dos pelotas. Yo propuse llevarlos con nosotros en mi automóvil. Entonces Vera se sintió presa de ciertos escrúpulos; no era correcto abandonar tan brutalmente a los Hillingdon y al mayor Scott.

—¿Y Paul? — intervine yo. — Puede usted indicarle que él los atienda para el almuerzo. Nosotros estaremos de regreso para la hora del té.

Vera parecía aprobar esta proposición, cuando, desde la despensa, donde se estaba sirviendo un "porridge", el señor Fair, a quien ninguno de nosotros había visto entrar, dirigió hacia nosotros una mirada salvaje.

—¿Ha olvidado usted, entonces, su promesa? — dijo Fair dirigiéndose a Vera. — ¿No iremos a ver los jardines?

Los jardines de Oxley Hall, situados a pocos minutos de Click House, son una meta clásica en los paseos. Vera suele conducir allí, a menudo, a sus invitados.

—Es verdad. Me había olvidado — exclamó Vera.

—Sin embargo, era ése el objeto de su invitación.

El tono de estas palabras, me llamó la atención. Había algo de extraño en la voz de Fair, y más que de extraño, de autoritario.

Todos cuantos se acercan a Vera Cartwright, se enamoran de ella. Yo mismo estuve enamorado hasta el día en que ella se comportó conmigo de la manera que explicaré. Pero, lo confieso, me resistía a creer que Vera aceptara la corte de aquel villano que tenía la cabeza como un envoltorio. Me pareció comprender que Fair deseaba hacer una visita de Oxley Hall para permanecer a solas con Vera. Contrariado, miré a Fair con ironía. Pero, con sumo estupor, comprobé a la vez, que Vera permanecía seria. Peor aún, me pareció turbada.

—Entonces — insistió Fair, — ¿hay cambio de programa?

Antes de la intervención del joven Leslie, yo había hablado de una partida de "golf" con la única esperanza de proporcionarme una de aquellas charlas confiden-

ciales, de las cuales Vera se había hecho muy avara, especialmente después de su casamiento. Desde el momento que debía de renunciar a esa charla, no veía por qué mi renuncia debía ir en provecho de Fair.

—He aquí — intervine yo vivazmente — lo que propongo. De paso al "golf", pasaremos por Oxley. Fair verá los jardines y después nos acompañará al "golf".

—Excelente idea — exclamó Vera. — ¿Acepta usted, Fair?

Fair se inclinó con una sonrisa amarga y murmuró:

—Mi estimada amiga, yo estoy a su completa disposición.

Había demasiado intimidad en las voces de ambos. No, yo haría todo lo posible para que Julio y Vera permanecieran solos.

Es inútil decir que nuestra partida para el "golf" provocó las recriminaciones de Paul. Yo no tenía ningún interés en oírlas. Continuaban todavía cuando volví a entrar en el salón para advertirles que el automóvil ya estaba listo. Paul estaba recordando a Vera sus deberes de dueña de casa.

—Tu puesto está en la mesa del "lunch" — declaraba, entre otras cosas, Paul.

Pero Vera no cambió cuanto había dispuesto. Salió del salón devastado, con los carrillos inflamados y las pupilas encendidas.

—Ya he recibido bastantes prédicas — suspiró mientras tomaba asiento junto a mí, en el volante.

—¡Pobre Paul! — dije a mi vez. — Tiene la virtud de tornar dramáticas las cosas más simples de este mundo.

Vera sonrió:

—¿Sabe usted, Jorge, que cuanto usted ha dicho es muy inteligente? Repetiré su frase a Paul. Quería tenerme en casa, ¿sabe para qué? Para buscar la perla.

—¿No la ha encontrado todavía?

—No.

Vera suspiró y agregó:

—¡Ah, si nunca hubiese poseído aquel maldito collar!

Evidentemente, su marido la había irritado.

Yo conozco el arte de calmar los nervios de las mujeres. Retiré una mano del volante y busqué la mano que Vera había posado sobre el asiento. Me agradaba demostrarle a Fair, que nos estaba mirando, mi derecho de prioridad. Fair debía de divertirse muy poco sobre el asiento del coche, junto con Liesle y miss Farfax. Por otra parte, no se divertía siquiera con Vera en los jardines de Oxley.

Vera estaba distraída, nerviosa. Sobre el terreno del "golf", su juego, por lo general excelente, fué desastroso. Fuimos bien pronto vencidos en los dos primeros períodos. Fué solamente a la tarde, cuando yo decidí dirigir personalmente el tercer período, que Fair permaneció solo con Vera.

Ustedes saben lo que son las pequeñas casillas de los clubs; tienen paredes de madera, sutiles como hojas de papel. Yo estaba cambiándome los zapatos en el "toilette", cuando del otro lado de la pared, en la sala de juego, la voz de Vera se hizo oír. Vera estaba en la sala y Fair se encontraba a su lado. La voz de Vera me parecía un poco angustiada y colérica:

—No le responderé... Le he pagado cuanto le debía y estamos a mano.

Fair se puso a reír agradablemente:

—¿Y si yo respondiera por cuenta suya? No, no se vaya.

—Se lo repito: no quiero oír hablar más de esa historia.

La voz de Vera se hizo oír improvisamente, como extrangulada:

—Entonces, ¿la ha encontrado usted?

Oí una vez más la carcajada antipática de Fair.

Vera insistió:

—Entonces, ¿por qué no la puso usted junto con las otras? Si se trata de una broma, le advierto que no es de mi gusto.

—Pero, no se trata, desde luego, de una broma, mi estimada amiga. Usted sabe que, en la referente a perlas, nada se me puede ocultar.

Creí oír a Vera tomar aliento.

—¿Y qué?

—Pues bien, querida. Esto es, sí... Se le podría decir a su querido Paul que los maridos de verdad no les regalan a sus mujeres collares de perlas falsas, diciéndoles que son verdaderas.

—Paul no ha hecho semejante cosa.

—Entonces, la consecuencia es que...

Hubo una pausa.

—En todo caso, querida, Paul quedará contento al saber que han sido halladas todas las perlas.

—Usted no le dirá a mi marido ni siquiera una palabra, ¿comprende? Si yo

deseo creer que las perlas son verdaderas, a usted no le importa nada. Por otra parte, dentro de poco tiempo, todo habrá terminado. Veamos, Julio, no se haga usted el idiota y devuélvame esa perla... ¡Oh!...

Una especie de sollozo se hizo oír del otro lado del muro y de nuevo llegó a mis oídos la endulzada voz de Fair.

—Querida, procuremos ser razonables. En efecto, Paul no tiene necesidad de saber nada. He aquí, en cambio, lo que yo le pido, desde el momento que, malgrado todos mis ruegos, usted rehusa venir a visitarme. Acepte al menos una taza de té en Mount Street... Mañana por la tarde. Usted tendrá entonces su perla. Y entonces estudiaremos juntos lo que se podrá hacer para recuperar el collar auténtico. ¿Entendido, chiquita?

—No lo creo capaz de tanto.

La voz sonora de miss Fairfax interrumpió bruscamente aquel coloquio sensacional. Yo me dirigí al bar. Por lo general, no hago sino un uso moderado del alcohol, pero aquel día, debo confesarlo, bebí dos copas seguidas. Yo tengo un corazón muy sensible. Conduje de nuevo a mis amigos a Clock House, en un estado de extrema agitación. Por otra parte, soy un hombre honesto y no veía cuál podía ser mi derecho a ocuparme de aquel asunto. Vera, después de todo, había elegido a su marido por su voluntad. Paul era, pues, su consejero natural y legítimo. ¿A título de qué podría yo intervenir? Comprendía perfectamente lo que podía haber ocurrido. Sabía que Vera, de cuando en cuando, hacía especulaciones de bolsa. Una vez yo había sido testigo de una escena que a tal propósito se había desarrollado entre ella y Paul. Probablemente Vera había sufrido grandes pérdidas. Tal vez Vera no se había atrevido a confesar sus pérdidas a Paul y para hacer frente a ellas había pedido un préstamo en dinero a Fair. Después para reembolsarle a Fair su préstamo habría empeñado su collar. Si yo le hubiese hablado a Vera del asunto, era muy probable que ella, con su acostumbrada franqueza, me habría solicitado que yo le procurara el dinero para sacar el collar. Mi situación de abogado de la Alta Corte no es mala, pero no tenía ningún deseo de sacrificar algunos centenares de libras esterlinas para ahorrarle dificultades a Paul Cartwhight. En suma, la cuestión podía resumirse así.

Durante todo el trayecto es automóvil hasta Clock House, no hice otra cosa que maldecirme a mí mismo, por no haber cerrado mis oídos desde las primeras réplicas del diálogo que involuntariamente había sorprendido.

DURANTE el té, después del té y finalmente durante la cena, Paul no hizo otra cosa que hablar de la perla que faltaba.

Declaró, con mucha ingenuidad, que no tenía sospechas de ninguno de nosotros. Su hipótesis favorita era que la perla debía de haberse metido en alguna rendija del piso, y se preguntaba con ansiedad si la compañía de seguros tendría el derecho de hacer levantar todo el piso.

Yo continuaba mirando a Fair y a Vera. Fair no movía siquiera un músculo, mientras que Vera, debo reconocerlo, se manifestaba agitada. Sin embargo, cuando después de cenar, ocupamos nuestros sitios para el "bridge", Vera expresó que se sentía con jaqueca y fué a acostarse. Tenía un aire triste y extraviado que me conmovió, pero no me sentía autorizado a participar en su secreto, desde el momento que ella deseaba esconderle las cosas a su marido.

Nuestro "bridge" no fué un éxito. Hillingdon, muy infatuado de su valor, pretendió darme lecciones. Siguió a esto una pequeña disputa. Paul, que había agotado el argumento de la perla, estaba más taciturno que nunca. Tal vez la tenía aún con Vera a causa de su ausencia a la hora del "lunch".

Por último, interrumpimos nuestra sesión muy rápidamente y subimos a nuestras habitaciones. Paul, Fair y yo teníamos nuestros cuartos en el mismo corredor. Paul ocupaba el primero, luego venía el de su mujer, y yo ocupaba el siguiente. Fair tenía su cuarto del lado opuesto del rellano de la escalera. Los otros invitados estaban en el segundo piso. Fair, al despedirse de mí, me tendió la mano. Por amistad hacia Vera, fingí no haber advertido su ademán.

A mí me agrada ser honesto conmigo mismo. Me he explicado sin hipocresías las razones que me disuadían a ofrecerle a Vera mis consejos. Pero, aquello que se escribe con facilidad, es, en cambio, muy difícil vivirlo, sobre todo, cuando se posee un temperamento tier-

no. La idea del embrollo en que Vera se hallaba envuelta me impedía dormir. El rostro descompuesto de Vera, cuando nos había dejado, inventando su jaqueca, obsesionaba mi insomnio. Me preguntaba si yo no debía pedirle explicaciones a Fair y solicitarle la restitución de la perla. Estaba procurando conciliar el sueño, desde hacía rato, y la casa parecía sumida en el silencio, cuando oí una especie de ruido. Se habría dicho un choque seguido de la rotura de una porcelana, como si alguien hubiese chocado contra una palangana. Salté de la cama, me puse mi traje de noche, abrí una puerta, y miré en el corredor. En aquel preciso momento otra puerta se abrió y Paul asomó la cabeza.

—¿Has oído? — me preguntó. — Ladrones, probablemente... Espere... Tengo el revólver en un cajoncito y...

No terminó la frase. Una tercera puerta se había abierto: la de Fair. Vera salió de la pieza de Fair. Paul había andado algunos pasos por el corredor. Al ver a su marido, Vera balbuceó algunas sílabas y permaneció como clavada en su puesto. Luego dirigió una mirada detrás suyo y vió a Fair que la seguía, envuelto en un piyama de seda simplemente espantoso.

—¡Vera! — exclamó Paul. — ¿Qué sucede? ¿Qué haces ahí?

Vera no respondió, pero sus ojos tenían una expresión piadosa. Llevaba una especie de kimono blanco que hacía resaltar muy bien su rostro pálido.

—Vamos — continuó Paul, — ¿quieres explicarme qué hacías en la pieza de Fair?

Luego, al ver a Fair que, por su horrible piyama, parecía salir de un cuento árabe, prosiguió:

—Dígame, Fair, ¿el ruido ha venido tal vez de su pieza?

Fair no respondió. Paul entró resueltamente en la pieza de Fair y salió en seguida diciéndome:

—Sí, está rota la palangana. He ahí por qué ha oído usted tanto ruido.

Y dirigiéndose a Fair:

—Vamos, Fair, ¿quiere usted explicarme lo que ha sucedido?

La única lamparilla eléctrica que estaba encendida sobre nuestras cabezas, hacía ahora más agradable la fisonomía amarillenta de Fair.

—Pregúnteselo a la señora Cartwright — respondió Fair con insolencia.

—Vera... ¿qué tiene que ver Vera?

Diciendo estas palabras, Paul se había dado vuelta hacia su esposa. Recién entonces se dió cuenta que Vera estaba pálida y que temblaba con todos sus miembros. Yo nunca me había hecho muchas ilusiones con respecto a la inteligencia de Paul, pero me parecía extraordinario que empleara tanto tiempo en comprender que había algo de anormal en la presencia de la mujer en la pieza de un hombre, en plena noche.

Bruscamente el rostro de Paul se alteró.

Entonces comprendí que me tocaba hablar a mí:

—Paul, creo que puedo explicarle todo. Entremos un momento en su pieza.

Abrí la puerta del cuarto de Paul. Yo y Paul entramos primero. Vera nos siguió.

Entonces, con mi voz más suave, puesto que tenía que presentar las cosas con cierta dulzura, dije:

—No debe usted creer, Paul, que Vera y Fair hayan tenido relaciones culpables. Le diré lo que Vera ha ido a hacer en la pieza de Fair.

Vera me miraba con sus ojos inmensos y dilatados.

—Vera — le dije, — abra usted su mano. Yo le aferré la mano izquierda, que tenía escondida hacia atrás, y se la abrí sin encontrar de su parte ninguna resistencia. Una gota blanca lucía en la palma de la mano.

—He aquí la perla perdida, Paul... Fair, que la había encontrado, rehusaba restituirla. Para recuperar la perla, Vera entró en la pieza de Fair. ¿No es así, Vera?

—No — respondió Vera, respirando agitadamente. — Tomé la perla. Estaba en el bolsillo de su chaleco. La manga de mi kimono, en la obscuridad, se enganchó en la manija de la jarra del lavabo. La jarra cayó a tierra. Julio se despertó... Paul, perdóname, he estado un poco loca...

Aun después de esta confesión, Paul continuó teniendo su aspecto de cretino. Apoyó una mano sobre el hombro de Vera y preguntó:

—Pero, ¿por qué Julio escondía tanto esa perla?

Fué Vera quien le respondió, más adorable que nunca, suspendida del cuello de su marido y con el rostro bañado en lágrimas:

—El collar cuyo hilo se cortó anoche, era un collar falso. Lo compré, después de

haber puesto el otro, el verdadero, en empeño, por doscientas libras esterlinas. Con las doscientas libras, había restituído a Julio un préstamo que él me había hecho. Las alzas y las bajas de la bolsa, me habían causado pérdidas graves. Me presionaron para que pagara. Entonces solicité a Julio el préstamo de la suma que necesitaba. En seguida Julio no hizo más que importunarme con su asiduidad. Para desembarazarme de él, empeñé el collar. Y le restituí la suma. Después del incidente de anoche, Julio conservó una de las perlas y me amenazó con contarte todo a ti si no consentía en ir a visitarlo a su casa mañana.

Paul había escuchado en silencio.

Por fin, alejando de entre sus brazos a Vera, y con la voz más tranquila del mundo, dijo:

—Espera un momento, voy a decirle dos palabritas a Fair.

PAUL salió.

Yo miré a Vera. Estaba seguro que iba a agradecerme mi intervención. En cambio, en sus ojos no leí sino la cólera que experimentaba.

—Entonces — me dijo Vera, rompiendo el silencio, — ¿usted ha oído toda nuestra conversación en el club? Y dice usted que es uno de mis amigos...

—Querida Vera — le respondí, con una sangre fría llena de indignación, — yo no tenía en las actuales circunstancias, la elección de los medios. Dios sabe lo que habría pensado Paul si yo no hubiese justificado la conducta de usted.

—Usted siempre ha tenido un espíritu malvado — me replicó Vera sin vergüenza. — No intentaré siquiera hacerle comprender que Paul es absolutamente incapaz de tener una sospeha injuriosa con respecto a mí. Aun cuando usted le hubiese contado a Paul el asunto de las perlas, yo no le habría reprochado. Antes o después, yo le habría dado explicaciones a Paul. Pero lo que no olvidaré nunca es que usted haya permanecido impasible, cuando oyó todo lo que Fair se proponía hacerme.

El regreso de Paul me ahorró la respuesta a aquella mujer enfurecida.

—He despedido a Fair a su casa — dijo Paul. — No ha sido muy difícil.

Luego, Paul me miró con un aire feroz. Tuve la sensación de que había oído las últimas palabras que la furiosa de Vera me había dirigido.

—En cuanto a usted — prosiguió Paul, — no tengo el coraje de detenerlo en mi casa. Dentro de una hora será de día. Partiendo pronto, no tendrá por qué temer el tráfico de Londres.

He citado textualmente las palabras de Paul. La situación era delicada. Puedo decirlo sin vanagloria, la salvé bastante bien.

—¿Quiere esto decir que usted olvida las reglas de la cortesía hasta arrojarme de su casa?

Paul abrió la puerta:

—¡Bravo! Veo que ha comprendido usted muy bien. Así pues, si usted desea andar más rápido, le advierto que la ventana del corredor está abierta.

Como es de suponer, no me fuí por la ventana.

Estaba preparando una respuesta enérgica, cuando Vera, con sus ojos, me ordenó que me callara. Y luego, cosa increíble, Vera, a quien conocía desde mi adolescencia, la mujer a quien yo terminaba de hacerle un gran servicio, no tuvo escrúpulo de agregar a la vulgaridad de su marido las siguientes palabras:

—Paul, como bien lo sabes, Jorge era uno de mis amigos. Tú lo has acogido en tu casa para causarme placer a mí. Pues bien, desde el día de nuestras nupcias, Jorge no ha hecho otra cosa que disminuirte ante mis ojos y humillarte. Es un espíritu mezquino, estrecho, celoso y egoísta. Reconozco haber tenido poco tino en toda esta historia de las perlas, pero lo que no me perdonaré jamás y de ningún modo es el haberte infligido la presencia, en tu casa, de un hombre tan vulgar como Jorge.

Semejantes palabras no merecían más que una respuesta: la puerta.

Ni Paul ni Vera tuvieron el pudor de esperar a que yo me fuera.

Se arrojaron el uno en los brazos del otro, sin pérdida de tiempo.

—Querida — murmuraba Paul, — ¿qué son, frente a ti, todas las perlas del mundo? Tú eres para mí la única perla. Tu felicidad es el único tesoro que yo ambiciono. ¿Estás convencida de ello?

Vera repetía "querido, querido", en medio de los besos más ardientes.

Y yo me fuí a llenar el tanque de mi automóvil con la nafta de Paul.

Fué aquélla mi única venganza.

VALENTIN WILLIAMS

DIBUJO DE CANO

NOTAS GENERALES

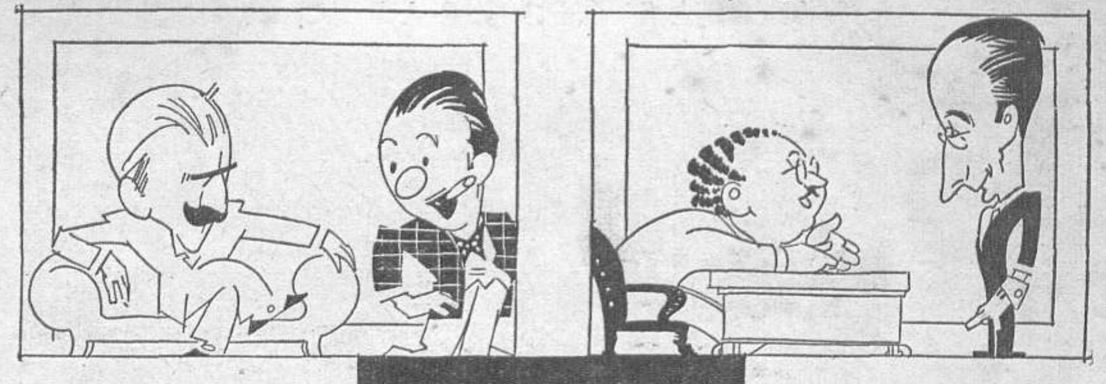
Señorita Nely *Peralta Astudillo*, nueva profesora de piano, que se ha recibido con altas clasificaciones.

El señor De la Fuente, al pronunciar su vibrante discurso en la ceremonia de descubrir la placa, con la que se rinde tributo recordatorio al general José F. Uriburu, acto solemne celebrado en Avellaneda, con la asistencia del intendente, don Alberto Barceló, y otras autoridades. En ángulo, la artística placa.



Stand de la escuela Nº 1, de Juárez (F.C.S.), en la Exposición de Artes e Industrias, organizada por la Sociedad Rural.

A PUNTA DE LAPIZ, por CABALLE



Extraordinario

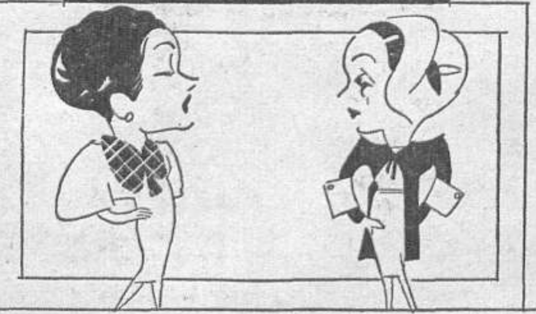
—¿Y qué tal, tus andanzas por Africa?

—Hombre, lo que más me asombró es que los negros me manifestaron que no habían oído hablar de Josefina Baker...

Cuasi definición

—¿Así que usted es un escritor festivo?

—Sí, señor director; solamente escribo los domingos y días feriados.





Rara coincidencia

—Tuvo cinco novios: Simón Pérez, Ramón Gallo, Zenón Ruiz, León Míguez y Pantaleón Gil.

—¡Qué curioso! Todos terminaban en on.

—No, todos terminaban por casarse con otras.

No hay más remedio

—Mira, Fulgencio, o me das los cien pesos que necesito o me pego un tiro...

—Soy muy sensible, pero ¿qué quieres?, tendré que irme acostumbrando a los ruidos desagradables.

Se podría ensayar

—¡Detestable!

—¿Pero usted sabe tocar el piano?

—Hombre, no podría responderle porque no he probado nunca.





CARAS Y CARETAS

REVISTA SEMANAL ILUSTRADA

DIRECCION, REDACCION Y ADMINISTRACION

151, CHACABUCO, 155 - BUENOS AIRES

TELEFONOS: Unión Telefónica: Administración: 8080 (Rivadavia). Dirección: 8081 (Rivadavia).
Sección Avisos: 8082 (Rivadavia). Talleres: 8083 (Rivadavia).

PRECIOS DE SUBSCRIPCION

EN LA CAPITAL		EN EL INTERIOR		EN EL EXTERIOR	
Trimestre	$ 2.50	Trimestre	$ 3.—	Trimestre	$ oro 2.—
Semestre	„ 5.—	Semestre	„ 6.—	Semestre	„ 4.—
Año	„ 9.—	Año	„ 11.—	Año	„ 8.—
Número suelto	20 ctvs	Número suelto	25 ctvs		
Número atrasado del corriente año	40 „	Número atrasado del corriente año	50 „		

Para Bolivia, Brasil, Costa Rica, Colombia, Cuba, Estados Unidos de América, España, Ecuador, Filipinas, Honduras, Méjico, Nicaragua, Perú, República Dominicana, San Salvador y Uruguay. Año . . . . $ oro **5.—**

No se devuelven los originales ni se pagan las colaboraciones no solicitadas por la Dirección aunque se publiquen.

Los repórteres, fotógrafos, corredores, cobradores y agentes viajeros están provistos de una credencial, y se ruega no atender a quien no la presente.

EL ADMINISTRADOR


GOÛT
GUSTO
PARISIEN-PORTEÑO
SUPRÊME
SUPREMO
30-6-34
Aceite Comestible
Industria Argentina
Contenido neto 10 Lts
Freixas y Cª
Buenos Aires
LA NEGRITA
CALLE DEL CORREO (HOY PERU)
(DIVISA PUNZÓ)
LA MARCA DEL TIEMPO VIEJO
CON ACEITE SIEMPRE NUEVO
YA EN TIEMPOS
COMIDA
El
aceite d
los gran
des círculo
de París, e
gido ahora
por las familias
residían en París.